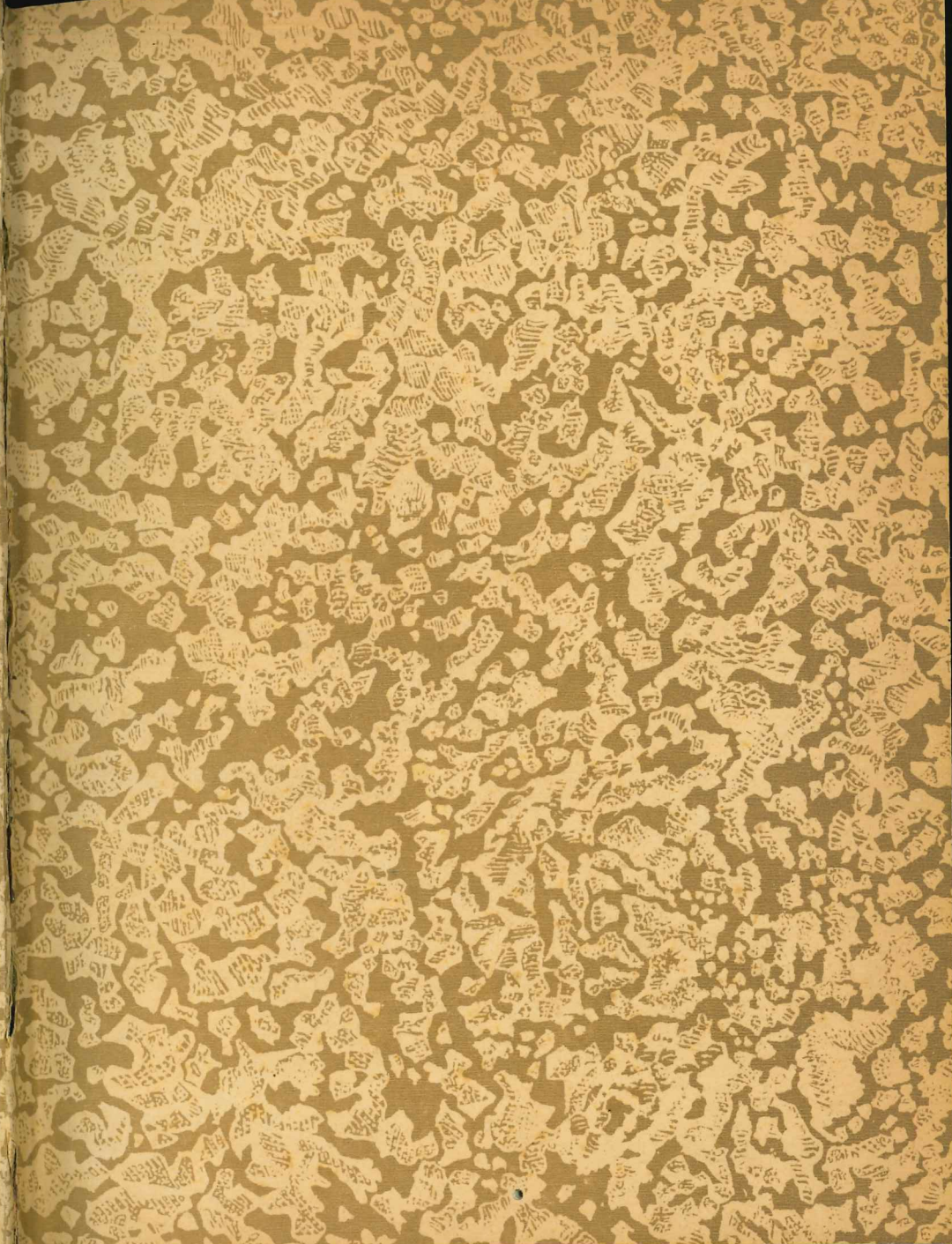


LIBRERIA E IMPRINTA
LIMA
PERU-1919





313

PSY
IBE

Manius Theris

**COMPENDIO
DE
PSICOLOGIA**

HONORIO DELGADO • MARIANO IBERICO

COMPENDIO
DE
PSICOLOGÍA

PARA EDUCACION SECUNDARIA

Conforme al Programa oficial vigente

IMPRENTA SANTA MARIA
Calle de Santa Catalina, 661
LIMA — 1950

PROLOGO

El estudio de la Psicología une al interés inherente a toda ciencia, el especial derivado del objeto que le es propio, a saber: la vida anímica en su totalidad orgánica, en su interioridad subjetiva y en la inagotable riqueza de los contenidos y formas en que esa vida se configura y realiza. Por lo cual su estudio, al reclamarse en gran parte de la propia experiencia, y al aclarar, definir y describir adecuadamente esa experiencia, nos ilumina sobre nosotros mismos y nos revela un aspecto importante de lo que es el hombre y de lo que son los hombres. Gracián expresa esta idea con su habitual agudeza cuando escribe: "Gastan algunos mucho estudio en averiguar las propiedades de las yerbas; ¡cuánto más importaría conocer las de los hombres, con quienes se ha de vivir o morir!"

Un profundo conocimiento psicológico es condición indispensable de toda pedagogía y especialmente de la que es acción sobre sí mismo como actividad de orientación y elevación. Y, por ello, el cultivo de esta noble disciplina no sólo es conveniente sino necesario en una educación que quiera dirigir eficazmente la vida hacia el perfeccionamiento y la plenitud.

Quisiéramos que este libro respondiera a esa vocación y cumpliera ese destino. Nos hemos esforzado en que la Psicología no aparezca como una fría disección de los fenómenos subjetivos, sino como una penetración viva y real de la actividad anímica, hasta donde es posible alcanzar su fundamento. En ningún capítulo olvidamos ni las disposiciones espirituales propias de los jóvenes a quienes dedicamos el *Compendio*, ni el propósito incitador y formativo del criterio y el carácter de esos jóvenes.

Reciban el testimonio de nuestro reconocimiento el Dr. Andrés Carrillo Broatch, por su amable ayuda en la formación de los índices y en la corrección de las pruebas, y la Imprenta SANTA MARÍA por el esmero e interés que ha puesto en la edición de esta obra.

Los Autores.

CAPITULO PRIMERO

DEFINICION Y OBJETO DE LA PSICOLOGIA

Programa : 1. Caracteres propios del fenómeno psicológico : No es perceptible por los sentidos; pertenece a la experiencia interior o es susceptible de pertenecer a ella.— 2. La psicología no estudia la esencia del alma sino sus manifestaciones.— 3. La psicología estudia la conducta de las personas, pero su dominio inmediato es la vida mental.— 4. Ramas principales de la psicología.

- 1. Caracteres propios del fenómeno psicológico : No es perceptible por los sentidos; pertenece a la experiencia interior o es susceptible de pertenecer a ella.**

Sólo gracias a la observación de la propia vida interior es posible determinar los principales caracteres distintivos de los fenómenos psicológicos. Estos se pueden reducir a tres: 1º Los fenómenos psicológicos se producen en el tiempo y no en el espacio; por consiguiente, *no son perceptibles por los sentidos*. En cambio los hechos exteriores tienen lugar en el espacio y tenemos noción de ellos gracias a nuestros sentidos. La existencia de una cosa o el cambio de ella se realizan en el espacio, tienen lugar en él, mientras que un recuerdo, un anhelo etc., no se pro-

ducen en ningún lugar del espacio. Por otra parte, el tiempo psicológico no es idéntico al físico; el primero se llama duración, el segundo, medido por los relojes, es denominado tiempo cronométrico. Mientras que éste se divide en partes iguales, en partes equivalentes (horas, minutos etc.), la duración vivida es heterogénea y esencialmente cualitativa. Los hechos comprendidos en el espacio y el tiempo se pueden distinguir taxativamente unos de otros, y en tanto que cuerpos son impenetrables; al contrario, los hechos de la duración o experiencia vivida fluyen compenetrados en un todo indiviso e inextenso, sólo comparable con la sucesión de las notas que integran una melodía. Cada nota es diversa, cualitativamente heterogénea respecto a las otras, y sin embargo, todas se funden, se intercondicionan para producir la impresión musical del conjunto.

2º Otra característica del hecho psicológico es que pertenece o es susceptible de pertenecer, como tal, a una conciencia. Marte girando en su órbita es un hecho físico, porque se halla fuera de nuestra conciencia y existe y se mueve con independencia respecto de nuestra experiencia interior: nuestra conciencia puede extinguirse y Marte seguirá siendo y desplazándose. En cambio, la idea que tenemos de Marte — el fenómeno psicológico — está relacionada con nuestra actividad consciente: según las vicisitudes del curso de ésta, se actualizará y cobrará tal o cual significación, aunque por hipótesis, Marte se desintegrase.

3º La última característica esencial de los fenómenos psicológicos es su inconmensurabilidad. No se pueden medir porque no ocupan espacio, no son susceptibles de cantidad y no son homogéneos. Con estas cualidades está excluida

la posibilidad de una unidad o patrón de medida. Es verdad que se pueden medir resultados, rendimientos de la actividad psíquica, como el tiempo que pasa entre un estímulo y una respuesta o el número de palabras determinadas que se pueden decir en un tiempo dado; pero en estos casos lo medido no es el acto espiritual mismo.

2. La psicología no estudia la esencia del alma sino sus manifestaciones.

La psicología empírica no estudia la esencia del alma, que es uno de los objetos de la metafísica. Y así dentro de los límites que le son propios, se puede definir la psicología como la disciplina, sin base teórica unitaria, que trata de la vida mental, considerando tanto la estructura, el sentido y la finalidad de sus manifestaciones, cuanto sus condiciones y expresiones corporales y circundantes (mundo objetivo — natural y cultural — y ambiente social).

3. La psicología estudia la conducta de las personas, pero su dominio inmediato es la vida mental.

El criterio exclusivo de la conducta como objeto de la psicología es parcial e infecundo, si es rigurosamente consecuente. Los actos exteriores del hombre expresan ciertamente parte de su vida mental, pero no constituyen la vida mental misma, que es lo que propiamente nos interesa. La psicología no puede prescindir de la conciencia como realidad, como experiencia inmediata de la vida interior, sin cuya comprensión la conducta misma carecería de verdadero sentido psicológico. Todas las descripciones y medi-

das de nuestras reacciones y de los estímulos que las provocan, jamás podrán sugerir la idea de un sentimiento vivido, de un pensamiento concebido etc. Estas son experiencias primarias de una categoría distinta de las actividades del organismo; por consiguiente, irreductibles a términos de física y de fisiología.

No es aceptable el estudio de la conducta como criterio exclusivo de la psicología, pero tampoco se puede negar que la observación y la descripción del comportamiento y la actividad en general del hombre constituyen medios inevitables y valiosos y tanto más si sus datos se adunan con los de la introspección, como veremos después.

4. Ramas principales de la psicología.

La necesidad metódica de dividir el estudio de la vida mental, obliga a separar diversos aspectos de su realidad unitaria. Al efecto, figuran en todo tratado de psicología tres partes distintas y que corresponden a la vida intelectual, a la vida afectiva y a la vida activa. Esto tiene una justificación fenomenológica evidente; pero como la experiencia vivida también se resiste a la violencia de esta tripartición taxativa, se impone separar un conjunto de aspectos complejos, que no caben en ninguno de los sectores mencionados, ya que los incluyen manifiestamente. A tal conjunto irreductible damos en este libro alguna latitud, lo que nos permite, por otra parte, modificar el orden tradicional de exposición y comenzar por la vida activa. Así tenemos: 1º aspecto global de la vida psíquica individual; 2º vida activa; 3º vida afectiva; 4º vida intelectual; y 5º aspecto global de la vida anímica social y objetivo - espiritual.

El desarrollo que ha adquirido la psicología como disciplina aplicada y la diferenciación de su estudio según los objetos particulares, han tenido como consecuencia la formación de ramas especiales. Se puede dividir la psicología en la forma siguiente : 1º del hombre normal adulto y civilizado; 2º especial del niño, del anciano, de la mujer etc.; 3º individual y diferencial; 4º anormal o de las anomalías y enfermedades mentales; 5º colectiva (social, étnica etc.); 6º de los animales; 7º evolutiva, que trata del desarrollo mental del individuo y de la especie; 8º comparada, que relaciona las características de la mentalidad humana en sus diversas modalidades y con el psiquismo animal, y 9º aplicada o psicotecnia, que tiene por objeto verificar y medir, en lo posible, las facultades y rendimientos individuales para la educación especial, la orientación profesional, la selección de trabajadores etc.

CAPITULO II

METODOS DE LA PSICOLOGIA

Programa : 1. La introspección y la extrospección : su objeto y sus requisitos.— 2. La comprensión psicológica. Sus formas : estática y genética.— 3. La explicación psicológica y la explicación fisiológica.— 4. La psicología experimental : en sentido amplio y en sentido estricto. Las pruebas mentales. Diversas clases de experimentos y medidas del rendimiento.— 5. La psicología de laboratorio y la psicología de la vida anímica espontánea.

1. La introspección y la extrospección : su objeto y sus requisitos.

La aprehensión directa de nuestras propias experiencias, la contemplación de nuestra vida interior, es lo que se llama *autopercepción*. Es simple adquisición de datos, simple darse cuenta de la existencia de las manifestaciones de nuestra vida interior. Constituye un método de investigación, que se llama *introspección* si la observación se realiza conforme a un plan, de modo atento, sistemático, crítico y si sus descripciones precisas se comparan con la labor similar realizada por otras personas. Esta prosecución no se remonta por encima de la mera acumulación de material, no

lleva a conclusiones valiosas para el saber, si no media la interpretación.

La extrospección es el modo de conocer las manifestaciones de la vida mental ajena sin el testimonio del sujeto observado, esto es : sólo lo que éste ofrece al examen externo. También se llama método objetivo, porque los datos que utiliza son asequibles a la percepción sensorial, como los objetos : los movimientos y cambios corporales del sujeto estudiado, sus acciones y reacciones, su rendimiento en el trabajo y sus mismas obras. En general, lo que se puede investigar con este método no es la actividad psíquica misma, sino sus manifestaciones visibles, en la expresión y la conducta, tomando estos términos en su sentido más amplio.

2. La comprensión psicológica. Sus formas : estática y genética.

La *comprensión psicológica* estudia los fenómenos por dentro, en sus íntimas relaciones. Con ella no se debe creer que se trata de buscar causas y efectos, según ocurre en las ciencias que se ocupan en los hechos de la naturaleza inanimada, sino el sentido de la vida mental en la trama de sus fenómenos con sus cualidades, su estructura, su diferenciación, su integración etc. Se distinguen dos formas de comprensión : la *estática* o *descripción fenomenológica* y la *genética*. La primera se ocupa sólo con la experiencia realmente vivida en un instante, "la presentación de los estados del alma, su deslinde, su determinación, a fin de que los mismos conceptos impliquen siempre las mismas cosas" (Jaspers). La *comprensión genética*, en cambio, trata de

coger los fenómenos psicológicos en su nacer uno de otro, en su relación recíproca, en su articulación, en su continuidad heterogénea, comprobada por medio de la introspección. En lugar de estados de reposo encara la agitación del alma, el pasaje de un estado a otro. La comprensión estática es comparada por Jaspers al examen de un corte transversal de lo psíquico, y la genética, al examen de su sección longitudinal.

3. La explicación psicológica y la explicación fisiológica.

La explicación psicológica no puede realizar sus fines sin recurrir a hipótesis, ya que se aplica a la inteligencia de conjuntos de fenómenos cuyas relaciones no se ofrecen en la vida mental consciente; interviene, pues, la explicación allí donde los datos manifiestos no satisfacen a la comprensión. Cuando no cabe en los datos inmediatos nexo de sentido para la interpretación, cuando son incomprensibles las novedades que emergen a la conciencia, entonces se busca o se supone condiciones más profundas o latentes, es decir: disposiciones extraconscientes. Lo extraconsciente, por definición, no puede ser verificado, a menos que se manifieste fisiológicamente.

La explicación tendrá, según lo dicho, dos formas, en consonancia con la doble interpretación metafísica de las manifestaciones de la vida extraconsciente: la psicológica y la fisiológica. La primera interpreta los fenómenos incomprensibles como condicionados o causados por actividades o disposiciones *psicológicas subconscientes*. Por ejemplo, he recibido una carta de determinada persona y, sin darme cuen-

ta, ha permanecido cierto tiempo en mi bolsillo; me había olvidado de abrirla. Examinó el caso, y llego a la conclusión de que el motivo ha sido el temor, que no me confesé a mí mismo, de recibir una noticia ingrata. Este temor ha condicionado, de modo subconsciente, mi descuido incomprendible. La explicación *fisiológica*, corporal u orgánica acepta como legítimo el condicionamiento *material* de lo que es incomprendible con sólo el contexto de la experiencia consciente. Aquí *inconsciente* es igual a actividad de los centros nerviosos, a cambios tróficos, circulatorios o de otra índole en diversas partes del organismo, en especial del cerebro y las glándulas de secreción interna. Se explican también fisiológicamente las manifestaciones psicológicas de origen obscuro apelando a la teoría de la herencia, como depósito de posibilidades orgánicas, como conjunto de disposiciones materialmente inscritas en el organismo. Si tengo un olvido, es por falta de conexión entre algunas células nerviosas; si se me ocurre una idea peregrina, es porque se han asociado centros cerebrales que ordinariamente están aislados, o porque el riego sanguíneo se ha hecho abundante en alguna circunvolución, o porque en mis antecesores eran habituales ideas de esa naturaleza etc.

En resumen, tenemos dos formas de comprensión psicológica : estática y genética; tenemos también dos modalidades de explicación : psicológica y fisiológica.

4. La psicología experimental : en sentido amplio y en sentido estricto. Las pruebas mentales. Diver-sa clases de experimentos y medidas del rendi-miento.

Se llama ordinariamente psicología *experimental* toda suerte de tentativas de conocimiento o comprobación de alguna o algunas manifestaciones psicológicas usando artificios. Pero este criterio vulgar dista mucho del admitido por los investigadores que han fundado la psicología de laboratorio. Para que se pueda hablar de experimento científico en psicología se requieren las siguientes condiciones : 1º plantear de modo inteligente, por ende, crítico, los problemas que se trata de esclarecer o de comprobar; 2º realizar la averiguación en forma sistemática; y, 3º interpretar los resultados de manera penetrante y fina. Esto implica que los experimentos deben ser conducidos y a veces realizados por personas efectivamente versadas en psicología, por personas prácticas en la materia, por consiguiente, adiestradas en tales ejercicios y concededoras de las direcciones ya seguidas y de sus resultados.

La experimentación psicológica puede realizarse de las maneras siguientes : 1º con intervención o no de la introspección; 2º por individuos aisladamente o en conjunto; 3º efectuando una verdadera investigación o sólo una prueba o *test*; y, 4º con ayuda de instrumentos, con cuestionarios o sin ningún medio objetivo.

1º De la *introspección* hemos tratado ya; con ella se pueden determinar las condiciones en que los fenómenos conscientes son clara y directamente aprehendidos por el mismo individuo. El experimento que no se sirve de los datos de

la introspección, utiliza los de la extrospección, y funda sobre ellos sus conclusiones. Lo frecuente es que el experimentador tome en consideración tanto los datos subjetivos como los objetivos.

2º La indagación metódica puede hacerla *el mismo individuo*, teniendo en su espíritu los medios y los fines, y con éstos, el plan y las ideas fundamentales al propósito de la experiencia. La ventaja de reunirse así todo en una persona es de mayor seguridad y precisión respecto a lo que busca; el principal inconveniente en esta forma de investigación — aunque en ninguna queda excluido del todo —, es la pérdida de la ingenuidad que puede hacer proceder con prejuicio, con ánimo confesado o secreto de confirmar o contradecir una hipótesis, por causa de la sugestión de sí mismo. Otro modo de realizar la labor es la unión de *dos individuos*, actuando uno como objeto de experiencia y otro como experimentador, y debiendo el primero hacer, terminado el experimento y sin pérdida de tiempo, una exposición de su experiencia. Lo más práctico para los ejercicios de aprendizaje es que dos estudiantes se pongan de acuerdo para seguir la serie de investigaciones de un curso, sirviendo cada uno alternativamente de sujeto de experiencia y de experimentador para cada tópico. También pueden trabajar *varios individuos de acuerdo*, realizando la misma labor o aspectos complementarios de un mismo asunto. Por último, el grupo puede hallarse bajo la dirección de una persona que condicione y siga la experiencia. En este caso, como en los demás en que interviene más de una persona, es necesario consignar, sin demora, no sólo los datos de la observación subjetiva, sino los de la objetiva, y esto, siempre

que sea posible, sin que el sujeto de la experiencia se dé cuenta de ello.

3º El *experimento de investigación* sirve para enriquecer el caudal de conocimientos de la psicología y, a ser posible, de sus principios. El método lógico ideal es aquí la inducción. En cambio, con el *experimento de prueba o test*, se trata de lograr un indicio acerca de la manifestación o no manifestación de una capacidad, de su grado de desarrollo o de ambas cosas. El uso de las pruebas implica el estudio previo de su correspondencia a manifestaciones mentales bien estudiadas por otros métodos. Los *tests* o medidas de la inteligencia, por ejemplo, se constituyen haciendo una serie de pruebas con diversas preguntas (y con el auxilio de imágenes y objetos) a niños de determinadas edades, cuyo normal desarrollo es comprobado previamente por otros medios. Después de pruebas muy numerosas, se llega a seleccionar series de preguntas que son contestadas sensatamente por todos los niños de la misma edad. Así se tiene un indicador común para cada edad. Haciendo a un niño cualquiera las preguntas correspondientes a su edad, se sabrá (si contesta bien) si su inteligencia se halla normalmente desarrollada o (si contesta con un número de fallas mayor que las normales) si su desarrollo es retrasado con respecto a sus años; y aplicando sucesivamente las pruebas correspondientes a menores edades, se podrá decir en cuántos años está retardada. Se comprende que existan numerosas causas de error en este sistema. Se trata sólo de un procedimiento indirecto y de aproximación, cuyo valor generalmente se exagera bajo la influencia engañosa del aparente rigor matemático de las estadísticas.

4º Aparte de los experimentos exclusivamente introspectivos, tenemos los que se realizan con el auxilio de instrumentos u otros medios objetivos y acompañados o no de introspección. El fin que se persigue con el empleo de instrumentos o aparatos es : a) registrar de modo preciso las expresiones o manifestaciones fisiológicas del sujeto de experiencia; así, por ejemplo, el pneumógrafo sirve para registrar las vicisitudes de la respiración en cada instante; el esfigmógrafo, las del pulso; el pletismógrafo, los cambios del volumen (por efecto de la circulación) en la mano, el brazo u otra parte del cuerpo; aparatos más complicados sirven para registrar las variaciones del sudor, de los movimientos de determinada parte del cuerpo o de todo el cuerpo (se emplea hasta la cinematografía con este objeto) o de órganos internos (rayos X) etc.; merece especial mención un nuevo dispositivo para la investigación de los cambios eléctricos del cerebro : el electroencefalógrafo, inventado por el sabio alemán Berger, y con el cual se abre un amplio campo a los estudios psicofisiológicos; b) producir excitaciones o impresiones exactamente determinadas para conocer sus efectos, sea por las expresiones o reacciones, sea por el testimonio oral del sujeto de experiencia; así, por ejemplo, se usa el estesiómetro para "medir" la sensibilidad táctil, el diapasón y el martillo sonoro para probar y estimular el oído, el taquistoscopio para medir el tiempo mínimo de exposición necesaria a la percepción o reconocimiento de imágenes por la vista; existen igualmente instrumentos más complejos y series de signos, trozos de texto e imágenes para apreciar la atención, la memoria, la imaginación etc. Se comprende que una y otra suerte de dispositivos — de expresión y de excitación — se pueden usar en combinaciones

variadas y con la asociación de diversos instrumentos auxiliares, de los cuales los más necesarios son el cronómetro de parada a voluntad, el cronoscopio (reloj que se pone en movimiento por acción de una corriente eléctrica y que cesa con ella) y el cronógrafo, que miden y registran el tiempo en fracciones decimales de segundo (hay cronoscopios que marcan milésimos de segundo).

Los *cuestionarios* o series de preguntas distribuidas copiosamente, sirven para averiguar el modo como se experimenta comúnmente determinada modalidad de la vida mental. Por este medio se obtienen, además, documentos acerca de la variedad de la experiencia según las diferencias individuales. Lo que se busca, pues, con tal método, asimilable a las encuestas periodísticas, es el *número* de los testimonios y éste resulta tan poco digno de confianza en psicología como el sufragio en política. En efecto, el primero y el más definido de los resultados de su aplicación ha sido comprobar la inepticia de las mayorías para observar su propia vida anímica.

Para reducir al *mínimum* la falibilidad del cuestionario es menester : a) distribuirlo entre las personas mejor conocidas y más dignas de confianza; b) emplearlo para el esclarecimiento de asuntos menores, no para cuestiones delicadas o difíciles; y, c) comprobar y completar sus resultados con el auxilio del conocimiento más amplio del mayor número posible de los colaboradores y de su experiencia, gracias a la investigación directa y oral.

5. La psicología de laboratorio y la psicología de la vida anímica espontánea.

La psicología experimental de laboratorio, por su misma naturaleza, limita la observación a fenómenos aislados, simplificados y condicionados artificialmente; excluye lo más genuino de la vida mental: la espontaneidad, las relaciones de conjunto, la continuidad configurativa y la fisonomía anímica individual. Lo que acontece en la vida real, lo que no se puede repetir a voluntad, las emociones intensas y los sentimientos diferenciados, los estados de ánimo caprichosos, las preocupaciones, los anhelos, las incertidumbres, los conflictos etc., que nacen con las vicisitudes del existir en la arena del mundo, y cuya trama se enlaza con las realizaciones del destino personal — todo eso, y mucho más, queda fuera del alcance de la psicología de laboratorio. Esta tiene que contentarse, por lo común, con abordar cuestiones de poca monta, generalmente sólo confirmar o rectificar detalles. Rara vez sus resultados ofrecen más de lo que sin aparato alguno se puede presumir. Si la psicología real, con interés verdaderamente humano, ocurre al laboratorio, es en busca de medios auxiliares. Por eso las grandes adquisiciones del saber respecto a la naturaleza humana — psicología de primera mano — se alcanzan por la intuición y la interpretación fina y certera de espíritus particularmente dotados: grandes místicos, poetas, novelistas y moralistas, raros filósofos, historiadores y médicos. El común de los hombres, por muchos que sean los medios técnicos de que disponga, si carece de la vocación especial del investigador del alma, no será capaz ni de hacer una cabal descripción de la experiencia más ordinaria.

Para terminar este capítulo, haremos notar que es erróneo considerar como "experimental" sólo la psicología de laboratorio: es experimental toda psicología efectiva, todo método que permita una buena descripción, un análisis, una caracterización o una interpretación de la experiencia vivida y de las disposiciones anímicas; y además, que no se concibe la psicología de laboratorio sin la existencia de la psicología general y empírica.

CAPITULO III

LA CONCIENCIA

Programa : 1. Caracteres de la actividad consciente : totalidad, pertenencia al yo y referencia a objetos o intencionalidad.— 2. Corriente de la conciencia o cambio continuo de su contenido.— 3. Campo de la conciencia : foco y margen.— 4. La conciencia del yo, modo especial de la conciencia.— 5. Límite impreciso del margen hacia lo extraconsciente.

1. Caracteres de la actividad consciente : totalidad, pertenencia al yo y referencia a objetos o intencionalidad.

La vida psicológica se nos presenta de manera inmediata como una totalidad en la cual discernimos diversas partes o actividades. La integridad es su cualidad primaria, en el sentido de que no es el resultado de la suma de las partes. De la misma suerte que un animal no es un conjunto de órganos unidos unos a otros, sino un ser en cuyo desarrollo se han constituido sus diversas diferenciaciones locales al servicio de la finalidad del organismo como un todo — así también la vida anímica no resulta de la unión de los elementos o funciones (sensaciones, sentimientos, instintos etc.) sino que ella en su integridad es anterior a toda diversifica-

cion parcial. Si al estudiar la vida psicológica consideramos fenómenos particulares como si fueran aislados o como si tuvieran una razón de ser propia, es solamente por necesidad de la descripción, por artificio didáctico, para mayor claridad en la exposición, no porque existan efectivamente funciones intelectuales, afectivas y volitivas desconectadas de la trama de la vida mental.

El conjunto de la vida mental que experimentamos como presente es lo que se llama conciencia. No obstante el carácter de totalidad de lo inmediatamente vivido, la condición de lo que puede llamarse su contenido no es homogénea; se nos ofrece, ciertamente, como unidad organizada, como estructura completiva, con relaciones intrínsecas, pero esto corresponde a fenómenos que pueden ser múltiples y variados. Esta coherencia configurativa de lo diferente se realiza tanto en la actualidad de cada momento como en lo que se puede llamar la dinámica interna de la vida anímica.

Si por artificio asimilamos la conciencia a un escenario, diremos que algunas "partes" de él se nos presentan claras, se destacan bien definidas, otras quedan borrosas como en la penumbra, y de otras, en fin, no podemos decir con certeza (si no actúa la atención buscándolas) si están o no presentes: no las notamos, se confunden con el fondo impreciso. De igual modo, se puede hablar de grados de conciencia en general y aun, figuradamente, de amplitud, de riqueza, y de tensión de la vida consciente.

Un segundo carácter de la vida consciente es que sus estados se nos ofrecen directamente referidos a nuestra propia personalidad. Los acontecimientos de nuestra vida mental no se nos presentan como impersonales, sino como perte-

recientes a nosotros mismos : no es que ello piense o sienta, sino que *yo* pienso o siento más o menos activamente. Un hecho físico tiene lugar en el espacio, y por lo mismo, no pertenece a ninguna personalidad. Este hecho físico puede ser percibido por alguien : entonces nos hallamos ante un fenómeno que no se puede concebir sin una conciencia, es decir, sin una conciencia personal que lo experimente. El dolor y la alegría no son algo sustantivo, no existen por sí, son la experiencia de una personalidad : un sujeto sufre el dolor, un sujeto está alegre. Si se trata de un deseo o de un acto de voluntad etc. es siempre un “yo deseo”, un “yo quiero” etc. Toda experiencia consciente pertenece, pues, a un yo o sujeto. La presencia o participación personal es lo verdaderamente sustantivo — por eso con razón habla Külpe de la disposición monárquica de la conciencia : “el yo se sienta en el trono y consume actos de gobierno”. Sin embargo, el sujeto psicológico no se siente siempre a sí mismo con igual plenitud.

En otro capítulo nos ocupamos especialmente con la personalidad. Por ahora nos contentaremos con agregar a lo dicho que la personalidad implica una síntesis, un unitario vivir de conjunto en que convergen — más o menos determinados — un pasado, un presente, y posibilidades de un futuro, sobre un fondo perenne de disposición particular.

Finalmente, la conciencia está caracterizada por la intencionalidad, o lo que es lo mismo, por la referencia a objetos. Más claramente, la intencionalidad como característica esencial de la conciencia consiste en el acto de tener algo como objeto, de que algo sea dado, o como dice Husserl, en el hecho de dirigir la conciencia hacia algo heterogéneo a ella misma. Ejemplo : escucho una palabra y en ese acto perci-

bo el sonido y entiendo el significado de la palabra. El sonido y la significación que aunque se dan en la conciencia misma no la constituyen, son los objetos intencionales de la percepción de la palabra.

2. Corriente de la conciencia o cambio continuo de su contenido.

Este enlace temporal en la experiencia psicológica nos lleva a considerar una tercera característica de la vida consciente : su cambio incesante, su movilidad incoercible. En cada instante son diferentes los fenómenos anímicos, e irreversibles. En continua transformación, no puede detenerse aunque nos esforcemos por fijarla y aunque persistan idénticos los objetos que la ocupen. Así, si observamos durante algunos momentos una cosa muy simple, la más determinada y pobre de cualidades, una superficie de un solo color, por ejemplo, notaremos que, aunque la sensación permanezca idéntica — y esto mismo es sólo una apariencia engañosa para el observador bisoño — todo el conjunto de nuestra experiencia cambia de instante en instante : surgen recuerdos, se presentan ideas que se suceden las unas a las otras, se transforma nuestra actitud anímica general etc. Ahora, si concentramos y afinamos nuestra atención sobre el color mismo, veremos que éste cambia; la uniformidad por ejemplo, que al principio nos parecía perfecta, desaparece o se hace dudosa; el contorno de la superficie o de lo que nos es visible de ella, se presenta como distinto del centro etc. La propia sensación sufre, pues, una patente mutación que no cesa. Al evocar un recuerdo creemos tener una imagen fiel y, sin embargo, no sólo está mezclado con otros he-

chos, con otro conjunto, con otro fondo, sino que efectivamente la imagen es distinta, no es la que fué, es otra que le corresponde ciertamente por la determinación del pasado pero asimismo corresponde al estado de conciencia presente, con lo cual queda modificada, *presentificada*. Los recuerdos que evocamos en la tristeza son muy distintos como experiencia actual de los mismos evocados en la alegría.

3. Campo de la conciencia : foco y margen.

Al tratar de los caracteres generales de la actividad consciente hemos dejado establecido que constituye uno de los aspectos de su heterogeneidad lo relativo a sus grados de precisión y relieve. En efecto, se llama, metafóricamente, campo de la conciencia todo lo que nos es asequible en la experiencia vivida. La parte más clara y definida de este campo es lo que se conoce con el nombre de foco o campo focal y la zona que, por decirlo así, circunda al foco, menos clara y menos precisa, aunque asequible directamente, se designa como margen o campo marginal. El límite extremo, completamente difuso y problemático, es el umbral de la conciencia, lo semiconsciente. Más allá queda lo extraconsciente. Al foco de la conciencia de una persona que habla sobre un asunto abstracto corresponderán las ideas que expresa en el momento; se hallarán al margen los objetos del ambiente que le rodea y al cual apenas presta atención; en el umbral quedarán las sensaciones correspondientes a sus movimientos involuntarios; por último, serán extraconscientes las ideas de detalles que está a punto de formular y sobre las que no ha reflexionado aunque se enlazan con la idea general de su discurso. Pero serán también extracons-

cientes todas las disposiciones de la personalidad del sujeto relativas, no sólo a la copia innúmera de ideas que podría concebir, sino a la infinita serie de virtualidades de experiencias que en el curso de su vida íntegra podrán actualizarse y las que no lo lograrán.

4. La conciencia del yo, modo especial de la conciencia.

La conciencia del yo es la conciencia de sí mismo, sus características más importantes consisten en la certidumbre de existir personalmente y en su oposición a la conciencia de lo otro y de los otros. Además pueden considerarse como características inherentes a la conciencia de sí propio las siguientes : 1º la presencia, 2º la potencia, 3º la actividad, 4º la autonomía, 5º la unidad, 6º la identidad de la personalidad. Todas ellas son cualidades formales, las dos primeras y la última además tienen un contenido discernible.

5. Límite impreciso del margen hacia lo extraconsciente.

No es preciso el límite del margen hacia lo extraconsciente. Existen en la vida psicológica zonas intermediarias entre la plena conciencia y lo extraconsciente, zonas en las cuales el alma parece oscilar entre una y otra esfera. Ejemplo : los estados que preceden inmediatamente al sueño y en los cuales las imágenes y las sensaciones de la vigilia se van diluyendo y al fin se pierden sin que el sujeto tenga una definida conciencia de ello.

CAPITULO IV

LA ACTIVIDAD MENTAL EXTRACONSCIENTE

Programa : 1. Lo inconsciente y lo subconsciente.— 2. La actividad subconsciente que se evidencia en la percepción, el pensamiento, el sentimiento y la acción.— 3. La comprobación debida al hipnotismo.— 4. Interpretación psicoanalítica de la vida mental.— 5. La actividad anímica y la influencia de las disposiciones y los procesos corporales.

1. Lo inconsciente y lo subconsciente.

¿Qué es lo extraconsciente? Al tratar de los métodos psicológicos hemos precisado que, por regla general, no sabemos directamente nada de lo extraconsciente, que su actividad sólo puede explicarse con hipótesis inverificables en la inmensa mayoría de casos, aunque no siempre; pues los límites entre la interpretación comprensiva y la explicativa no son perfectamente determinados, como no lo son los campos de la vida consciente y extraconsciente.

Lo inadvertido ofrece en alguna forma sus datos en la misma actividad consciente, por lo tanto, no se le puede identificar sino *grosso modo* con lo extraconsciente, cuyas influencias son meramente susceptibles de llegar a manifestarse en la conciencia. Para destacar más nítidamente el

contraste, parece que debiéramos, simplemente, preguntarnos si es menester llamar extraconsciente sólo aquello que, no estando en la conciencia, sea susceptible de hacerse consciente; pero es el caso que lo extraconsciente, por regla, no se *vuelve* consciente, sino que suscita, más o menos indirectamente, *efectos* en la actividad consciente. De ahí que carezcamos de un criterio decisivo y tengamos que identificarlo con la vida que no se nos manifiesta de modo presente en la experiencia interior. Así, habremos de admitir como extraconsciente, por ejemplo tanto lo olvidado de las experiencias personales, cuanto las influencias hereditarias, tanto los movimientos del corazón, cuanto la regulación de la temperatura y... ¡hasta el crecimiento de los cabellos!

De esto se desprende que estamos incapacitados para hacer una determinación rigurosa en la variedad concreta. Lo extraconsciente, cuando es interpretado fisiológicamente, lo llamamos *inconsciente*, y cuando lo es psicológicamente, *subconsciente*. Así, por ejemplo, será propio reputar como inconsciente la contracción refleja que produce la luz en la pupila, y como subconsciente una aversión gratuita en apariencia, pero que se explica por hechos anteriores con sentido evidente para el caso y que han sido olvidados por el sujeto. En la inmensa mayoría de los casos, sin embargo, no es posible hacer la distinción en forma concluyente sino por conjeturas, es decir, explicar los hechos con hipótesis que según el criterio teórico personal, serán fisiológicas o psicológicas; el mismo hecho podrá ser, pues, interpretado por unos como inconsciente y por otros como subconsciente.

2. La actividad subconsciente que se evidencia en la percepción, el pensamiento, el sentimiento y la acción.

Una revisión sumaria de las diversas modalidades de la actividad psicológica nos demostrará que en todas ellas interviene lo subconsciente, con frecuencia de manera relevante. En la percepción del mundo exterior podemos señalar, entre otros hechos, la distinción de las cualidades de distribución y organización de lo percibido, por ejemplo, lo que se llama la *figura* y el *fondo* del campo de percepción. Si miramos un papel en que hay una serie de puntos negros, inmediatamente éstos se nos presentan como si estuvieran unidos por líneas virtuales, que pueden variar para cada observador : esta es la figura, que se destaca en nuestra percepción; lo demás es el fondo, que despierta menos interés en el espíritu. Semejante organización se realiza por la obra configuradora de nuestra disposición y experiencia subconscientes.

En la asociación de ideas advertimos la misma ingerencia. Esa vinculación característica — por afinidad, semejanza o contraste — no se realiza sino excepcionalmente gracias a un verdadero acto o determinación consciente; lo común es que se encadenen las ideas por emergencia de lo inopinado. Y los recuerdos que aportan material a la asociación, ¿de dónde vienen? ¿dónde han estado? ¿qué los ha sacado a luz? Pues si supiéramos qué ideas van a surgir, ya las tendríamos en la conciencia. Se efectúa, innegablemente, un trabajo subterráneo de selección y de acarreo.

El trabajo de la imaginación revela asimismo la intervención de lo subconsciente. De modo especial en los artis-

tas y pensadores, la imaginación creadora llega a manifestarse de una manera particular, la *inspiración*, que da a la misma persona la impresión de que alguien o un poder impersonal le ofrece la materia ya elaborada en parte o del todo, con perfección a veces sorprendente. Incluso se señala casos de hombres de ciencia que después de luchar infructuosamente, con denodado empeño, por conseguir la solución de un problema, ésta se presenta de manera inopinada, acaso entre sueños.

Lo que antecede nos conduce a tratar de la base subconsciente de las ideas generales y de los juicios. Una idea, la más simple, tiene una connotación y una denotación tan ricas, que sólo por el examen podemos formularlas en parte : todo esto no nos lo representamos al *tener* la idea, y sin embargo ésta lo implica : cuando decimos, por ejemplo, "Fulano es justo", *no nos damos cuenta* de todo su contenido inmenso. Debajo del concepto claro y definido tiene lugar la evocación de la experiencia, la actualización de un saber potencial, la confección coordinada según la finalidad de la abstracción y de la generalización. "Cuando el espíritu — escribe Ribot —, en lucha con las más altas abstracciones, corre de cima en cima, lo que lo sostiene contra las caídas y lo garantiza contra el error, es la cualidad y la cantidad de inconsciente [subconsciente] almacenado bajo las palabras".

Si la actividad racional, consciente por excelencia, requiere de modo tan principal el obrar subconsciente, ¡qué importancia no tendrá éste en los fenómenos de la vida afectiva! Baste decir por ahora que, en primer lugar, la conciencia no puede conocer el fenómeno afectivo sino en parte, y, que, en segundo lugar, lo más importante de nuestro

destino interno está condicionado por nuestra oscura afectividad.

En la vida activa no es menos patente la emergencia de lo subconsciente. Los móviles de nuestros actos o de nuestras abstenciones nunca son del todo conscientes y a veces procedemos en contra de nuestra razón y de nuestras convicciones. Por otra parte, el acto voluntario implica un conjunto de tendencias, cuya actualización está condicionada fuera de la conciencia, aunque con la actividad de ésta se busque y decida el resultado. La misma decisión necesita, para llevarse a efecto, disponer de medios que saca de lo subconsciente o surgen definidos de ahí. Un ejemplo, que debemos a Michotte, ilustra esto claramente. En la habitación donde se halla el psicólogo aparece, saliendo de debajo de un mueble, un ratón, animal que suscita en él la más viva repugnancia; decide matarlo y, súbitamente, sin deliberación, se le ocurre y pone en práctica un procedimiento de perfecta adecuación a ese propósito: coge un trapo mojado que tiene a mano y lo lanza extendido sobre el animalillo, que queda prisionero.

La acción acostumbrada, el hábito, es quizá la actividad que más se reconoce como propia de lo subconsciente. Lo que en un principio es acto realizado con esforzada atención y a veces con mucha dificultad, gracias a la repetición acaba por hacerse fácil y después inadvertido. El ejercicio logra dar tal habilidad automática, que en ciertos casos parece imposible, y que lo sería, efectivamente, si el sujeto quisiera realizar los actos con plena conciencia de su detalle. Los movimientos del pianista, perfectamente adecuados a una delicada estructura dinámica de conjunto, la melodía, son el ejemplo clásico. Vale la pena citar un caso concre-

to : Sir James Paget ha podido verificar que la pianista francesa Jonatha llegó a tocar 5595 notas en cuatro minutos y tres segundos al ejecutar un *presto* de Mendelssohn.

3. La comprobación debida al hipnotismo.

Existe una forma de actividad mental subconsciente que tiene la mayor importancia para la inteligencia de este mundo subterráneo : nos referimos al estado de *hipnosis*. Exteriormente tiene mucha semejanza con el sueño. Lo que distingue al hipnotizado del durmiente ordinario es que el primero se halla en una relación especial con el hipnotizador, quien puede, dentro de ciertos límites, dirigirlo. Se explica esta relación, considerando que la conciencia del hipnotizado se halla sumamente reducida y centrada en la persona del hipnotizador. En efecto, apenas cesa la relación con éste, el sujeto cae en sueño ordinario. Otra diferencia es el estado de *catalepsia*, o sea de una particular rigidez muscular con resistencia al cansancio, que se puede presentar en algunos individuos en un grado avanzado de hipnosis.

La dependencia del hipnotizado respecto del hipnotizador se refiere a la posibilidad de conducirse frente a la realidad exterior y a su propio cuerpo, de manera distinta que en la vigilia. El hipnotizador tiene un poder de *sugestión* extraordinario sobre el sujeto hipnotizado, gracias a la alteración particular de la mentalidad de éste. En efecto, puede hacerle percibir lo que se le antoje, puede producir modificaciones en su actividad fisiológica más allá de lo normal y, por último, puede hacer durar estos efectos o sugerir su aparición después de algún tiempo del despertar. Esto último se conoce con el nombre de *efecto post-hipnótico*. Si,

por ejemplo, se sugiere al hipnotizado que en la comida próxima el vino está contaminado y que no debe beberlo, llegado el momento, se negará a beber, sin darse cuenta del por qué o alegando algún pretexto: falta de sed, malestar de los nervios, sensibilidad del estómago etc. No recordará, empero, la verdadera causa, pues no guarda memoria de lo acontecido ni de lo sugerido durante la hipnosis. Las sugerencias post-hipnóticas no se cumplen de manera fatal, sino que existe un margen de contingencia o libertad de parte de la personalidad del hipnotizado; la posibilidad de su realización depende, pues, en buena parte, del consentimiento de éste. De suerte que a una persona de sólida voluntad moral no se le puede sugerir con éxito la comisión de un delito.

4. Interpretación psicoanalítica de la vida mental.

Aunque hace dos siglos y medio Leibniz evidenció la existencia de los procesos subconscientes y su importancia para el conjunto de la vida anímica del hombre, sólo en el presente siglo se ha generalizado su conocimiento. La psicología de lo subconsciente más popular en nuestros días es la teoría psicoanalítica de Freud. En ella es difícil separar los datos realmente científicos de lo que es sólo construcción fantástica. Se trata, pues, de una interpretación general de la vida anímica. Su principio fundamental es que lo subconsciente es un reservorio de impulsos instintivos, que no pueden manifestarse fácilmente a causa de ser reprimidos por la conciencia. A esta actividad represora, por compararse con la acción de los censores de publicidad, se le llama la *censura*.

El método psicoanalítico se ha originado en el estudio y tratamiento de las neurosis. Su procedimiento principal es la provocación de *asociaciones libres*. Consiste en suscitar en el paciente el ánimo de decir todos los pensamientos que se le ocurran, a propósito de sus síntomas, sin el menor reparo, por inconvenientes que le puedan parecer. Así se consigue a veces que el sujeto llegue a recordar una serie de hechos incluso de la infancia, que permiten explicar y curar los síntomas. Según Freud, por la influencia del médico se vence la represión y, con eso, llegan al campo de la conciencia elementos subconscientes.

Lo que pasa con los sujetos nerviosos pasa también con los sanos. Los ensueños, los olvidos, los equívocos, los descuidos, en que incurrimos cotidianamente, son susceptibles de ser interpretados como actos psíquicos con sentido. Con el sueño se relaja la censura, pues el sujeto está incapacitado para actuar y la realidad es sustituida por un mundo fantástico. En las imágenes del ensueño se puede ver a veces claramente la realización de los impulsos subconscientes, en forma de cumplimiento de deseos. Pero aun en los casos en que esto no es posible directamente, según el psicoanálisis, pueden descubrirse las tendencias latentes indagando o "analizando" el contenido manifiesto de los sueños. Para esta interpretación el psicoanalista se sirve de hipótesis auxiliares. Las principales de estas son las relativas a los mecanismos por los cuales se transforman en ensueños los impulsos subconscientes: la condensación, el desplazamiento y la simbolización. 1º La *condensación* consiste en que se unen o confluyen en una sola figura o en el simulacro de un solo acto varios impulsos más o menos afines; 2º el *desplazamiento* sería el mecanismo psicológico por el cual aparece

en el escenario del ensueño un fenómeno trivial y secundario en apariencia, pero que representa un impulso subconsciente fuertemente reprimido, que es el principal causante de la fantasmagoría; 3º gracias a la *simbolización* los impulsos reprimidos son representados alegóricamente en las imágenes del ensueño y en el conjunto de su configuración.

De una manera análoga a los sueños, el psicoanálisis interpreta los actos "inexplicables" de nuestra vida durante la vigilia. Si decimos un nombre por otro, si olvidamos cumplir un compromiso, si desconocemos a una persona, si se nos cae de la mano un objeto frágil o si somos víctimas de un accidente, el psicoanalista no considera el hecho como casual o contingente, sino como determinado por *complejos ideoafectivos*. Estos son definidos como ideas, con fuerte tono emocional, reprimidas a consecuencia de impresiones o situaciones vividas antes y que uno no quisiera haber experimentado.

Las interpretaciones de este género son en parte admisibles. Por las siguientes razones: 1ª todo contenido actual de nuestra conciencia está condicionado por nuestro pasado y por nuestras tendencias instintivas; 2ª toda actividad psíquica es en parte simbólica, desde la palabra más simple hasta la concepción personal del mundo; 3ª por diversos procedimientos se puede comprobar la fuerza viva del pasado y de las tendencias instintivas; el hipnotismo, los experimentos de asociación, la embriaguez, el narcoanálisis etc. avivan el recuerdo y favorecen el debilitamiento de los frenos del pudor, la reserva, el dominio de sí mismo y el imperio de la espiritualidad en la conciencia. En lo que respecta a cómo se interpreta lo que hay debajo o detrás de

los fenómenos de la conciencia, es muy difícil deslindar el acierto psicológico de las hipótesis o conjeturas gratuitas.

5. La actividad anímica y la influencia de las disposiciones y los procesos corporales.

En todo caso, no debe olvidarse que la actividad extraconsciente mucho depende de la disposición hereditaria del sujeto, de su complexión corporal y de sus funciones fisiológicas. Las glándulas de secreción interna, por ejemplo, ejercen una evidente influencia sobre la vida anímica, como lo atestigua especialmente el aumento o disminución de las secreciones de la glándula tiroides, que aviva o apaga, respectivamente, tanto la actividad de las funciones intelectuales cuanto la sensibilidad y los sentimientos.

Esto nos lleva a tocar el punto de las relaciones entre el alma y el cuerpo. Todas las teorías formuladas por los filósofos sobre este tema sólo demuestran que, consideradas en general esas relaciones, son un misterio insondable. Esto no obsta para que la ciencia, ante los fenómenos concretos, trate de precisar en cada caso la influencia de una esfera sobre la otra : qué repercusión tienen determinados hechos corporales sobre el estado y las funciones anímicas, y viceversa. Lo inadmisibile, por falta de discernimiento, es proclamar, sea una unidad psicofísica indistinta que lo explica todo, sea la supremacía absoluta de lo psíquico sobre lo físico o al contrario. Esto último es característico de la llamada psicología reflejológica, que pretende reducir a actos reflejos, espontáneos o condicionados, toda la vida anímica del hombre. La investigación científica rigurosa demuestra que por encima de los reflejos y de las reacciones establecidas

por la costumbre (que se confunden erróneamente con los reflejos) está la intencionalidad rectora de los procesos anímicos, principio motor genuinamente subjetivo. Ninguna interpretación reflejológica puede darnos cuenta, por ejemplo, de la transformación de las sensaciones en objetos percibidos, de la significación espiritual de las palabras o de la legalidad lógica de los pensamientos.

CAPITULO V

LA ATENCION

Programa : 1. Definición.— 2. Hecho inherente a la intencionalidad de la conciencia.— 3. Signos exteriores de la atención.— 4. Atención espontánea y atención voluntaria.— 5. La atención espontánea y las tendencias afectivas.— 6. Influencia de la atención sobre la percepción, la memoria y el trabajo intelectual.— 7. Importancia de la atención, particularmente en toda clase de aprendizaje.

1. Definición.

Hemos dicho que en el contenido de la vida psicológica pueden distinguirse diferentes grados de claridad, desde los que casi se pierden a la mirada de la conciencia, hasta los que reciben una luz excepcionalmente intensa. Ahora bien, esa luz excepcional, esa singular vivacidad que adquieren algunos hechos de conciencia, distinguiéndose de todos los demás y monopolizando en cierto modo la actividad consciente del espíritu, son debidas a la atención. Podemos pues decir que la atención es el esfuerzo integral del espíritu, que limitando una región determinada en el campo de la conciencia, ilumina vivamente el contenido de ese campo y lo mantiene así, distinto y claro, mientras lo contempla o escruta.

2. Hecho inherente a la intencionalidad de la conciencia.

La intencionalidad de la conciencia consiste en que toda conciencia se dirige o se refiere a algo heterogéneo a ella misma o, lo que es lo mismo, a un objeto. Se comprende entonces perfectamente que la atención no es sino la conciencia concentrada en un objeto, acto inherente a su intencionalidad. Y aun más : la atención es la manifestación de la vida consciente en que más claramente se muestra aquella calidad esencial, puesto que es en la contemplación atenta donde la conciencia al par que se afirma como actividad interior se dirige hacia afuera, hacia el objeto, con un máximo de intensidad y de interés.

3. Signos exteriores de la atención.

En la atención intervienen movimientos corporales de diversa índole. En la atención sensorial, es decir en aquella que se dirige a las percepciones del mundo exterior, las reacciones corporales están constituídas, principalmente, por movimientos de acomodación de los órganos de los sentidos. Ejemplos : el reflejo pupilar, la tensión del tímpano en el oído, las contracciones táctiles de los ciegos al palpar los objetos, la respiración lenta y profunda para oler. Debiendo tenerse en cuenta que a estas acomodaciones se añaden otras de carácter accesorio, como las relativas a la posición de la cabeza, del tronco y de las manos para percibir el objeto de la mejor manera posible.

En la atención llamada espiritual porque se dirige a contenidos meramente imaginativos o ideales, los fenóme-

nos somáticos están constituídos por contracciones musculares, gestos característicos, actitudes, movimientos destinados en gran parte a inhibir las impresiones perturbadoras. Dwelshauvers describe en forma breve los fenómenos motores correspondientes a la atención espiritual, o como él la llama, abstracta. "La atención abstracta", escribe, "emplea aparatos motores diferentes; una atención fácil no excluye la libertad de los movimientos; la atención penosa o forzada, corresponde a un esfuerzo del pensamiento, impone a numerosos grupos musculares una tensión excesiva; una lucha interior con las ideas se traduce por la agitación, mientras que la meditación discurre en calma y es recogida e inmóvil". Rodin ha figurado en su famosa estatua El Pensador, la tensión muscular, a veces excesiva, que corresponde a algunas formas de la atención espiritual.

4. Atención espontánea y atención voluntaria.

En la atención se distinguen dos formas, la espontánea y la voluntaria. La atención espontánea es aquella que se dirige a un objeto dado sin un propósito consciente o deliberado de nuestra parte, como cuando repentinamente llega hasta nosotros una música agradable e involuntariamente nos detenemos a escucharla. El caso de la atención *voluntaria* es aquel en que el esfuerzo atento es anterior a la presentación del estímulo. Tengo un libro cerrado y deliberadamente resuelvo concentrarme en el estudio de lo que voy a leer. Hay así en la atención voluntaria un elemento decisivo de anticipación y de espera.

Algunas teorías sobre la atención, y especialmente las llamadas empiristas, han querido reducir las dos formas ante-

riormente descritas a la primera, es decir, a la atención espontánea, negando de esta suerte a la atención sus condiciones de actividad dirigida y reduciéndola, en cierto modo, a una mera receptividad pasiva del espíritu. Las más conocidas de estas teorías son las de Condillac y Ribot, consideradas hoy como insostenibles.

5. La atención espontánea y las tendencias afectivas.

La tendencia de la psicología contemporánea es a considerar las dos formas de la atención como manifestaciones de tendencias afectivas dinámicas. Atender es preferir, y preferir es conceder a lo que se prefiere un interés particular, valor. El interés es una forma de la vida afectiva. Y así es, al fin y al cabo, el sentimiento en su manifestación dinámica, el resorte fundamental de la atención.

Cuando se trata de la atención voluntaria no puede haber duda ninguna respecto a la importancia capital de las tendencias afectivas. Yo atiendo lo que me interesa, lo que me gusta, lo que deseo conocer, comprender, profundizar, porque en todo ello encuentro una satisfacción. Más difícil parece descubrir el papel de las tendencias afectivas en la llamada atención espontánea. Ese papel se ofrece sin embargo con innegable evidencia cuando reflexionamos en que sólo llaman nuestra atención las cosas a las que nos vincula algún lazo desconocido de interés, alguna secreta predilección que en un momento dado, y sin preparación consciente, nos solicita y nos retiene. Dos hombres atraviesan la misma galería; uno de ellos es pintor, el otro no. El primero se detendrá bruscamente ante un cuadro de mérito, el segundo pasará de largo. El lazo afectivo ha retenido al pintor sin

un designio consciente de su parte. Y así su atención espontánea ha sido determinada por una profunda y activa tendencia de su espíritu.

6. Influencia de la atención sobre la percepción, la memoria y el trabajo intelectual.

Los efectos de la atención se perciben más claramente examinando la influencia de aquélla en los diferentes procesos de la vida psicológica y especialmente de la función intelectual.

La sensación se intensifica y se define y por decirlo así se clarifica cuando concentramos en ella la atención. Así, por ejemplo, en un acorde que se va extinguiendo, puede la atención reforzar en cierto modo los sonidos componentes y distinguirlos claramente. Y así también es conocida la finura que, en cuanto a determinadas sensaciones de sabor, poseen, gracias a la atención educada, los catadores de vino y los aficionados a la buena mesa.

En la percepción tiene también la atención un papel considerable. Como es sabido, la percepción es un todo compuesto de sensaciones y de imágenes referidas a un sólo objeto. Concentrándose la atención sobre ese objeto, no sólo que lo distingue de los demás sino que hace posible percibir en detalle sus aspectos y diferenciar con precisión sus elementos. Como afirma Roustan, "la atención es aquí un instrumento de análisis".

La influencia de la atención en la memoria es considerable. La retención de un recuerdo y su evocación voluntaria puede decirse que están en razón directa de la fuerza de atención con que la conciencia contempló el hecho origi-

nario del recuerdo. Hay, por otra parte, como ya lo dijimos, una forma de atención dirigida no ya a un hecho presente que queremos retener para recordarlo alguna vez, sino a despertar el recuerdo. La atención dirigida en este sentido triunfa de la resistencia del recuerdo y lo extrae a la luz, obliga al dinamismo subconsciente a proporcionar el dato requerido, la solución buscada, y así en cada momento pone a la disposición del espíritu la riqueza acumulada del pasado. Un claro ejemplo de la influencia de la atención sobre la memoria, nos ofrecen las experiencias de Watt sobre la asociación predeterminada o la evocación dirigida.

Veamos finalmente la influencia de la atención en el trabajo intelectual. No podríamos trabajar intelectualmente si careciéramos de la fuerza necesaria para mantener una idea en la conciencia y no permitir que se esfume, para relacionarla con otra idea y formar una síntesis, para mantener esta última sin permitir que se disuelva y así, en fin, para tejer esa urdimbre de juicios e inferencias en que consiste el trabajo intelectual o la reflexión. Esa fuerza que mantiene las ideas claras, distintas y fijas es la atención que, como se ve, condiciona en forma necesaria toda verdadera actividad reflexiva. Bergson ha analizado en forma admirable el proceso de atención que constituye el resorte de todo trabajo intelectual, desde el que se esfuerza por extraer un determinado recuerdo de la memoria hasta el que se realiza en las operaciones más altas y complejas de la invención. En todos sus grados el esfuerzo intelectual o, lo que es lo mismo, la atención concentrada con un propósito de rememoración o de intelección, funciona gracias a lo que Bergson llama "esquema dinámico" y que es una especie de representación abstracta que en cierto modo anticipa el re-

sultado perseguido y que está destinada a solicitar en una dirección predeterminada, el contenido subconsciente.

7. Importancia de la atención, particularmente en toda clase de aprendizaje.

Es evidente la importancia de la atención en toda forma de aprendizaje. Aprender consiste en adquirir conocimientos o habilidades prácticas mediante el ejercicio consciente de la inteligencia y de la voluntad. Y en este ejercicio la atención desempeña un papel decisivo, ya en cuanto presenta a la mente con un máximo de claridad los objetos que se desea conocer o manejar, ya en cuanto, al precisar la conciencia de las actitudes mentales o corporales requeridas, se facilita gradualmente su ejecución.

CAPITULO VI

LA VOLUNTAD

Programa 1. Descripción del acto voluntario.— 2. La deliberación. Los motivos y los móviles. La determinación.— 3. Actos voluntarios con acción exterior y actos voluntarios sin acción exterior.— 4. El problema de la libertad.— 5. La conciencia de la propia libertad como hecho psicológico indiscutible.— 6. Deseo y volición; sus relaciones y diferencias.

1. Descripción del acto voluntario.

Directamente los fenómenos de la voluntad se dan como tendencias dirigidas hacia algo o contra algo; tendencias que van acompañadas por una cierta sensación de actividad y por la percepción o concepción intelectual de su objeto. Ejemplo : yo quiero viajar, comer, salir, ir al teatro esta noche etc.; no quiero salir en una noche fría; ni asistir a tal audiencia del tribunal, ni tomar una bebida que me disgusta : por manera que podría describirse el acto voluntario como un movimiento del espíritu que se dirige conscientemente hacia un fin o que rehusa o excluye, a sabiendas de que lo hace, alguna posibilidad de la vida.

2. La deliberación. Los motivos y los móviles. La determinación.

La deliberación es el proceso en que se oponen y aprecian así las razones como las tendencias afectivas que ora impulsan ora impiden la acción.

En la deliberación pueden distinguirse cuatro etapas : en la primera, llamada de la *concepción*, aparecen en la conciencia los resortes afectivos o intelectuales que nos incitan a actuar o a no actuar. En la segunda, la conciencia pone frente a sí los diferentes motivos o móviles y aprecia el valor relativo de cada cual : es la etapa de la *apreciación*. Una tercera etapa la constituye la *decisión*; la voluntad ha escogido entre las diferentes sollicitaciones y se ha resuelto a actuar en el sentido de una de ellas. La etapa final es la *ejecución* del acto voluntario.

Se llaman *motivos* las razones intelectuales de nuestros actos; se llaman *móviles* las atracciones o repulsiones de carácter afectivo en cuya virtud actuamos. Como bien se comprende, dados los principios que hemos admitido en otros capítulos, esta distinción señala dos aspectos abstractos del acto volitivo, pero induciría a error si se creyera que ellos pueden presentarse separadamente en las manifestaciones concretas de la voluntad. En ellas no hay ningún motivo que actúe en mérito de su pura significación intelectual, ni hay tampoco ningún resorte afectivo que no asuma una cierta expresión representativa, intelectual.

La verdad es que cuando se hacen estas separaciones, erigiendo en entidades independientes las manifestaciones inseparables de un solo proceso, se vicia el concepto de la acción voluntaria, porque se desconoce que ella es esencial-

mente una función sintética que impulsa, aun en los casos de discordancia o de conflicto, dentro de una cierta orientación de conjunto, la totalidad de la vida consciente.

La determinación es el acto integral de la voluntad, en que tomadas en cuenta las razones y sopesadas todas las consecuencias, la voluntad adopta una resolución en que se condensa y expresa todo el proceso psicológico que condujo hacia ella.

3. Actos voluntarios con acción exterior y actos voluntarios sin acción exterior.

Hay actos voluntarios con acción exterior y actos voluntarios sin acción exterior. Los primeros son aquellos que se traducen en modos de actividad accesibles a la percepción de los sentidos y, especialmente, aquellos que se determinan por movimientos corporales capaces de producir desplazamientos de los objetos materiales. Ejemplos : hacer un viaje; domar un caballo. Los actos voluntarios sin acción exterior son aquellos que modifican, orientan, impulsan o inhiben la corriente de los procesos conscientes, sin que esta acción tenga necesariamente una expresión externa definible. Ejemplos : la elección de una carrera, el vencimiento de una inclinación que se considera dañosa, en general, las decisiones que se toman para un futuro lejano y que permanecen como actos meramente internos durante largos lapsos.

4. El problema de la libertad.

El problema de la libertad es principalmente metafísico y no psicológico. Su resolución implica la de una serie de cuestiones relativas a la autonomía de la vida consciente, a la causalidad, a la contingencia, que desbordan la esfera de la simple investigación psicológica. Sin embargo, la psicología, aun entendida como una simple descripción empírica de hechos, no podría desinteresarse completamente de la cuestión de la libertad y esto porque la creencia en la libertad o su negación son hechos que se reclaman de la experiencia interna y que en consecuencia deben ser confrontados con ésta.

Es un hecho que en ocasiones nos sentimos libres, sentimiento que, por lo demás, es muy difícil de definir, pero que tal vez podría caracterizarse aproximadamente diciendo que en él nos damos cuenta de que coincidimos con la esencia de nuestra índole, de que la acción emana de nosotros como una expresión auténtica, insustituible del aspecto privilegiado de nuestro fundamental modo de ser. Y bien, si prescindiendo de toda preocupación metafísica, llamamos libertad a una cierta relación entre el acto y el yo, relación en que el acto aparece como la manifestación directa, auténtica del yo, es evidente que la libertad existe y que en consecuencia, el sentimiento que nos la certifica es veraz, puesto que se dan efectivamente actos en que lo esencial de nuestra vida, nuestro "ser mismo", se expresa y realiza, logra trascendencia.

Nuestra experiencia de la libertad corresponde — como observa Maurice Blondel — a una especie de soberanía creadora por la cual adquirimos la conciencia de ser agen-

res personales. Según este mismo filósofo, es equivocado considerar la razón como mero poder regulador, cuando lleva en sí una verdad sustancial de la misma manera que la trascendencia no es una categoría del ideal, "y a pesar de lo que pueda decirse de su inmanencia vital en los agentes espirituales, su presencia en ellos es ciertamente la presencia y el estímulo de un absoluto subsistente y que permanece incommensurable con toda realidad contingente. Así, es un problema saber cómo se opera lo que Platón llamaba ya mezcla o cooperación activa de lo finito y lo infinito, de lo fatal y de lo libre, de las fuerzas pasionales y de la soberana razón".

5. La conciencia de la propia libertad como hecho psicológico indiscutible.

Sin salir del campo rigurosamente empírico de la psicología, no es legítimo tratar de la libertad sino de la conciencia de libertad. A este propósito es útil citar las palabras de uno de los psicólogos que más se ha ocupado con el estudio experimental de la libertad: "esta conciencia de libertad — afirma Ach — no es sólo una apariencia, un error, un «como sí», sino una realidad anímica de la más alta potencia... Y de la realidad de la libertad resulta la realidad de la responsabilidad, y con ella la ley moral general: «Actúa siempre conforme tu responsabilidad»."

6. Deseo y volición; sus relaciones y diferencias.

Al sentimiento de las tendencias con la representación de sus objetivos, en su acepción más general se le llama de-

seo. La volición es una forma del deseo caracterizada porque en ella, al deseo se añade la representación de las condiciones de su realización y de sus consecuencias, "extendiéndose a unas y otras el carácter de deseo y todo ello sobre la base de la creencia en la posibilidad de realizar lo deseado por acción propia" (Pfänder). Una cosa es que yo desee más o menos vagamente ir a la China, o al Canadá, o a Constantinopla, y otra que yo me determine a emprender realmente un viaje a tal lugar con todo lo que ese viaje implica en cuanto a los medios para su realización y a sus consecuencias. En el primer caso se trata de un simple deseo, en el segundo de una volición.

Pero hay una nota derivada de la orientación de la voluntad en el tiempo y que marca de manera indudable la menor extensión del concepto de volición con respecto al concepto más amplio de deseo. El deseo puede referirse tanto al pasado como al futuro. Yo puedo desear, por ejemplo, que el barco no haya llegado ayer al puerto y también puedo desear obtener el premio de la lotería que sale el próximo miércoles. La volición, en cambio sólo se refiere a lo venidero y es que sólo en esa dimensión del tiempo puede ejercitarse con eficacia el poder realizador de la voluntad. Así, en el acto volitivo propiamente dicho, se afirman las más altas posibilidades y las características esencialmente humanas de la voluntad. Y así también, si se toma la palabra libertad como expresión del acto psíquico consciente en su determinación más decisiva, podría decirse que el acto libre es el acto voluntario por excelencia.

CAPITULO VII

EL HABITO

Programa : 1. Definición. Relación con el ejercicio de la voluntad : hábitos activos.— 2. La formación de los hábitos; no todo en ella es repetición.— 3. Hábito motor y hábito psicológico.— 4. Hábitos pasivos, constituidos sin esfuerzo voluntario.— 5. Condiciones favorables a la constitución de los hábitos.— 6. Efectos del hábito; sobre la fatiga y sobre la economía de esfuerzo y de atención voluntaria.— 7. Utilidad e inconvenientes de ciertos hábitos.

1. Definición. Relación con el ejercicio de la voluntad : hábitos activos.

Puede definirse el hábito como una disposición adquirida y durable para reproducir con creciente facilidad y perfección los mismos actos o para vivir bajo la acción de las mismas influencias físicas o psíquicas. Definición que, según se ve, envuelve la posibilidad de distinguir dos clases de hábitos. Hay hábitos que consisten en la adquisición de una aptitud para practicar con facilidad, seguridad y destreza determinados actos, adquisición que generalmente es penosa en sus comienzos. Son los hábitos que suponen un aprendizaje y a los que se les llama *hábitos activos* porque siempre requieren un esfuerzo más o menos consciente y

deliberado por parte de quien los adquiere. Ejemplos : caminar, bailar, tocar el piano, escribir a máquina. Hay otros hábitos, a los que se suele calificar de *pasivos* porque no requieren ningún esfuerzo aparente, o por lo menos ningún esfuerzo atento para ser adquiridos. Son fenómenos de adaptación indeliberada y fundamentalmente biológica a condiciones predeterminadas y externas. Ejemplos : las adaptaciones del organismo a los lugares demasiado altos, a los climas demasiado cálidos, fríos, húmedos, secos etc. Adaptaciones a las que podríamos agregar otras también relegadas a la subconciencia pero de índole social, como aquellas en cuya virtud tomamos los modales, las expresiones y aun las maneras de sentir y de pensar del grupo en que vivimos.

Por lo demás, debe tenerse en cuenta que esta distinción entre hábitos pasivos y activos, propuesta inicialmente por Maine de Biran y mantenida después por muchos psicólogos, no debe ser tomada en sentido absoluto, puesto que la adaptación o más exactamente la aptitud para soportar determinadas influencias o para vivir en determinadas condiciones, es también una forma de actividad, una respuesta del ser viviente a las exigencias más o menos imperativas y apremiantes que se le plantean.

Si no en todos, en la mayoría de los hábitos tiene la voluntad una importancia; como que el hábito es una disposición adquirida y esta disposición puede ser momentáneamente alejada y, más tarde, lograda por la adecuación inteligente de los medios al fin. Por lo cual es en el aprendizaje donde mayor eficacia puede tener el ejercicio continuado, paciente y enérgico de la voluntad.

2. La formación de los hábitos; no todo en ella es repetición.

Se ha pretendido referir el origen del hábito a la simple repetición, y así se ha creído que ésta es la condición necesaria y suficiente para la formación de los hábitos. Pero esta tesis no es verdadera. En primer lugar, la repetición no es una condición necesaria para la formación de los hábitos, dado que exista la posibilidad de que éstos se constituyan sin aquella. En ocasiones basta haber practicado una vez un acto, para que se formen tendencias durables dirigidas a su repetición habitual. Hay personas que con haber escuchado una sola vez la recitación de un poema, adquieren el hábito de repetirlo. Sabemos por otra parte que basta haber tomado un día en el paseo una cierta dirección para volver después hacia ella; haber comprado una vez un libro en una librería cualquiera, al acaso, para que después algo nos incite a retornar llegada la ocasión. En segundo lugar, la simple repetición no es tampoco la condición suficiente para que el hábito se constituya. El que quiere aprender a bailar, por ejemplo, no puede limitarse a repetir los mismos movimientos torpes que ejecuta en la iniciación de su aprendizaje, porque entonces no aprendería a bailar. El que aprende esgrima, como el que aprende baile, tiene que ejecutar un trabajo intencional de organización de los movimientos dentro de una estructura fundamental; el aprendiz debe ir familiarizándose con cada uno de los movimientos del acto que trata de aprender, y proceder después a la síntesis que engloba todos los movimientos parciales en el movimiento completo. Todo lo cual está indicando que en los hábitos que podríamos llamar de apren-

dizaje, no se trata solamente de repetir sino, y principalmente, de integrar y perfeccionar la ejecución del acto.

3. Hábito motor y hábito psicológico.

Hay una categoría de hábitos que no interesan o que interesan tan sólo indirectamente a la psicología. Es la de aquellos que se definen como la adaptación inconsciente, totalmente involuntaria y, por decirlo así, física del organismo a las condiciones del ambiente. Esos hábitos son comunes al hombre, a los animales y a las plantas y su estudio constituye importante material de la biología. Junto a esos hábitos meramente biológicos, existen otras dos categorías en las cuales interviene activamente la conciencia y que son a saber: hábitos motores y hábitos propiamente psicológicos.

Los hábitos motores implican la adquisición por el organismo de una aptitud nueva, que se perfecciona con el ejercicio y que se incorpora en su proceso como una función más. Con mayor exactitud, el hábito motor es una disposición del cuerpo para ejecutar cada vez con mayor facilidad, destreza y eficacia determinados movimientos. Ejemplos: saltar, montar a caballo, conducir automóvil, escribir etc.

Los hábitos propiamente psicológicos nos predisponen a reproducir con creciente facilidad y a veces también con perfección creciente determinadas operaciones mentales, nos familiarizan con ciertos estados de la sensibilidad y en fin hasta facilitan las determinaciones del querer. Así, en cuanto a los hábitos intelectuales tenemos, la tendencia a reproducirse que se observa en las asociaciones de ideas, la facili-

dad casi automática para calcular que es posible adquirir y, en general, todos los modos de pensar que por razones profesionales o sociales se constituyen en nosotros y que a veces se consolidan de tal suerte que nos incapacitan, en cierta medida, para comprender y aceptar lo nuevo. En cuanto a la sensibilidad, tenemos la serenidad profesional de los médicos ante el dolor y en fin la tranquilidad con que, por obra de la repetición, pueden todos los que adoptan profesiones de peligro, afrontar los riesgos a que se exponen. Por último, es sabido que la capacidad de decisión voluntaria se fortifica con la persistencia en el empeño, es decir, mediante el hábito de decidirse y actuar. Por todo lo cual, sin duda, Aristóteles pudo decir que hay una virtud que no es sino una forma del hábito.

Y aquí debemos insistir sobre la creciente importancia que la psicología contemporánea concede a las disposiciones motrices y por lo tanto a los hábitos motores en numerosas operaciones mentales y, especialmente, en las que integran la percepción exterior y la memoria. Es fácil observar, en efecto, que la percepción exterior propiamente dicha supone, por parte del cuerpo, una serie de reacciones motrices para acercarse o alejarse de los objetos o bien para cogerlos, desplazarlos y en fin utilizarlos. Reacciones que en su mayoría son habituales y que, por decirlo así, esquematizan dinámicamente nuestra experiencia del mundo exterior. En cuanto a la memoria, según tendremos ocasión de mostrarlo, el hábito interviene decisivamente en el acto del reconocimiento, puesto que reconocer un objeto es "saber servirse de él", y ello implica naturalmente determinadas reacciones motrices habituales. El hábito, se ha dicho con razón, es, en cierto sentido, la memoria del cuerpo,

memoria que, esquematizando los movimientos y llevándolos a un máximo de facilidad y de eficacia hace posible la vida práctica o sea la adaptación al medio externo y, lo que es más, su utilización.

4. Hábitos pasivos, constituídos sin esfuerzo voluntario.

En la formación de los hábitos pasivos no interviene la voluntad. Como su nombre lo indica, se forman sin un propósito consciente y, según ya se dijo, consisten en modos de adaptación al ambiente físico o social. De ahí su significación psicológica. Los hábitos pasivos hacen posible o facilitan la vida desde el punto de vista fisiológico o desde el punto de vista de la vida de relación. Y al mismo tiempo, al reflejar o traducir las condiciones generales del ambiente, los hábitos pasivos, principalmente los que se derivan de la vida social, constituyen verdaderas formas de expresión interesantes como indicaciones biológicas o como signos de los diferentes niveles y estructuras de la mentalidad colectiva.

5. Condiciones favorables a la constitución de los hábitos.

Ya se ha dicho que la repetición no es una condición necesaria para la formación de los hábitos. No es necesaria, pero favorece su formación, en cuanto a los hábitos activos. En cuanto a los pasivos, la continuidad con que se ejerce la influencia del ambiente biológico o del medio social es muy importante. Precisa señalarse, como condi-

ción general, que el hábito favorezca alguna tendencia vital del organismo o alguna predisposición psicológica del sujeto.

A los factores expresados deben agregarse algunas condiciones negativas, las mismas que afectan de modo principal la formación de los hábitos pasivos y que son a saber : a) que la modificación orgánica que representa el hábito no sea opuesta a la naturaleza del ser; b) que no sea demasiado violenta, y, c) que no sea demasiado brusca.

6. Efectos del hábito; sobre la fatiga y sobre la economía de esfuerzo y de atención voluntaria.

He aquí los principales efectos del hábito :

1º El hábito, simplifica los movimientos requeridos para obtener un cierto resultado, los hace más seguros y disminuye la fatiga. Es conocido el ejemplo del aprendiz de piano quien en un principio no emplea solamente los dedos para oprimir las teclas, sino que en realidad pone en acción todos los músculos. Mueve la cabeza como si quisiera tocar también con ella, contrae los músculos del brazo y a veces hasta los músculos abdominales, todo con un esfuerzo desproporcionado a la magnitud y a la importancia de los resultados obtenidos. Poco a poco, el ejercicio elimina los esfuerzos y los movimientos inútiles, mientras que los necesarios se ejecutan con una creciente eficacia y con una decreciente molestia.

2º En el hábito se debilita progresivamente la conciencia y la acción tiende a volverse automática. Muchos recordamos con qué atención, con qué conciencia escrupulosa aprendíamos a envolver nuestros primeros cigarrillos. El

fumar se nos antojaba un acto trascendental y el envolver el cigarrillo era casi un rito en que palpitaba la ingenua presunción de nuestra adolescencia. Con el hábito, empero, llegábamos a ejercitar todos los minuciosos movimientos indispensables sin parar mientes en ellos; a ejecutarlos con admirable perfección mientras nuestro pensamiento se absorbía en cosas diferentes: espectáculos, discusiones, proyectos. Este automatismo, sin embargo, no está reñido con una cierta capacidad de improvisación, o mejor, con la posibilidad de realizar combinaciones nuevas de los movimientos habituales a fin de adaptar al ser vivo con rapidez y eficacia a situaciones relativamente imprevisibles. Y lo que es más: este automatismo no está reñido tampoco con una como vigilante atención semiconsiente. Así los sirvientes de los comedores en los trenes, tienen que solucionar en cada instantes complejos problemas de equilibrio entre su propio movimiento, el movimiento del tren en marcha y la situación de los objetos que manejan. Un sirviente de éstos vierte vino en un vaso y es sorprendido por una curva súbita o una parada brusca; con instantánea rapidez ejecuta un movimiento y adopta una actitud que evita su caída y la del líquido que sirve. Es como una inteligencia motriz que inventa soluciones a veces admirables por su eficacia y dentro de ciertos límites, por su originalidad.

3º Los hábitos pasivos crean necesidades. Nuestro organismo exige imperiosamente que se realicen las condiciones de vida a que está habituado. Sentimos necesidad de ingerir nuestros alimentos de costumbre, de respirar la atmósfera que siempre hemos respirado. Y conviene hacer notar que los hábitos nocivos o perjudiciales son a veces más

exigentes y tiránicos que los beneficiosos. Ejemplo : el alcoholismo.

No debe inferirse, empero, de lo dicho que siempre y en todo caso, la adquisición del hábito provoque la atenuación o la eliminación de los elementos conscientes. Hay casos en los cuales el hábito no solamente no elimina los elementos conscientes sino que, al contrario, los pone de relieve, los afina. Es conocido el hecho de que el químico, gracias al hábito constante del laboratorio, ha educado su olfato de tal modo que mediante él puede distinguir fácilmente los componentes de sus reacciones. También se cita en los textos de Psicología el ejemplo del catador de vinos, el cual en el sabor de los vinos no sólo percibe las sustancias que lo componen sino su edad y las excelencias o defectos en el proceso de su fabricación.

7. Utilidad e inconvenientes de ciertos hábitos.

El hábito desempeña un papel muy importante en la vida psicológica. Como ya lo hemos visto, gracias al hábito, numerosas operaciones corporales y mentales, no sólo llegan a realizarse con notable facilidad y perfección, sino con un relativo automatismo, el cual, implicando un desinterés de la atención, permite enfocarla hacia nuevas y más altas sollicitaciones y tareas. De este modo el hábito descarga de trabajo a la conciencia y especialmente a la acción voluntaria; así, conservando lo ya adquirido posibilita la labor renovadora e inventiva. Pero el hábito entrafña también un serio peligro, consistente en que puede conducir a la inercia, a la simple repetición automática, a la rutina. Por eso el ideal en lo que podríamos llamar la economía de

la actividad humana, sería un equilibrio entre aquella que conserva, repite y mecaniza, y la que inventa, modifica, crea. Sin el hábito, la vida mental sería imposible o, por lo menos, muy difícil, puesto que la experiencia adquirida no facilitaría el trabajo y para todos los detalles de la vida necesitaríamos un nuevo gasto de atención. En cambio, una vida totalmente dominada por el hábito, confinaría ya en el puro mecanismo, nos mantendría en el círculo infecundo de la repetición, fijaría en fin en formas anquilosadas todo el esfuerzo humano. Y así, si son útiles los hábitos que hacen posible o facilitan la actividad del espíritu, son nocivos los que tienden a producir, con peligro y desmedro de la conciencia y del espíritu, la materialización de la vida.

CAPITULO VIII

EL INSTINTO

Programa : 1. Definición.— 2. Enfoque especial en lo referente a la espontaneidad y la finalidad biológica. Ejemplos demostrativos tomados especialmente de los insectos.— 3. En el hombre las tendencias instintivas no tienen los mismos caracteres que en los animales.— 4. El instinto es una manifestación primaria que no puede reducirse ni a reflejos o tropismos ni a una actividad intelectual decaída.— 5. Diferencias respecto al hábito.

1. Definición.

El instinto *sensu stricto* puede definirse como la potencia anímica por cuya virtud el animal aprehende de modo espontáneo la realidad ambiente y actúa sobre ella con oportunidad, adecuación específica y rotundidad, conforme a determinados fines propios del ser, de su especie o de la vida, generalmente sin conocimiento de tales fines y de las consecuencias de la acción.

2. Enfoque especial en lo referente a la espontaneidad y la finalidad biológica. Ejemplos demostrativos tomados especialmente de los insectos.

Estudiemos los caracteres del instinto según aparezca en su definición.

1º El instinto es *potencia anímica* en el sentido de que constituye un principio dinámico rector o fuerza que desarrolla y dirige una estructura psíquica; no como mero vector físico, pues no se trata sólo de intensidades sino también de condiciones cualitativas originales, que marcan un rumbo y excluyen todo lo que a él se opone. Si se tratara de un vector físico, las hembras de las mariposas, por ejemplo, pondrían sus huevos en la primera hoja que se les presentara y no escogerían al ofrecérseles varias de diversos vegetales, aquella que sirve precisamente de sustancia nutritiva para sus orugas. Asimismo la avispa llamada *filante* si no obrase según una dirección selectiva, con fin específico, cuando coge una abeja doméstica provista de néctar de las flores, para llevarla como alimento a sus hijos, no se cuidaría de eliminar del cuerpo de la presa con gran escrupulosidad todo rastro de miel, que es veneno mortal para sus larvas.

2º La *espontaneidad* de las manifestaciones instintivas consiste en que no se hallan sujetas a imposiciones o rectificaciones procedentes de fuera y en que se realizan sin aprendizaje. Siendo innatas, se cumplen con perfección desde la primera vez, y si se repiten no es de manera mecánica e invariable. Todas las telas que teje una araña o los nidos que construye un ave corresponden al mismo principio, a la misma idea arquitectónica; pero cada tela o cada nido es original en su realidad concreta, no es estereotipada y sin expresión de iniciativa como el producto de las máquinas. Los actos instintivos — por complicados que sean y aunque representan las más perfectas aplicaciones de la ciencia geométrica, de resistencia de materiales etc., y artes tan complicadas como la estrategia, la agricultura etc. —

no se aprenden, ni requieren modelos que imitar, ni la experiencia personal contribuye a modificar sus rasgos fundamentales. La palabra espontaneidad tiene además otro significado, el de acto libre : el acto instintivo se diferencia radicalmente del voluntario por emanar su actividad decisiva no del yo consciente, sino de una esfera más profunda del ser : en este sentido no es libre. Pero goza de alguna independencia con respecto a ciertas circunstancias materiales : así, insectos casi idénticamente organizados tienen instintos de lo más diferentes respecto del uso de sus órganos con los mismos fines. De las mil especies de abejas cazadoras que existen, no hay dos que persigan la misma víctima; cada una busca insectos de especie y de anatomía diferente, cuyos miembros saben paralizar por instinto, actuando, como lo haría un experto cirujano, sobre los centros nerviosos requeridos al objeto, a fin de conducir viva la presa a su nido. Lo mismo las hormigas : de las cinco mil especies conocidas, no se presentan dos que tengan exactamente los mismos instintos. Por otra parte, en el copiosísimo orden de las arañas, que cuenta muchas más especies que la familia de las hormigas, los individuos de todos los linajes tienen casi idéntico el aparato productor de la tela, que es lo típico en todo el orden para su forma de vida, y sin embargo de que todas las especies tejen — en cada una de manera más o menos diferente — se da con frecuencia el caso de dos especies muy próximas de las cuales en una los individuos cazan con su tela y en la otra no se sirven de ella con tal objeto, la tienen baldía. En resumen, es frecuentísimo en el reino animal, el hecho de que el mismo órgano sea usado de diferentes modos y con fines distintos. Es igualmente frecuente lo contrario, que en animales muy

disparos por su organización y por su entroncamiento, se presenten instintos análogos.

3º La *oportunidad* de los actos instintivos se refiere a que tienen lugar en condiciones que dependen tanto del cuerpo del individuo, v. gr., del estado de desarrollo o madurez de sus órganos, como de posibilidades del mundo circundante, v. gr., estación del año, grado de humedad de la atmósfera, presencia de seres de la misma especie etc. En general, las manifestaciones del instinto tienen su momento y su sitio conforme a situaciones típicas de la vida de la especie, no como reacción a circunstancias o contenidos meramente singulares y eventuales, diferentes para cada individuo. Además, las diversas actividades del animal para realizar un acto instintivo se hallan en relación de dependencia recíproca, en armonía con ritmo y guionaje más o menos fijos y fatales.

4º Las manifestaciones del instinto son *rotundas*, esto es, que sin tanteos ni vacilaciones, en el mayor número de casos y en las condiciones específicas, el individuo realiza toda la actuación de manera cabal y perfecta. El ave joven construye su nido con impecable habilidad y sentido arquitectónico y exactamente conforme al tipo de la especie, no obstante no haber visto jamás construir un nido. Un perro de aguas de cierta edad, si es arrojado por primera vez a su elemento se salvará nadando airosamente. Es cierto que un ave que no nidifica por primera vez, puede hacer su último nido mejor que el primero y, un perro de busca será más hábil en la caza si se le adiestra debidamente. Pero aunque puede especializarse el instinto, su esquema y su ejecución son conclusos desde la primera vez. "Lo que el ejercicio y la experiencia consiguen — dice Scheler — es comparable

exclusivamente a las variaciones de una melodía, no a la obtención de una melodía nueva”.

5º Los instintos son *específicos*, es decir, comunes a todos los individuos de la misma especie. Esta universalidad tiene naturalmente las limitaciones y diferencias correspondientes al sexo y algunas circunstancias particulares, como, por ejemplo, las castas de las abejas y otros insectos. La especificidad implica la naturaleza de proceso hereditario. A este propósito conviene guardarse de incurrir en el error, frecuente entre personas de poca cultura, de considerar como requisito necesario de lo que se hereda el hecho de que entre en juego desde el primer momento : pensar que se nace con las manifestaciones instintivas, y no simplemente con la disposición íntima, que puede entrar en acción acaso en el postrer instante de la existencia del sujeto. Por otra parte, no siempre lo hereditario es común a todos los individuos de la especie, de la misma manera que no todo lo innato es hereditario. Se puede, en efecto, heredar rasgos correspondientes a la raza o a la familia, así como se puede nacer con una monstruosidad o particularidad sin que intervenga la herencia.

6º El comportamiento instintivo *es conforme a un fin, generalmente desconocido para el sujeto*. Los actos que incorporan la consumación de un instinto conspiran en la dirección de lograr un bien, sea para la especie, sea para el individuo, sea para otra especie de seres vivos, del reino animal o del vegetal. El instinto es, pues, finalista; implica tanto preñuncio extraconsciente como conexión o engranaje en la estructura espacial y esencial del universo, en servicio de la vida. Es tan falso considerar resorte del instinto sólo lo que sirve para la conservación del individuo

como afirmar que el instinto sacrifica, aprovecha o gratifica al individuo, únicamente por la utilidad de la especie. Con respecto a lo primero, el examen más superficial demuestra la frecuencia de las manifestaciones instintivas que trascienden los fines meramente individuales con actos que tienden a perpetuar o fomentar la descendencia. Un ejemplo entre los muchos que nos ofrece la incomparable obra de Fabre, es el caso del coleóptero llamado minotauro, que se une a la hembra en matrimonio indisoluble, representando en el curso de su vida a dos, "la imágen más conmovedora de la familia, el grupo sagrado por excelencia". Unido a su cónyuge, se entierra para ayudarla y preparar el bienestar de la prole. "Jamás desalentado por las rudas ascensiones, dejando a la madre el trabajo moderado, guardando para sí el más penoso, el extenuador acarreo por una galería estrecha, muy alta y vertical, va en busca de provisiones, olvidoso de sí mismo, no seducido por las embriagueces de la primavera, aunque le vendría bien contemplar un poco de panorama, banquetear con los colegas, inquietar a las vecinas, acumulando de lo que vivirán sus hijos; después, cuando todo está listo para los recién nacidos, los víveres asegurados, habiendo gastado todas sus fuerzas sin escatimar, agotado por los esfuerzos, sintiéndose desfallecer, abandona el hogar y va a morir aparte, para no ensuciar la vivienda con su cadáver. Por su parte, la madre no se deja desviar de su hogar y no remonta a la superficie sino acompañada de los hijuelos que se dispersan a su sabor. Entonces, no teniendo más qué hacer la abnegada, a su vez, perece". Pero tampoco se puede negar que hay instintos en provecho exclusivo del individuo, pues se defienden y viven en el mayor número de las especies los sujetos aun después

de pasada la época en que pueden reproducirse. También es erróneo limitar los instintos a los fines de la propia especie, pues mientras más se exploran las conexiones en la biosfera se verifican más casos de actos instintivos en servicio de especies ajenas y en íntima correlación entre los animales y los vegetales, en que las armonías casi borran las incongruencias. Este es uno de los aspectos más sorprendentes de la ecología, ciencia que estudia el ser vivo en función estructural y dinámica con su ambiente.

Entre los caracteres de la actividad instintiva tienen particular importancia los de la espontaneidad y la finalidad biológica: 1º porque ellos permiten darse cuenta de lo que podría llamarse la intuición formativa de la vida; 2º porque mediante ellos puede definirse el instinto como una forma de actividad irreductible a otras formas inferiores del comportamiento biológico.

3. En el hombre las tendencias instintivas no tienen los mismos caracteres que en los animales.

En el hombre los instintos se presentan en forma imprecisa y difusa. Más que instintos diferentes, es un complejo de tendencias instintivas, pues la mayor parte de sus manifestaciones tiene carácter inarticulado, indistinto y variable, en concordancia con las diferencias individuales. Parece que la fuerza de los instintos y su capacidad directiva y configuradora de la conducta se hallasen como diluidos en la actividad total. Los más poderosos, sin los cuales la vida se extinguiría, se presentan desordenados, sin el ritmo cíclico que se observa en los seres que existen en estado de naturaleza. No se puede decir que conserven con rigor el carác-

ter de oportunos. Tampoco el de espontaneidad es en el hombre tal que se manifieste indiferente al ejemplo, al aprendizaje, a la educación. Otro tanto podemos decir de la perfección inicial y — aunque con más restricciones — de la especificidad y de la conformidad a un sentido generalmente desconocido para el sujeto. En una palabra, la conducta del hombre, aunque manifiesta siempre el vigor de los instintos, éstos se hallan más o menos enmascarados, complicados, desunidos o combinados entre sí y con otras actividades : no es fácil distinguir en la mayoría de las acciones cuál es el esqueleto instintivo de las mismas, qué instinto particular es el que en ellas se actualiza.

4. El instinto es una manifestación primaria que no puede reducirse ni a reflejos o tropismos ni a una actividad intelectual decaída.

El *tropismo* es la capacidad que tiene un ser de orientarse con respecto a algún estímulo externo; y el *tactismo* es la capacidad de desplazarse en el sentido del mismo agente que ha provocado el tropismo o en el sentido contrario. Si el ser avanza, aproximándose a la energía excitante, tenemos tactismo positivo; si se aleja de ella, tenemos el tactismo negativo. Generalmente se involucran los dos términos, tropismo y tactismo en uno solo : en el de tropismo. Según que el agente externo sea la luz, el calor, una sustancia etc., se habla de fototropismo, termotropismo, quimiotropismo etc. Hay veces que, para manifestarse un tropismo, es indispensable que se llenen ciertos requisitos en el ambiente. El tropismo es un fenómeno sumamente interesante y considerado por muchos como el criterio de

reacción de los seres más sencillos en su ambiente. Ejemplos : la orientación de las plantas hacia la luz (fototropismo); las raíces se hunden verticalmente en el suelo (geotropismo positivo), el tallo del árbol crece en sentido contrario (geotropismo negativo).

Los tropismos no pueden ser causa ni origen de los instintos. Porque, o los tropismos son simples movimientos mecánicos o meras reacciones fisico-químicas y en ese caso son algo esencialmente diverso de los instintos que, como sabemos, se caracterizan por su finalidad; o son movimientos que se dirigen a la consecución de un fin y en ese caso, no son los tropismos los que explicarían el instinto sino al contrario, serían los tropismos las manifestaciones de la actividad instintiva.

La respuesta innata, inmediata, constante e invariable a una excitación, se conoce en fisiología con el nombre de *acto reflejo* o, simplemente, reflejo. Ejemplos : el reflejo rotuliano, la tos, el estornudo, la contracción del iris bajo la influencia de la luz.

Se ha pretendido explicar el instinto por el encadenamiento de reflejos, lo que es insostenible, pues el reflejo es un proceso mecánico, fijo, parcial, lo que es contrario a la naturaleza del instinto. El reflejo sólo corresponde a estímulos momentáneos y circunscritos y es explicable anatómico-fisiológicamente; mientras que la acción instintiva es una totalidad primaria e indesarticulable, con fines más o menos remotos, implicando un plan virtual o esquema dinámico que — con variedad de medios dentro de la unidad de ejecución — se enfrenta no a un estímulo, sino al mundo como estructura de posibilidades; comprensible, por ende, sólo con criterio biopsicológico.

En oposición a la teoría que pretende derivar los instintos de modos inferiores de la actividad animal — tropismos, reflejos —, tenemos aquella de la “génesis superior”: el instinto como inteligencia anquilosada. La necesidad suscitaría la aparición de actos inteligentes e individuales que, por surgir en una serie de sujetos y repetirse en igualdad de condiciones, acabarían por transformarse en propensiones irresistibles e invariables. Una vez adquiridas estas propensiones, en una y otra generación, acabarían por hacerse hereditarias. Esta concepción también es insostenible, entraña una petición de principio, por la razón de que supone no sólo una inteligencia maravillosa en los animales más simples, incluso superior a la del hombre, sino un poder de adivinación sobrehumano, ya que, como dice Buytendijk, “muchos actos instintivos presentan relaciones con estados ulteriores que el animal no ha conocido nunca o que no puede conocer. ¿Qué inteligencia debería poseer el pequeño coleóptero, el torcedor de la hoja del abedul, que corta la hoja según método determinado, lógico, matemático, lo que le permite enrollarla en forma de una pequeña corneta?... La larva del lucano llamado ciervo volador, que va a convertirse en crisálida, cava en la madera un hueco más grande cuando el insecto por venir será macho que cuando será hembra, a fin de que las mandíbulas que poseen los sujetos machos puedan más tarde encontrar ahí lugar necesario. El animal (la larva) actúa aquí para proporciones que no ha conocido y que no conocerá jamás”. A este propósito, debemos anotar que es frecuente en los insectos comportarse como si tuviesen un conocimiento instintivo del sexo futuro, no sólo de sus larvas sino de los huevos, a pesar de su apariencia igual. Pero lo más sorprendente es

que pueden determinar facultativamente el sexo de cada huevo, como lo ha probado Fabre en la osmia. Estos ejemplos corresponden a los casos más simples. A quien quiera conocer los hechos complicados y desconcertantes del instinto de los insectos, cuyo saber y poder intuitivo no puede siquiera alcanzar la inteligencia humana, remitimos al lector a la famosa obra de Fabre, *Recuerdos entomológicos*, o por lo menos a la de Buytendijk, sobre psicología animal, que representa uno de los más sensatos compendios de nuestros conocimientos en esta materia.

5. Diferencias respecto al hábito.

He aquí las principales diferencias entre el instinto y el hábito : el instinto es innato, el hábito es adquirido; el instinto es relativamente inmutable y perfecto desde su origen, el hábito se perfecciona con el ejercicio; en los actos instintivos no interviene la voluntad, en los hábitos puede intervenir, a lo menos en su formación, la voluntad y la inteligencia.

El instinto concierne principalmente a la especie. El hábito principalmente al individuo. Al adaptar al ser humano a nuevas situaciones, al dotarlo de disposiciones y habilidades que llegan a funcionar con admirable perfección, al permitirle desplegar libremente su actividad superior, el hábito contribuye a emancipar al sujeto de la rigidez del instinto y, por ende, si no degenera en simple mecanismo, puede constituir un factor de transformación, mientras el instinto trabaja en lo profundo para la conservación y la permanencia de la especie.

CAPITULO IX

EL SENTIMIENTO

Programa : 1. Dificultad de una definición precisa. Importancia de los estados agradable y desagradable.— 2. Los estados afectivos sensoriales y los estados afectivos vitales. Su dependencia directa del cuerpo.— 3. Los sentimientos superiores.— 4. Las emociones intensas. Su repercusión fisiológica.— 5. Expresión de las emociones. La risa y el llanto. La mímica.— 6. Las inclinaciones y las pasiones. Definición.— 7. Diferencias respecto a las emociones intensas.— 8. Origen de las pasiones y su relación con los instintos.— 9. Relación con la inteligencia y con la voluntad.— 10. Teoría del sentimiento de inferioridad; su crítica.

1. Dificultad de una definición precisa. Importancia de los estados agradable y desagradable.

Es muy difícil dar una definición precisa de la vida afectiva. Y ello a causa de su profundidad que la hace insondable, de su interioridad que la hace intraducible y de su riqueza que la hace inabarcable. Y así nos contentaremos con exponer en la forma descriptiva que sigue lo que consideramos como más importante en cuanto a su contenido y a su naturaleza.

Se designa con el nombre de vida afectiva todo el conjunto de estados y tendencias que el yo vive de manera in-

mediata, que, como realidades psíquicas, corresponden exclusivamente al sujeto que las experimenta y que por lo general se polarizan en una o más dualidades de términos (placer, dolor; agradable, desagradable; amor, odio) los mismos que no agotan, empero, todas sus cualidades, como sucede con el blanco y el negro respecto de los colores.

Entre las oposiciones polares de la vida afectiva, hay una que sin duda envuelve todas las demás, y es la oposición entre lo *agradable* y lo *desagradable*, términos que como todos los que pertenecen a este dominio, son por naturaleza indefinibles, puesto que se refieren a hechos primarios y en consecuencia irreductibles a las formas conceptuales de la inteligencia.

A propósito de estas expresiones agradable, desagradable, cuyas experiencias psíquicas correspondientes trataremos de esclarecer más adelante, sólo diremos aquí que las empleamos para designar los grandes polos de la vida afectiva, de preferencia a las de placer y dolor o a otras sinónimas, porque son más amplias, ya que, como se ve principalmente cuando se trata de los estados afectivos sensoriales, lo agradable y lo desagradable son el género, mientras que el placer y el dolor son la especie — sin que, por lo demás, estos términos, agradable y desagradable, placer y dolor, posean una verdadera precisión científica. Son términos usuales y no técnicos, sin que la psicología pueda convertirlos de hecho en expresiones meramente convencionales. Así pues, en lo que sigue, los emplearemos con cierta libertad que concilie en lo posible la precisión de la ciencia con las acepciones vivientes pero sin duda flotantes del uso.

2. Los estados afectivos sensoriales y los estados afectivos vitales. Su dependencia directa del cuerpo.

Estados afectivos sensoriales son los estados afectivos que acompañan a las sensaciones y que, en consecuencia, se localizan como ellas en las regiones corporales correspondientes. En el lenguaje usual, suelen designarse estos estados con el nombre de *sensaciones*, denominación que no presenta ningún inconveniente serio siempre que al emplearla se recuerde que la palabra sensación se refiere principalmente a determinados fenómenos de la vida del conocimiento. Ejemplos : el placer producido por el calor del sol en el invierno, el dolor producido por una quemadura; los efectos agradables o desagradables de los sabores.

Una distinción importante que conviene hacer cuando se trata de los estados afectivos sensoriales es la que diferencia lo agradable y lo desagradable, por una parte, y, por otra, lo placentero y lo doloroso. En general puede decirse que lo agradable y lo desagradable son conceptos que tienen una extensión más vasta que la otra pareja de conceptos : placer-dolor. El placer es siempre agradable y el dolor, desagradable, pero no toda sensación desagradable es dolorosa ni toda sensación agradable puede ser llamada una sensación de placer. Lo amargo es desagradable pero no es doloroso, un acorde es agradable pero no es placentero. Las sensaciones de la vista, sobre todo, pueden ser desagradables pero es difícil admitir que sean dolorosas. Y hay más : en determinados casos, ciertas sensaciones dolorosas pueden actuar como coadyuvantes en un resultado sensorial agradable.

Ejemplo : las sensaciones picantes que incluyen elementos de dolor.

A la simple observación, lo agradable y lo desagradable sensoriales se caracterizan por una localización más difusa, menos precisa que el placer y el dolor propiamente dichos. Además, suelen incluir elementos de emotividad y de representación, lo que hace su estudio más complicado, sin que, por lo demás, se haya hecho hasta ahora, la psicología sistemática y exhaustiva de estos estados.

Los estados *afectivos vitales* o "sentimientos vitales", como los llamó Hoeffding, se diferencian de los estados afectivos sensoriales y de los sentimientos anímicos y espirituales en que, a pesar de ser sentimientos corporales, no están ligados a ningún sitio determinado del cuerpo; corresponden a actitudes positivas o negativas frente a sensaciones vagas y difusas, sin ser las sensaciones mismas; muchos de ellos tienen, en fin, un carácter intencional y anticipan el valor de las influencias posibles, favorables o peligrosas. Ej. : estados de hambre, sed, saciedad, asco, tensión, vigor etc.

Es innecesario añadir que así los estados afectivos sensoriales como los vitales dependen directamente del cuerpo. La intensidad y calidad de los estados afectivos sensoriales dependen en gran medida del modo de reacción de las regiones corporales afectadas por las distintas excitaciones. En cuanto a los estados afectivos vitales, ellos dependen de las condiciones generales del organismo que esos estados traducen y revelan.

3. Los sentimientos superiores.

Llámanse sentimientos superiores a las manifestaciones de la vida afectiva que se refieren a objetos ideales, o sea a

objetos que no son aprehensibles por los sentidos (Dios, la Patria, los valores etc.). Tiene especial importancia en la esfera superior de la afectividad el sentimiento de los valores, o sea de aquellas formas de la vida espiritual que establecen la excelencia o la perfección de las cosas o de los actos. El sentimiento de los valores los aprehende como tales y los constituye en objetos de admiración, de veneración o de amor. Así el sentimiento religioso, es el sentimiento de la divinidad como valor supremo y, por lo mismo, como el más alto objeto de veneración y de amor; el sentimiento moral aprehende el valor del bien e implica la libre sumisión de la voluntad al imperativo del deber; el sentimiento estético aprehende el valor de lo bello y va acompañado de júbilo ante los espectáculos hermosos de la naturaleza y del arte etc. Así el sentimiento de lo verdadero aprehende el valor de la verdad y es el acicate de la vocación filosófica y científica. La *axiología* es la disciplina que trata de los valores en sí mismos y de los estados y modos de la actividad anímica que con ellos se relacionan.

Todo lo dicho debe tenerse en cuenta al estudiar más adelante las emociones, las inclinaciones y las pasiones. Los sentimientos superiores son formas elevadas de la vida emocional y, en consecuencia, tienen con las inclinaciones y las pasiones relaciones profundas. Dada la escasa precisión de la terminología relativa a la afectividad suele darse el nombre de sentimientos a las inclinaciones (sentimientos altruistas, egoistas etc.) y a veces también a las pasiones. Todo lo cual deriva en el fondo de que es imposible establecer distinciones rigurosas y separaciones exactas en el mundo continuo y complejo de la vida afectiva.

4. Las emociones intensas. Su repercusión fisiológica.

Las emociones son estados afectivos que están ligados a manifestaciones y contenidos anímicos de estructura más compleja que las meras sensaciones — lo que las diferencia de los estados afectivos sensoriales —. Este es el concepto más amplio de emoción. El restringido y especial es el que corresponde a reacciones afectivas suscitadas por objetos que conmueven el ánimo de una manera particular, surgen súbitamente y, por lo general, tienen corta duración. Ejemplo : el júbilo, la cólera, el miedo etc.

Todas las emociones, en tanto que agitaciones del ánimo, pueden presentar en mayor o menor grado diversas alteraciones fisiológicas, como manifestaciones concomitantes o determinantes : pero esto es particularmente apreciable en las emociones intensas, llamadas por tal razón emociones-choques. Las emociones en general y por excelencia las violentas, son pues procesos *afectivo-somáticos*.

Véamos brevemente algunos aspectos somáticos (corporales) de la emoción. En lo que respecta a los cambios de los sistemas circulatorio, respiratorio y muscular, se puede decir con Dumas, que, por regla general, a dosis pequeña las emociones son excitantes, a dosis más fuertes engendran agitación desordenada y a dosis extrema se traducen por fenómenos de depresión y aun de completa detención (síncope, que en casos extremos y raros puede acarrear la muerte del sujeto) sea por inhibición, sea por agotamiento. Además, las emociones pueden tener síntomas corporales concomitantes que las correspondan más o menos particularmente, v. gr., el relajamiento muscular en el espanto, las palpitaciones del corazón en el miedo, la sequedad de la

boca y la garganta en la angustia, el rubor de la cara en la vergüenza, las náuseas o vómitos en el asco.

5. Expresión de las emociones. La risa y el llanto. La mímica.

Los movimientos de expresión son los signos de la presencia de las emociones. Entre los fenómenos de expresión, que son muy numerosos, la risa y el llanto tienen particular importancia. En la risa como en el llanto se distinguen dos aspectos o funciones : de expresión y de descarga. Por esa última, constituyen una verdadera válvula de escape a la tensión emocional. Por la expresión, el llanto representa el caso de la exteriorización de lo interno, en forma pura, incondicional; en forma generalmente de comunicación de persona a persona, la risa. Ambas tienen una modalidad atenuada : la sonrisa y el humedecerse los ojos, y una exagerada : las carcajadas y los sollozos, respectivamente.

La risa puede ser causada por infinidad de motivos, desde el cosquilleo de la piel hasta el más delicado refinamiento de la vida social. Está principalmente ligada a la alegría, pero puede surgir en situaciones muy distintas y hasta contrarias a las que producen alegría. Así tenemos la risa por embarazo o perplejidad, y hasta por relativa desesperación. Tampoco es exclusiva de sentimientos tiernos, pues hay risas de suficiencia, de arrogancia y de triunfo, acompañadas acaso de crueldad, y las hay también de desafío, de desprecio y sobre todo, de burla. Es, por tanto, unilateral la reducción de su esfera a la alegría pura y a los juegos del ingenio; como lo es considerarla un mero antídoto de

la simpatía, o derivarla sólo de la superación airosa de medianas decepciones.

La risa representa en la mayoría de los casos, una compleja integración de placer y desplacer, con diversas tendencias y matices afectivos, y en actitudes difícilmente analizables, donde suele ocultarse cierto embarazo, cierta contradicción o incertidumbre. Bergson asimila la vida del alma y su superficie social a la agitación del mar cuyas olas se engalanan de espuma. Si cogemos la espuma, pronto se deshace y de ella sólo quedan unas gotas más amargas que el agua de las olas : "La risa nace así como esta espuma. Señala en el exterior de la vida social las revueltas superficiales; dibuja instantáneamente la forma móvil de estas conmociones. Es también una espuma a base de sal. Chispea como la espuma, es la alegría. El filósofo que la recoge para gustarla, a veces hallará además, por una pequeña cantidad de materia, cierta dosis de amargura". Nadie puede negar su alto significado anímico y social como medio de liberación y desahogo, como antídoto del aburrimiento y aun como correctivo o censura paliada. (Muchas veces una carcajada o sólo una sonrisa tienen más eficacia moral que todo un sermón). Por eso también se trata deliberadamente de suscitarla con juegos de palabras, alterando refranes o lugares comunes, haciendo manifestaciones inesperadas o cambios súbitos, usando de mentiras inverosímiles o de verdades impertinentes o groseras, ingeniosamente disimuladas etc.

En el llanto es todavía más patente la función de descarga que en la risa. Siempre va precedido del sentimiento de tensión interna, de opresión a veces muy penosa, que sólo se apacigua con las lágrimas y, si potente, con los so-

llozos, dando lugar a sentimientos de alivio. Con razón Kant considera el llanto como "una preocupación de la naturaleza en favor de la salud : una viuda inconsolable, como suele decirse, esto es, que no quiere contener las lágrimas que derrama, cuida, sin saberlo, o sin quererlo propiamente, de su salud". Por esa misma razón — lenitivo del dolor — a veces se consideran dulces las lágrimas. Con respecto a la causa, la actitud anímica fundamental del hombre que llora es la íntima, "la interna capitulación ante la cosa" (Schwartz), ante el objeto.

Schwartz distingue tres tipos de llanto : 1º el llanto afectivo simple cuya especie más genuina es el de pesar, y que comprende también los de rabia, de cólera, de obstinación, de impotencia, de desconsuelo, de despecho etc.; 2º el llanto de las peripecias y de la alegría, que conduce de actitudes tensas a actitudes laxas, por causa de una inversión activa del curso de la vida psíquica : llanto de arrepentimiento, de conversión, de encuentro (inesperado) de personas que se aman, de esperanza en una situación desesperada hasta el instante, "de sobrecogimiento de júbilo producido por un gran momento" etc., y 3º llanto de las puras respuestas a valores, es decir, correspondiente a sentimientos espirituales : de enternecimiento, de gratitud, de piedad, de amor, de rendida entrega, de devoción etc. Esta clasificación no agota todas las modalidades del llanto y hay casos de la experiencia concreta que es legítimo incluir en más de uno de los tipos; pero estos son defectos inevitables tratándose de fenómenos de la vida afectiva, eminentemente indóciles a toda cuadrícula conceptual.

No debe confundirse la expresión espontánea con la mímica emotiva, que a menudo participa de la intención vo-

huntaria. En la mímica desempeña un papel importante la imitación de los gestos o actitudes corporales, y en ella pueden distinguirse una mímica de expresión que acentúa o estiliza, según Dwelshauvers, los movimientos espontáneos, y una mímica de demostración que subraya las ideas y les da aspecto más viviente.

6. Las inclinaciones y las pasiones. Definición.

En la categoría de las tendencias afectivas pueden distinguirse las inclinaciones y las pasiones. Las inclinaciones son las tendencias afectivas cuya exigencia de realización se mantiene dentro de límites moderados y normales (amor al orden, amistad etc.). Pasiones son estas mismas tendencias cuando asumen caracteres de extraordinaria profundidad, intensidad y tenacidad (la pasión del poderío, la avaricia etc.).

Hemos señalado las diferencias más saltantes entre pasión e inclinación, a saber : la mayor profundidad, intensidad y duración de la primera. Pero esto no basta para distinguir las en todos los casos, ya que se trata, no de caracteres que se manifiesten en una y no en la otra, sino del grado de aspectos comunes a las inclinaciones y a las pasiones. Por otra parte, la tendencia afectiva de una inclinación puede ser más profunda o más intensa o más tenaz, que en la pasión correspondiente. Incluso puede darse una inclinación del grado más subido en los tres respectos, sin que por eso pueda decirse que se trate de una pasión. Tal es el caso, por ejemplo, de un individuo sediento por privación prolongada de bebida, de quien nadie dirá que es un apasionado, a pesar de los caracteres saltantes de su necesidad.

Sin embargo, será legítimo considerar al mismo sujeto como un apasionado de la bebida si abusa del alcohol. Se han señalado otras diferencias, de carácter cualitativo, pero si se les somete al examen crítico más superficial, se encuentra que fallan también en muchos casos, por no ser absolutas. Podemos señalar como principales y en orden de importancia: 1º que la pasión es un proceso que desorbita el yo y lo somete al objeto, mientras que la inclinación sólo ofrece camino a sus posibilidades y manifestaciones; 2º la pasión se concentra de un modo exclusivo en un objeto determinado, la inclinación es una tendencia general, que se dirige a especies de objetos que comparten sus fines y no a objetos individuales insubstituíbles, y 3º la pasión es adquirida y en su determinación e incremento interviene la experiencia previa, la inclinación es innata y espontánea.

7. Diferencias respecto a las emociones intensas.

Por lo general las emociones se presentan como fenómenos que revelan la existencia de la pasión y de la inclinación. El hombre de aficiones musicales experimenta una intensa emoción estética al escuchar una obra maestra; el hombre que tiene la pasión del mando se emociona ante un triunfo político.

Pero no debe inferirse de lo expuesto que exista una relación necesaria entre las emociones, por una parte, y las inclinaciones y pasiones, por otra. Hay hombres de fuertes tendencias afectivas, grandes apasionados que pueden no ser intensamente emocionales.

Y es que las emociones intensas pueden obedecer en cierta medida a factores de orden somático, momentáneo,

mientras que las tendencias afectivas — inclinaciones y pasiones — obedecen a factores y condiciones más permanentes.

Con frecuencia se considera toda pasión como una mera emoción que se prolonga. Este error procede de que a menudo se presenta y expresa la pasión, sobre todo en sus momentos críticos, con manifestaciones de orden emocional. Pero existen diferencias esenciales entre la emoción y la pasión. La *emoción* es un episodio afectivo aislado, con agitación del ánimo, abocado al momento presente; la *pasión* un proceso que se extiende en el tiempo, con el ánimo tenso y pendiente del fin último. Kant compara la emoción a una ola que rompe el dique y la pasión a un torrente que cava más y más profundamente su cauce. Es complementaria de este símil su afirmación: "donde hay mucha emoción, generalmente hay poca pasión". En el lenguaje popular se alude a la violencia de las pasiones en las naturalezas sosegadas comparándolas con "el agua mansa". Esto no quiere decir que la emotividad excluya la pasión, ya que la experiencia muestra que ésta suele encenderse a consecuencia de vulneraciones emotivas y frecuentemente expresarse con explosiones de emoción. Asimismo, hay estados afectivos mixtos, en los cuales emoción y pasión se adunan en tal forma, que no es factible separar a una de otra ni establecer la prioridad temporal o genética de la pasión. Todos estos hechos tienen por consecuencia que se imponga en la caracterología un tipo intermedio o de compromiso entre el que corresponde a individuos pasionales más o menos puros y el de aquellos que son claramente emotivo-impulsivos. Una comprensión más acertada de estas variedades sólo puede lograrse estudiando la vida afectiva de ca-

da sujeto con el criterio que preconizamos a propósito de la estructura del carácter.

8. Origen de las pasiones y su relación con los instintos.

La cuestión relativa al origen de las inclinaciones y de las pasiones es muy difícil de resolver. Entraña problemas que desbordan el ámbito de la pura psicología. Pero si se considera que las inclinaciones y las pasiones son tendencias afectivas que en sus varias formas se dirigen a satisfacer los fines individuales, específicos y sociales de la vida, acaso puedan situarse sus raíces en el instinto ampliamente entendido.

Sin que sea posible empero derivar de un solo instinto, como lo han pretendido algunas escuelas, toda la riqueza del mundo afectivo.

He aquí una clasificación de las inclinaciones y pasiones en su relación con los instintos.

1º Corresponden al instinto de conservación de la vida, a) en sus manifestaciones intraindividuales, las inclinaciones físicas, clásicamente llamadas *apetitos* o *necesidades fisiológicas*, íntimamente ligadas a las funciones del organismo, dependientes del ritmo vital y susceptibles de un incremento limitado, pues si pasan la frontera de la regulación fisiológica normal, se convierten en pasiones. Las principales son : el hambre, la sed, la necesidad de ejercicio y de descanso, la necesidad de estímulo de los agentes naturales etc. Las pasiones correspondientes serán : la glotonería o gula, la embriaguez, el atletismo, la pereza, la pasión de los baños de sol etc. Es clásico distinguir dos clases de ape-

titos : *los naturales* y *los facticios*. Los últimos, que también suelen llamarse manías, son creados en la misma forma que los hábitos. El uso y el abuso de bebidas alcohólicas, del tabaco etc., constituyen, respectivamente, inclinaciones y pasiones facticias.

b) Las inclinaciones correspondientes al instinto de conservación de la vida en su aspecto extraindividual, así como todas las dependientes de los demás instintos vitales, suelen llamarse *propensiones*. Estas se diferencian de los apetitos por no estar sometidos al ritmo de la actividad fisiológica y por ser susceptibles de incremento ilimitado. Las principales propensiones dependientes del instinto de conservación en el aspecto mencionado son : el amor al propio bienestar, el temor, el deseo de seguridad, el valor etc. Las pasiones derivadas de tales inclinaciones son : el egoísmo, la cobardía, la desconfianza, la osadía etc.

2º Propias del instinto de expansión de la vida, a) como ampliación extraindividual son, entre otras, las propensiones siguientes : curiosidad, espíritu de apropiación, de ahorro, de industria, deseo de mando, aspiración personal etc. Pasiones : curiosidad inmoderada, avidez, avaricia, mercantilismo, afán de dominación, ambición etc.; b) Este instinto en tanto que acrecentamiento intraindividual, tiene como inclinaciones anexas : el amor de la libertad personal, la estima de sí, la satisfacción de sí etc. Pasiones : desenfreno, orgullo, vanidad etc.

3º Son anexas al instinto de las relaciones interindividuales, a) en la forma tierna, las inclinaciones altruistas, cuyas especies y variedades son infinitas. Se distinguen cuatro grupos : I, electivas, entre las cuales la amistad es la más característica, y que es auténtica si se basa en la esti-

ma personal y no en el placer ni en el interés; II, las domésticas : el amor a los parientes y a la familia como un todo biológico y espiritual; III, las corporativas : el patriotismo, el espíritu de cuerpo (que corresponde a agregados menos íntimos que la familia y de menor alcance que la patria); y, IV, filantrópicas. No pueden encerrarse en ninguno de estos grupos tres modalidades importantes : el deseo de agradar, la sumisión y la generosidad, que sería forzado considerar entre las inclinaciones complejas, derivadas o mixtas. Las pasiones que corresponden a estas inclinaciones son la obsequiosidad, el servilismo y la magnanimidad y la prodigalidad. No mencionamos las pasiones que corresponden a las inclinaciones de los diversos grupos por ser, o variedades del amor o complicaciones dependientes de otros factores de la relación gregaria social o simpática. A propósito de esto último, es menester confesar que la clasificación que seguimos no comprende las formas de simpatía no personal : el amor a la naturaleza, a las cosas, a los animales etc., que a nuestro entender, son inclinaciones primarias y muy significativas que no caben tampoco entre las derivadas de los instintos espirituales; b) Entre las inclinaciones que dependen del instinto de relación interindividual adversa u hostil podemos señalar : la antipatía, la dureza, la enemistad, el fastidio, la insociabilidad etc. Pasiones : animadversión, pugnacidad, odio, desprecio, misantropía etc.

4º El instinto de conservación de la especie tiene por inclinación, en su aspecto, a) conyugal, el amor entre el hombre y la mujer, que es más que el puro apetito sexual (cuya pasión es la lujuria), pues está ligado al logro de la finalidad superindividual del instinto de que depende —

la conservación de la especie y la formación de la familia. Si es perfecto, esto es, si se objetiva en la esfera espiritual — gracias a la esencia del matrimonio — tendrá los caracteres del amor por encima del apetito; b) En el aspecto relativo a la descendencia, este instinto entraña la inclinación del amor paternal y maternal.

Otra gran categoría de las inclinaciones es la correspondiente a los instintos espirituales: son las inclinaciones y pasiones *ideales*, o *aspiraciones*: el amor a lo noble, el amor al orden político, el amor a la belleza, el amor a la justicia, el amor al bien, el amor a la verdad, el amor a Dios.

No es posible ni enumerar siquiera las inclinaciones y pasiones complejas, derivadas y mixtas. Mencionaremos sólo dos grandes pasiones frecuentísimas y viciosas: el fanatismo y el sectarismo, anexas sobre todo a los instintos espirituales.

9. Relación con la inteligencia y con la voluntad.

Santo Tomás de Aquino ya había visto claro respecto de la relación de la *inteligencia* con la *pasión*, evitando los extremos en que incurrieron después Hume y Descartes. Distingue dos modos principales de tal relación: 1º las pasiones pueden preceder al juicio de la razón, anulándolo; 2º las pasiones pueden resultar del juicio de la razón en dos formas: a) por superabundancia — al dirigirse lo superior del alma hacia un bien intensamente destacado por el juicio, desencadena con su movimiento la pasión producto del "apetito sensitivo" que a su vez refuerza la acción voluntaria correspondiente; b) por modo de elección — si el hom-

bre escoge por un juicio de la razón el bien que excita alguna pasión, la cual permitirá obrar más prontamente gracias a la cooperación del "apetito sensitivo" (*Summa Theologica*, I, ii, qu. 24, 3^o).

Con relación a la *voluntad*, tenemos que si los actos particulares realizados por el apasionado son voluntarios, menos lo es el conjunto de la actividad pasional (esto varía, naturalmente, con la especie de pasión), que puede ser consentida en grado variable. En general, el yo libre es capaz de abandonarse al estado pasional prestando atención a los objetos, representaciones, ideas etc., que sirven al logro de su fin y realizando las acciones conducentes a la consumación o al establecimiento de hábitos que conspiran en tal sentido; el yo libre también es capaz de oponerse al fomento de una pasión absteniéndose de otorgarle su atención, su interés y su acción y —lo que es más eficaz— orientando su receptividad y su motricidad de modo que aliente y robustezca otras pasiones e inclinaciones opuestas o aptas para ser substitutorias. Lo difícil es que el sujeto se dé cuenta de que medra en su propia alma una pasión peligrosa por sus consecuencias, cuando podría todavía ahogarla, o de que se prepara una explosión pasional. Aquí está el problema de la ignorancia y de la opción, que Aristóteles ha analizado de manera ejemplar en su *Ética a Nicomaco*.

10. Teoría del sentimiento de inferioridad; su crítica.

Un tipo de desvalorización de la vida afectiva nos lo ofrece la concepción de la "psicología individual". Se debe a Alfred Adler, cuyas contribuciones a la psicopatología y a la psicología son también apreciables. Adler —muy in-

fluido por Nietzsche (quien aparentemente todo lo reduce a "voluntad del poderío") y por Freud (de quien fué discípulo) — sostiene que lo primero, en la función de la vida afectiva de cada persona, es el sentimiento de inferioridad, que suscita la *protesta viril* (voluntad de poderío o deseo de prepotencia personal), y lo último, como fin elevado, es el sentimiento de comunidad. Afirma enfáticamente que no hay otros valores en la vida que los acreditados por el sentimiento de comunidad, en forma de utilidad social. Lo que hemos aducido en contra de las teorías de Freud es aplicable a lo primero. Respecto de lo último, opinamos que, de la misma manera que es insostenible la pretensión de reducir las tendencias y los valores espirituales a la esfera de las tendencias y valores vitales, los espirituales son varios y autónomos y entre ellos no cuentan los sociales como su última y suprema manifestación, sino como una variedad determinada. Nada, sin embargo, más al gusto de los modernos que "los fines sociales útiles" y "los supremos ideales éticos de carácter social". El acto moral no es de la misma esencia que el social y puede manifestarse en ausencia de toda sociedad, tiene ley y consistencia propias. Una moral basada sólo en la utilidad social es una moral de bienes y no de valores, por ende, de filisteos y fariseos. Considerar las intenciones sociales como lo determinante del acto moral, o espiritual en general, es desconocer la moral y el mundo espiritual auténticos —cosa explicable en nuestra época, caracterizada por el predominio de los intereses materiales. Según dice Abel Bonnard, "la enfermedad más triste del hombre moderno es precisamente el hallarse obcecado por las cosas sociales y tan ocupado con sus pretendidas

libertades políticas, que con ello pierde el sentido de su verdadera libertad". No sólo la vida individual, sino también la social, cobran valor ético y son realmente cultas cuando se fundan en lo trascendente, cuando sus normas no son la utilidad y la sensualidad, sino las opciones absolutas del espíritu; cuando sus sentimientos no son el despecho resentido y un humanitarismo abstracto y futurista, sino el amor a lo concreto, actual y eterno, la reverencia y la dignidad — realidades del corazón que no existirían si fueran ciertas las teorías acerca de la naturaleza humana que aquí impugnamos.

Otro punto fundamental de la concepción de Adler es la sobre-estimación de la influencia del medio. Para él todos los hombres nacen iguales y sus tendencias se configuran de modo diferente por acción exclusiva de las condiciones en que se forma su personalidad. Lo cual es falso porque el carácter, y especialmente las particularidades de su composición (tendencias, sentimientos, inclinaciones etc.) dependen, en cada individuo, de la herencia, del medio y de la autodeterminación. Debemos insistir en que la herencia es decisiva como patrimonio de posibilidades y realidad de límites (alcanzables o no), sobre todo tratándose de disposiciones muy acentuadas. No necesitamos pormenorizar los modos de transmisión posibles, pero debe tenerse presente que en materia de inclinaciones y pasiones es importante tanto la herencia directa como la atávica, que parece seguir — a veces de modo muy intrincado — las leyes de Mendel. Una pasión determinada, la avaricia o la prodigalidad, por ejemplo, rara vez se da en un solo individuo de la familia. Lo mismo ocurre con el tono general de las tendencias :

cuando son fuertes sus disposiciones hereditarias, se manifiestan incluso en las condiciones más adversas de crianza y educación. ¿Quién puede desconocer, por ejemplo, la nobleza o la ruindad más o menos dominantes según las familias, en diversas generaciones y circunstancias del ambiente?

CAPITULO X

LA PERCEPCION

Programa : 1. Sus elementos : sensorial y representativo.— 2. Caracteres de la imagen verdadera : la persistencia y la coherencia.— 3. La ilusión y la alucinación.— 4. Las ilusiones afectivas.— 5. Conceptos de fondo y figura de la percepción.— 6. Elementos sensoriales de la percepción : las sensaciones.— 7. Condiciones para que exista una sensación; estímulo, órgano de los sentidos, nervio sensitivo, centro nervioso y nervio motor.— 8. Relaciones entre el estímulo, la excitación y la sensación.— 9. Tiempo de reacción.— 10. Concepto de umbral y cima de la sensación.— 11. Propiedades de toda sensación y diferencias relativas a los diversos órganos de los sentidos.

1. Los elementos sensorial y representativo.

La percepción es un fenómeno complejo en que el análisis descubre principalmente : sensaciones, recuerdos, ideas y procesos pertenecientes a la actividad motriz, sin que pueda ser considerada como una mera suma de las partes componentes. Mediante la percepción externa nos formamos la noción de lo que se llama el mundo exterior, noción de la que todos se sirven pero que implica una serie de difícilísimas cuestiones referentes no sólo a su génesis psicológica sino a su significación metafísica y vital, como algo que,

contraponiéndose al yo, al mismo tiempo que lo condiciona y lo limita, le ofrece una materia inagotable de experiencias y un campo sin fin para su actividad y su expansión. Veo la casa de enfrente, la naranja que está sobre el plato, la luna que está en el cielo; todas esas imágenes son percepciones.

Como se comprende por lo expuesto, toda percepción contiene elementos sensoriales y representativos. Los primeros son las sensaciones de la vista, del tacto, del oído etc., que se integran en la estructura total de la percepción; los segundos son los recuerdos, las ideas que entran en su composición. Ejemplo : veo el libro que está sobre la mesa, y en su percepción no sólo se dan sensaciones visuales de color y de forma, sino otros elementos psíquicos no sensoriales : la representación de la parte del libro que no veo, el saber que ese objeto es un libro etc.

2. Caracteres de la imagen verdadera la persistencia y la coherencia.

De sumo interés teórico y práctico es el problema relativo a la distinción de la imagen verdadera, es decir de la imagen que corresponde a un objeto exterior, realmente existente respecto de la imagen falsa, esto es, de la que proviene de un error de los sentidos o de un trastorno de la mente y que se nos presenta con las apariencias de la realidad. Para distinguir la imagen verdadera de la falsa, el criterio fundamental es la *coherencia*, o sea la posibilidad de insertar la imagen en un sistema de relaciones que abarque no sólo las demás imágenes de nuestra experiencia exterior, sino también aquellas que los demás hombres admi-

ten como verdaderas. Otro criterio es la *persistencia* de la imagen, es decir, que no se desvanezca, sino que se mantenga en el mundo estable y coherente de los objetos que me rodean. Así, si al entrar a mi escritorio, cuarto donde sólo yo penetro habitualmente, veo una persona desconocida, tendré cierto derecho para dudar de la veracidad de mis sentidos, esa duda se acentuará si el desconocido no contesta a mis interrogaciones y huye sin ruido delante de mí y, en fin, la duda se convertirá en convicción sobre la falacia de mi percepción, si las personas a quienes convoco para que vean al extraño huésped, no lo ven mientras yo creo verlo. De modo que las características de la imagen verdadera podrán establecerse teniendo en cuenta : a) que ella se inserte con perfecta coherencia en el sistema de relaciones que constituyen nuestra experiencia; b) que la presencia de la imagen sea advertida por todos los hombres normales y colocados en las mismas condiciones; c) que sea persistente, dotada de cierta estabilidad, de cierta fijeza.

3. La ilusión y la alucinación.

El carácter complejo de la percepción explica que en el conjunto de operaciones que ella comprende se produzcan a veces ciertos desórdenes. Entre ellos se distinguen ordinariamente los errores de los sentidos, las ilusiones y las alucinaciones.

Los errores de los sentidos provienen generalmente de que sus datos son mal interpretados por nosotros, ya sea porque en la interpretación actúa como elemento perturbador una idea preconcebida, ya sea porque, asociaciones defectuosas entre sensaciones de diferentes cualidades, perju-

dican al aspecto sensorial de conjunto. Ejemplo : una falsa apreciación de la distancia, una falsa percepción de la forma de los objetos.

La *ilusión* proviene de la alteración de una percepción por las disposiciones particulares de la conciencia. Es una transfiguración del dato sensorial que resulta completamente transformado al incorporarse en la atmósfera subjetiva del alma. En el libro genial de Cervantes, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, encontramos innumerables ejemplos de ilusiones. El ánimo generoso, batallador y enamorado del noble caballero, transfigura sus percepciones en consonancia con su heroica manía, y así, ve ejércitos en los rebaños de carneros, gigantes en los molinos de viento y damas exquisitas y cortesanas en burdas labradoras. La *alucinación* es una percepción vacía de todo objeto, una percepción que no corresponde a nada real presente. Las alucinaciones más frecuentes son las del oído y de la vista. Hay alucinados que oyen "voces" otros que ven "visiones". No faltan por lo demás alucinaciones relativas a otros sentidos. La alucinación no es un fenómeno normal, sino una alteración morbosa de la conciencia.

4. Las ilusiones afectivas.

Se da el nombre de ilusiones afectivas a los errores de la percepción consistentes en sentir diversas sensaciones, principalmente dolorosas, en partes del cuerpo inexistentes. Así los amputados recientes y aun, en ciertos casos, los antiguos, sienten como si estuviera presente y vivo el órgano que ya ha sido suprimido : sienten peso, cosquilleo, tensión, dolor etc. Como se comprende, en estos casos la ilusión no

está en la sensación propiamente dicha ni en el estado afectivo, sino en el acto intencional de la percepción, condicionado sin duda por la excitación de los filetes nerviosos del muñón.

5. Conceptos de fondo y figura de la percepción.

Una consecuencia importante de la organización intuitiva es que sólo una parte de las excitaciones sensoriales cobra relieve y da origen a la *forma* o figura mientras que el resto constituye el *fondo* de la percepción, menos interesante y distinto, menos próximo al observador, pero conservando relaciones especiales y en cierto modo activas con la forma. Otra consecuencia de la organización intuitiva de la percepción es que su contenido o material es sustituible y, por ende, no corresponde forzosamente a las unidades de la realidad externa. En efecto, la propiedad característica de la figura es que puede reproducirse con diversos datos de los sentidos; así, para mencionar el ejemplo favorito de von Ehrenfels, una melodía sigue siendo la misma aunque se actualice en los más diversos tonos, cambiando, por ende, todos los sonidos particulares que la constituyen originalmente. Por otra parte, la percepción de un triángulo con el solo dato de tres puntos es un hecho psicológico independiente y distinto del hecho físico externo. Apenas es necesario agregar que semejante dinamismo organizador se manifiesta no sólo en todos los campos de la percepción sino de la vida mental íntegra.

6. Elementos sensoriales de la percepción las sensaciones.

Los elementos sensoriales de la percepción son las sensaciones. Llámase sensación el correlato consciente de un estímulo que actúa a través de una reacción fisiológica. *Excitante* o *estímulo* es una acción física que afecta, ya sea la superficie de nuestro cuerpo, ya sea el interior del organismo : luz, sonido, calor, acciones mecánicas etc. *Excitación* es la reacción biológica frente al estímulo y constituye, en realidad lo que podría llamarse el resorte o fundamento material de la sensación. Ejemplo : hago que la corriente eléctrica afecte mi organismo, inmediatamente éste reacciona de un modo característico y la sensación se produce como una resultante indirecta del estímulo y directa de la reacción orgánica correspondiente.

7. Condiciones para que exista una sensación; estímulo, órgano de los sentidos, nervio sensitivo, centro nervioso y nervio motor.

Las condiciones para que exista la sensación son las siguientes:

1º *Estímulo* o *excitante* : Acción material que afecta nuestro cuerpo. Luz, temperatura, vibraciones sonoras etc.

2º *Organos de los sentidos*, que capten las vibraciones del agente físico correspondientes a las diversas cualidades e intensidades de las sensaciones.

3º *Nervio sensitivo*, conductor que recibe la acción del estímulo y lo trasmite al centro correspondiente.

4º *Centro nervioso*, que recibe la acción del estímulo transmitida por el nervio sensitivo y la dirige al nervio motor.

5º *Nervio motor*, conductor que transmite al músculo la acción del estímulo.

8. Relaciones entre el estímulo, la excitación y la sensación.

Hemos dicho que la sensación es el correlato consciente a un estímulo, el cual actúa a través de una reacción orgánica que en cuanto repercusión inmediata del estímulo se llama excitación. De donde se infiere que para que la sensación se produzca, son requeridas determinadas condiciones anatómicas y fisiológicas. Desde luego, los estímulos deben incidir en determinadas regiones del organismo, provistas de aparatos de recepción destinados a captar las vibraciones típicas correspondientes a las diversas cualidades de la sensación y a transmitir las a los centros cerebrales por medio de las fibras nerviosas sensitivas. Estos aparatos de recepción que captan las acciones físicas de los estímulos, son los órganos de los sentidos, cuya localización, descripción y estudio corresponden a la anatomía y a la fisiología, disciplinas que tratan también de la relación anatómica y funcional entre los órganos y los centros nerviosos correspondientes.

Para nuestro propósito basta verificar que la sensación está condicionada por sus acompañantes fisiológicos, debiendo añadir que decimos condicionada y no producida o causada. En el estado actual de la ciencia, la sensación es inexplicable. Fenómenos físicos sólo pueden producir fenóme-

nos de la misma naturaleza, y la sensación no es un fenómeno físico sino algo completamente diverso e incomparable, a saber : la conciencia de esos fenómenos. Por lo demás, la simple psicología no aborda ese problema, el cual, como se comprende, constituye por su propia naturaleza uno de los temas principales de la metafísica.

9. Tiempo de reacción.

Se llama tiempo de reacción al que transcurre entre el instante en que el órgano del sentido recibe la impresión, la producción del fenómeno consciente, y la correspondiente manifestación motriz. Este lapso es debido al tiempo requerido para que la excitación sea transmitida a lo largo de las vías nerviosas sensitivas hasta los centros corticales, y para la transmisión en sentido inverso, desde los centros hacia la periferia, a través de las vías eferentes o motrices, de respuesta.

10. Concepto de umbral y cima de la sensación.

Llámase umbral del excitante la más pequeña cantidad de éste, necesaria para que sea sentido, para que exista la sensación correspondiente. Si yo tengo sobre la mano un grano de trigo, no experimento ninguna sensación de peso. Para que llegue a experimentarla es necesario que agregue un cierto número de gramos. Esa cantidad sería en el presente caso, el umbral del excitante para las sensaciones de peso.

Llámanse cima al límite superior del excitante, o sea al límite más allá del cual, aunque aumente la cantidad del excitante, no aumenta la intensidad de la sensación.

11. Propiedades de toda sensación y diferencias relativas a los diversos órganos de los sentidos.

Toda sensación posee una *cualidad*; hay sensaciones de color, de sonido etc. Toda sensación tiene una cierta *intensidad*: sensaciones fuertes y débiles. Propiedades a las cuales añaden los psicólogos otras más o menos frecuentes o discutibles como son a saber: el *tono afectivo agradable o desagradable*; el *contenido representativo*, que nos ilustra sobre el objeto exterior que lo provoca; la *extensión* o sea su referencia a un cierto espacio concreto y, en fin, la *duración* o sea su valor temporal más o menos grande.

Tal vez por la mayor facilidad de su localización anatómica, por lo general se reconocen únicamente cinco sentidos: vista, oído, olfato, gusto y tacto. Existen otros, sin embargo, cuya observación y estudio se deben a la ciencia moderna y que presentan un vivo interés no sólo como objetos relativamente nuevos de investigación, sino por las aplicaciones prácticas y especialmente pedagógicas que es posible derivar de su conocimiento. Entre esos sentidos cuya caracterización no ha alcanzado aún toda la claridad deseable y que en conjunto aparecen como formas más o menos diferenciadas del sentido primordial que es el tacto, citaremos los siguientes: la *cenestesia*, el sentido *cimestésico*, el sentido de la *orientación* y el sentido de las *temperaturas*.

Abordemos el estudio de las sensaciones partiendo de las que nos proporcionan los sentidos más conocidos.

Mediante el sentido de la vista tenemos las sensaciones de color y, según algunos psicólogos, tenemos también sensaciones geométricas, esto es, relativas a la forma de los objetos.

En los colores se distinguen las siguientes cualidades : 1º el *tono*, o sea su cualidad de rojo, azul etc.; 2º la *intensidad* o, para hablar con mayor exactitud, la claridad, en cuya virtud un color es más o menos luminoso; 3º la *saturación* o pureza que distingue los colores según la cantidad mayor o menor de blanco que contienen : mientras más puro, menos blanco; 4º la *extensividad* : toda sensación luminosa nos aparece siempre con ciertas dimensiones superficiales.

La vista distingue siete colores principales, los mismos en que el espectro descompone la luz, y que son : el violeta, el índigo, el azul, el verde, el amarillo, el anaranjado y el rojo. Entre esos colores se llaman fundamentales los únicos tres que son irreductibles : el azul, el amarillo y el rojo.

Como extremos positivo y negativo de la escala de los colores, tenemos el blanco y el negro : el blanco que es la absoluta plenitud de la claridad y el negro que se caracteriza por su completa ausencia.

Entre las anomalías de la visión hay una particularmente interesante; es la llamada *daltonismo*, que consiste en la incapacidad general o parcial para percibir los colores. Hay ciegos para el rojo y el verde, los hay para el amarillo y el azul, y en fin, hay daltónicos para todos los colores, a quienes el mundo exterior aparece gris, comparable, según Lindworsky, a una imagen fotográfica negativa.

Al tratar de las *sensaciones auditivas*, que como su nombre lo indica, pertenecen al sentido del oído debemos dis-

tinguir ante todo el sonido del ruido. El sonido es una sensación auditiva que tiene valor musical, mientras que el ruido carece de él : diferencia que por lo demás no se puede definir conceptualmente, así como tampoco son conceptualmente definibles ni los colores ni los perfumes. Acaso podríamos caracterizar exteriormente el sonido diciendo que proviene de vibraciones regulares y el ruido de vibraciones irregulares de los cuerpos sonoros. Una nota de violín es un sonido, el rodar de un carruaje es un ruido, el lenguaje es una mezcla de sonidos y de ruidos.

Las cualidades del sonido son la altura, la intensidad y el timbre. La *altura* de un sonido depende de su posición en la gama musical o, para expresarnos con más precisión, la altura de un sonido se define físicamente por el mayor o menor número de vibraciones del cuerpo sonoro en un determinado espacio de tiempo. Así, un sonido que contenga mil vibraciones por segundo es más alto que otro que sólo contenga quinientas. En la escala musical el *sol* es más alto que el *mi*, y éste lo es más que el *re* o el *do*. La intensidad del sonido no depende ya del número vibraciones sino de la amplitud de las mismas. Una nota musical que yo produzco en el piano es más o menos intensa según el grado de energía con que presiono la tecla correspondiente a esa nota. El timbre, en fin, es la cualidad del sonido que depende de la naturaleza del cuerpo sonoro. La misma nota musical suena de modo diferente según que la emita la voz humana, el violín o el piano. Se ha dicho que el timbre es el alma del sonido porque infunde en éste algo como el soplo de una vida indefinible.

A la vista y al oído se les suele llamar sentidos superiores porque ellos proporcionan los materiales para las más

altas creaciones del espíritu : la ciencia y especialmente el arte. La vista, que recoge los colores y las formas, hace posible el mundo de la plástica : pintura, escultura, arquitectura; el oído hace posible el mundo musical, y funcionando de consuno, la vista y el oído suscitan esa fusión maravillosa de la visión y del sonido que es la poesía.

El olfato que en ciertos animales presenta una acuidad considerable y desempeña un importantísimo papel vital, tiene en el hombre un desarrollo limitado, tanto en lo que respecta a la finura de sus sensaciones cuanto a su utilización para la vida. Sólo en ciertas profesiones, como la farmacia y otras relacionadas con las industrias del perfume, se utilizan de modo constante y acaso metódico las sensaciones olfativas.

Además de su utilidad para la vida, tiene el olfato en ocasiones, una cierta significación estética, como cuando aspiramos el aroma de las flores, el olor resinoso de los bosques o los del campo en la estación de la primavera, en las cálidas noches de verano o después de la lluvia.

Según Henning, hay seis sensaciones fundamentales del olfato, unidas entre sí por matices o cualidades olfativas graduales. Estas sensaciones corresponderían a los siguientes olores : 1º *aromáticos* (anís, canela, esencia de clavo); 2º *floríferos* (heliotropina, jazmín); 3º *frutales* (esencia o aceite de naranja, de limón, de bergamota); 4º *resinosos o balsámicos* (tufo de tiamina, trementina, alcanfor); 5º *pítridos* (gas sulfhídrico, sulfuro de carbono); y 6º *ardientes* (olor de té).

Al sentido del gusto debemos las sensaciones del sabor que por lo común se presentan mezcladas con sensaciones olfativas y táctiles. Por obra del refinamiento artificial de la

vida civilizada, el gusto no proporciona ya al hombre moderno las útiles indicaciones que, para la buena conservación del organismo, ofrece sin duda a los animales y al hombre primitivo.

Como sabores fundamentales se consideran los siguientes: el *dulce*, el *ácido*, el *salado* y el *amargo*.

Puede decirse que el *tacto* es un sentido primordial, puesto que, biológicamente, es sin duda una indiferenciada sensación de contacto lo que constituye la experiencia primaria del organismo animal y algo así como el punto de partida en la historia de la vida sensible. De hecho, así lo ha admitido siempre lo que podríamos llamar la sabiduría natural del hombre, la cual ha incluido en el vasto dominio del tacto toda una serie de sentidos que aunque confundidos con él en su origen, han alcanzado, sin embargo, anatómica y fisiológicamente una cierta independencia.

En los párrafos que siguen nos ocuparemos rápidamente con los sentidos que aparecen como derivaciones más o menos diferenciadas del sentido del tacto. Aquí diremos tan sólo que al tacto propiamente dicho numerosos psicólogos le reservan hoy únicamente las sensaciones relativas a determinadas propiedades de la superficie de los cuerpos como son la suavidad, la aspereza, la angulosidad etc.

La educación en este sentido puede capacitarlo para distinguir con notable precisión las más tenues modalidades superficiales de los cuerpos. Y es conocida la finura que, obedeciendo acaso a un mecanismo de compensación, adquiere el tacto de los ciegos.

Con el nombre de sentidos internos, o más generalmente de *cenestesia*, se suele designar un vasto conjunto de sensaciones mal diferenciadas que acompañan al funcionamiento

organico y que se funden en un sentimiento complejo de bienestar o malestar, exaltación, depresión, fatiga, angustia etc.; sentimiento al que, comúnmente, no prestamos mayor atención, pero cuya importancia psicológica se revela en el hecho de que las alteraciones de la personalidad se anuncian casi siempre por perturbaciones en la cenestesia.

El sentido *cinestésico* (o *quinestésico*) es el sentido del movimiento y del esfuerzo. El nos ilustra sobre la posición de nuestros miembros, sobre la mayor o menor tensión muscular en nuestros movimientos y esfuerzos. Se le ha llamado sentido muscular, pero impropriamente, porque en la producción de las sensaciones que de él dependen no interviene solamente los músculos, sino también y en forma importante, las articulaciones. La perfección del sentido cinestésico es de suma utilidad para el ejercicio de las profesiones manuales y de los deportes.

Primitivamente confundido, como tantos otros, con el tacto, el sentido de las temperaturas es reconocido hoy como un sentido independiente, no sólo por la naturaleza de las sensaciones térmicas que las diferencia muy claramente de las de contacto, movimiento, esfuerzo etc., sino porque se ha demostrado que ellas dependen de la excitación de puntos sensibles anatómica y fisiológicamente autónomos. Hay en la piel puntos sensibles que no sólo se distinguen de los que sirven a las sensaciones táctiles sino que están especializados, unos para las sensaciones de frío y otros para las sensaciones de calor.

Por medio del sentido de la *orientación*, llamado también sentido estático o sentido del espacio, podemos experimentar las sensaciones siguientes: 1º sensaciones de rotación o más generalmente de movimiento curvilíneo; 2º sen-

saciones de movimiento rectilíneo; 3º sensaciones de verticalidad o de inclinación con relación a la vertical. En síntesis, gracias a este sentido nos damos cuenta de la inclinación de nuestro cuerpo y de la dirección general de nuestros movimientos.

Este sentido se localiza en la parte del oído interno que comprende el vestíbulo y los canales semicirculares.

Además de las enumeradas, citemos, para terminar, las sensaciones de presión, las sensaciones de vibración, que se experimentan en los huesos, y las sensaciones doloríficas situadas ya en la frontera de la vida afectiva.

CAPITULO XI

EL PENSAMIENTO

Programa : 1. La asociación de las ideas.— 2. Sus formas principales.— 3. Verdadero significado y alcance del nexo anímico. Diferencia entre la concepción estructural y la asociacionista de la vida mental.— 4. El concepto. La abstracción, la comparación y la generalización.— 5. Diferencia entre el concepto y la imagen.— 6. El juicio. Su relación con los objetos.— 7. Diferencia entre la conexión de ideas proveniente de la "asociación de las ideas" y la proveniente del juicio.— 8. El razonamiento. Sus principales formas.— 9. Límites del razonamiento.

1. La asociación de las ideas.

La asociación de las ideas es, desde luego, un fenómeno de evocación, y en este sentido podríamos definirla como la evocación espontánea e inmediata de unos estados de conciencia por otros. La existencia de este fenómeno es innegable, y así ninguna psicología puede desconocerlo. Varían sí las opiniones de los psicólogos cuando se trata de interpretarlo y, en este caso, es posible descubrir dos concepciones relativas al significado y a la extensión psicológica de la asociación de las ideas.

Hay un concepto restringido y un concepto amplio sobre la asociación de las ideas. Según el primero, la asociación es, sencillamente, una propiedad de la memoria en cuya virtud una imagen o una idea evoca espontáneamente otra imagen o idea que tiene con ella alguna relación de contigüidad, de semejanza o de contraste. Según el concepto amplio, la asociación constituye el mecanismo único de la vida mental, es decir que, desde las operaciones más simples, espontáneas, automáticas, hasta las más elevadas, como son el juicio, el raciocinio y las operaciones inventivas de la imaginación, todas no serían, al fin y al cabo, sino formas más o menos simples o complejas de un mismo hecho fundamental : la asociación.

La escuela que preconiza este concepto es la llamada *asociacionismo*, cuya apreciación y crítica haremos más adelante. Por ahora sólo indicaremos que nosotros aceptamos la concepción restringida, es decir, aquella que se limita a afirmar que unos estados psicológicos son por lo común seguidos de otros estados psicológicos con los cuales tienen alguna relación de contigüidad, de semejanza o de contraste.

2. Formas principales de asociación de las ideas.

Ya Aristóteles distinguía estas tres formas de asociación : por contigüidad, por semejanza y por contraste. A estas formas de la asociación, admitidas aún hoy por la mayor parte de los psicólogos, se las suele llamar impropriamente *leyes*. Impropriamente, porque una ley es un principio que rige de modo inevitable y necesario la aparición de los

fenómenos y, como tendremos ocasión de verlo, las formas de la asociación no llenan esas exigencias.

Hecha esta indicación preliminar, procedamos al estudio sumario de las diversas formas de asociación. La asociación por *contigüidad* es aquella en virtud de la cual una percepción, una idea o una imagen, evoca el recuerdo de otra percepción, imagen o idea que ha coexistido en la conciencia con el estado evocador, ya se trate de una coexistencia en el espacio, ya se trate de una coexistencia en el tiempo. Ejemplos : yo encuentro después de muchos años a un discípulo, y su presencia me recuerda a otro a quien conocí en el mismo colegio, o me evoca el recuerdo de la vida estudiantil con sus detalles de lugar y de ambiente. Aquí es un cierto lugar en el espacio, el colegio, el vínculo asociativo que une la presencia de un compañero a las imágenes de otros compañeros ausentes o a los recuerdos más o menos coloreados y vivientes del aula. Un hecho histórico puede evocarme el recuerdo de otro hecho histórico realizado en la misma fecha o en el mismo año, o hasta en el mismo siglo. Es bien sabida la importancia que para la computación de las edades tiene en el espíritu de nuestras abuelas la coincidencia de las fechas. La fecha desempeña aquí el mismo papel asociativo que la comunidad de lugar en el espacio.

La asociación por *semejanza* es aquella en virtud de la cual un estado de conciencia, tiende a evocar los estados que de algún modo se le asemejan. La semejanza puede ser de *forma* cuando el estado presente y el evocado se parecen en cuanto a sus cualidades externas y, si se quiere, en cuanto a su apariencia, como cuando un retrato evoca el recuerdo de la persona retratada o un círculo, la representación de la tierra, o una voz extranjera, una palabra castellana parecida.

Es de *contenido* si entre los estados que se asocian existe una semejanza más profunda y esencial que la mera apariencia. Ejemplo : la semejanza que pudo descubrir Newton entre la caída de una manzana y el movimiento de traslación de la tierra. Pueden existir además asociaciones de semejanza por razón de la causa, de la duración, de la relación etc., todas las cuales sería largo analizar.

Pero hay una forma de la asociación por semejanza que ofrece un particular interés psicológico y estético, y es la que deriva del contenido emocional, afectivo de los estados psicológicos. Cuando dos o varios estados de conciencia han sido acompañados por un mismo estado afectivo, tienden a asociarse. Los artistas son acaso los espíritus más sensibles a las afinidades afectivas de los objetos, y las descubren entre sensaciones, percepciones o ideas que no tienen entre sí ninguna semejanza intelectual. Así, hablan de pintura musical, de música luminosa, así podía decir Beethoven que tal poema de Klopstock estaba escrito en *re bemol mayor*. Pero si bien son los artistas quienes más ampliamente viven y utilizan estas afinidades, la vida corriente está llena de ellas, y su existencia se traduce en el lenguaje de todos los pueblos. Todos hablamos de colores chillones, suaves, cálidos; de voces dulces, agudas, graves, con lo cual asociamos sensaciones por todo extremo heterogéneas y que no tienen entre sí otro parentesco ni otra semejanza que despertar en el alma la misma reacción afectiva.

Mientras que en la asociación por *semejanza*, lo semejante atrae lo semejante, en la asociación por *contraste*, lo opuesto recuerda lo opuesto. En la asociación por semejanza, lo negro recuerda lo negro; el invierno, el invierno; un día de sol, otro día de sol. En la asociación por contraste,

al contrario, lo negro recuerda lo blanco; el frío del invierno hace pensar con nostalgia en el calor del verano y la oscuridad de la noche suscita la imagen de la luz. Por manera que la fórmula de esta asociación sería la siguiente : un estado de conciencia evoca otro estado de conciencia que forma con él un contraste.

Si la asociación por *contigüidad* es la forma automática, pasiva en que los estados psicológicos se evocan los unos a los otros, las asociaciones por semejanza y por contraste suponen ya operaciones más elevadas, más propiamente espirituales. La contigüidad, en efecto, se dá en la mera coexistencia de los estados psicológicos, coexistencia que el espíritu vive pasivamente, sin poder ni destruirla ni crearla. La semejanza y el contraste, en cambio, están más que en las cosas o, si se quiere, más que en los estados psicológicos en sí mismos, en la reacción con que son vividos o experimentados. En otras palabras, las asociaciones por semejanza o por contraste dependen en forma directa de las disposiciones intelectuales o afectivas del yo. Así, mientras que la contigüidad es un hecho, la semejanza y el contraste, aun en sus más simples formas, implican ya, como decíamos, una apreciación, un discernimiento y, por lo tanto, una operación autónoma y creadora del espíritu.

No se puede afirmar que la contigüidad, la semejanza y el contraste sean las únicas formas en que los estados de conciencia se asocien espontáneamente. Hay tal vez otras. Pero lo evidente es que las enunciadas comprenden, en su vasta generalidad, la mayor parte de las afinidades asociativas observables. Algunos autores consideran como formas de asociación las inferencias lógicas : asociaciones de principio a consecuencia, de causa a efecto, de sustancia a modo etc.

Inclusión injustificada, porque el pensamiento lógico, supone siempre una disciplina, una intención, un criterio ajenos a la mera evocación asociativa. La asociación es el simple movimiento, el simple ir y venir de los estados de conciencia; las relaciones lógicas son ya el movimiento dirigido, orientado, disciplinado por las exigencias del conocimiento o de la acción.

3. Verdadero significado y alcance del nexo animico. Diferencia entre la concepción estructural y la asociacionista de la vida mental.

El asociacionismo es una doctrina psicológica nacida y desarrollada principalmente en Inglaterra, y cuyos principios fundamentales pueden ser formulados como sigue: 1º el material de la vida consciente está constituido en último término por un número más o menos grande de elementos simples; 2º esos elementos se combinan, y los estados constituidos por efecto de sus combinaciones, se suceden en virtud de las leyes de la asociación de las ideas, y en consecuencia; 3º todas las operaciones de la vida mental no son sino formas, ya simples, ya complejas y evolucionadas de la asociación.

Implicando el asociacionismo una concepción comprensiva de toda la vida mental, su apreciación no debe ser hecha de una vez por todas en un solo capítulo de la psicología. De todos modos, nos parece, que este es el lugar apropiado para dar una idea de conjunto de esta doctrina, cuya influencia ha sido y es todavía considerable en todas las ramas de la psicología.

Desde luego, el error central del asociacionismo, el error que, por decirlo así, contamina todas sus explicaciones, consiste en creer que la vida mental puede descomponerse en elementos simples, aislables, susceptibles de ser adicionados numéricamente. Considerando la conciencia como un conjunto de átomos errantes, ignora que en ella no existen elementos separados, sino que solamente se dan totalidades orgánicas, *estructuras*, de tal modo que una sensación, una percepción o un recuerdo no son ni implican nada por sí mismos sino únicamente por relación a la totalidad o estructura de que son miembros.

Admitiendo una especie de caos primitivo de elementos psíquicos, el asociacionismo es impotente no sólo para explicar las formaciones más altas y evolucionadas de la conciencia, sino aún sus procesos más sencillos. Si los elementos psíquicos flotan como átomos independientes en el espacio de la conciencia, el misterio de sus atracciones y de sus repulsiones, es decir, de sus asociaciones y disociaciones, es impenetrable. Si los recuerdos, las imágenes, las ideas se bastan a sí mismos puesto que son independientes, no se comprende por qué hayan de atraerse los unos a los otros. Pero suponiendo que en el mundo psíquico existiera una fuerza comparable a la gravedad o al magnetismo, ¿en virtud de qué leyes esa fuerza atraería ora unos ora otros elementos? ¿Será acaso en virtud de las leyes de la contigüidad y semejanza? Pero no hay dos hechos psíquicos, por disímiles que sean o por alejados que se presenten, entre los cuales no sea posible establecer alguna relación de semejanza o de contigüidad en el espacio o en el tiempo. Esas leyes, pues, no son tales sino simplemente relaciones que nosotros descubrimos

cuando ya la evocación se ha producido. Así que, por lo tanto, no implica verdaderas afinidades intrínsecas.

Y es que más o menos implícita o explícita, más o menos condensada o dilatada, la conciencia es, esencialmente, totalidad viviente, es decir, una actividad que llena con su presencia indivisa los elementos o los estados en que el análisis cree fraccionarla. Como en cada palabra de una frase se contienen implícitamente, todas las palabras precedentes, en cada estado psicológico palpita todo el pasado consciente; de suerte que cuando un estado evoca otro estado, no asistimos a un fenómeno de aproximación mecánica sino a un proceso comparable a la eclosión del capullo que al abrirse pone de manifiesto lo que ya contenía. La evocación no es pues un fenómeno de atracción — puesto que la atracción supone objetos distintos, separados — sino más bien un fenómeno de revelación. “Hoy, día de Pascua Florida, hace precisamente cincuenta años de mi primer conocimiento con Mme. de Warens” escribe Rousseau en una página admirable de sus *Rêveries* y su memoria se puebla de un inagotable mundo de recuerdos. Y bien, ¿cómo explicaría el asociacionismo este proceso de que un día de Pascua Florida advierta Rousseau que hace cincuenta años de su primer conocimiento con Mme. de Warens? Teniendo en cuenta que Rousseau encontró por vez primera a Mme. de Warens un domingo de Ramos, acaso diría que la Pascua ha evocado por semejanza otro domingo de Cuaresma y éste, por contigüidad la aparición de la amable protectora de Rousseau. Con ello se considerarían como elementos separados, exteriores y distintos los dos domingos y el recuerdo de Mme. de Warens, falseándose así, por modo radical, el proceso completo y realmente vivido de la evocación. Por-

que el "Hoy" no es solamente este día de Pascua, es ese día y el recuerdo que lo embellece y los cincuenta años de distancia que se contraen en un minuto de melancólica meditación. Todo eso es el "Hoy" que, como un vasto abanico, abre ante los ojos de la conciencia la magia del recuerdo. Y todo se impregna de la misma emoción paradójica que consiste en revivir lo que parecía definitivamente abolido.

Pero hay en la literatura contemporánea una página bellísima debida al genio de Marcel Proust, y que nos muestra de modo admirable cómo la evocación, lejos de ser un fenómeno de atracción mecánica, es más bien un efecto de revelación; fenómeno comparable al abrirse de esos papelillos japoneses "al parecer informes y que en cuanto se ponen en el agua comienzan a estirarse, a tomar forma, a colorearse y a diferenciarse convirtiéndose en flores, en casas, en personajes consistentes y cognoscibles". Cuenta el novelista que una tarde de invierno, al saborear un trozo de magdalena mojado en té, sintió su ser inundado de una extraña felicidad, tanto más incomprensible cuanto que ella venía íntimamente unida al sabor del té y de la magdalena. Luego, del seno de esa emoción, surge, se distiende, se colorea y enriquece todo un mundo de recuerdos infantiles, todo un pasado oculto, condensado en un sabor y que, después de muchos años, este sabor debía despertar, o mejor, debía traer consigo, como una virtualidad inagotable y exquisita de sentimiento y de visión.

El asociacionismo cree reconstruir la vida mental partiendo de elementos simples y susceptibles de ser agrupados mecánicamente, y así suele tomar como elementos iniciales y primarios los productos derivados y secundarios de la actividad psicológica. Porque lo primero, lo inicial, lo pro-

fundo no son los estados que el análisis del asociacionismo aísla, sino los actos sintéticos del espíritu, las estructuras globales, actos que contienen en penetración recíproca y orientación dinámica, los elementos que después se dispersan y disgregan. Una frase es un acto del espíritu, una síntesis primaria en que el sentido es anterior a las ideas aisladas y la orientación dinámica de la expresión anterior a las palabras.

De lo dicho se infiere que la diferencia entre la concepción estructural y la concepción asociacionista de la vida mental, puede ser establecida de la manera siguiente : la concepción estructural considera la vida psíquica en su conjunto, y sus diferentes funciones, manifestaciones y contenidos, como *estructuras*, esto es como totalidades orgánicas no divisibles en partes o elementos independientes. En la estructura cada parte sólo es definible por relación al todo, y el todo no es una mera suma de partes, sino una unidad que incluye en sí las partes como miembros inseparables. Ejemplo : la melodía que no es una suma de sonidos sino un efecto sonoro indivisible.

La concepción asociacionista considera la vida psíquica como compuesta de elementos cerrados en sí y que, como los átomos, pueden unirse, separarse, volverse a unir etc. Los estados, funciones y contenidos de la vida mental se obtendrían así por sumas o adiciones de elementos simples, y de esta suerte, en resumen, las leyes de la vida mental se reducirían, en el fondo, a las leyes de asociación.

4. El concepto. La abstracción, la comparación y la generalización.

La abstracción es la operación de la mente que consiste en tomar un elemento de una entidad intelectual y en considerarlo aisladamente de todos los demás que la integran. Supongamos que yo deseo retener la cualidad del color. Entonces, en la extrema variedad de objetos coloreados, abstraigo la sola cualidad que me interesa y prescindo de todas las demás que integran las representaciones de esos objetos, tales como la forma, la consistencia, el olor etc.

La abstracción es una operación de análisis, porque en un conjunto dado separa unos elementos de los otros. Pero, junto con la función meramente negativa del análisis, hay una función complementaria y positiva : la afirmación de un cierto elemento, que asume una importancia singular y que se llama *esencia*. Cuando yo comparo, por ejemplo, entre sí todos los colores, no sólo elimino todo lo que los diferencia, sino que afirmo un cierto modo de ser que les es común y al cual llamo la esencia del color.

La comparación es la operación que consiste en buscar y establecer semejanzas e identidades o diferencias entre los objetos. Esta operación precede y a veces acompaña a las de la abstracción y la generalización.

La generalización es la abstracción referida a un número más o menos grande de objetos. Yo me he formado, por ejemplo, la idea de caballo y la aplico a todos los seres que presentan los elementos esenciales de esa idea. Así se forma el *concepto*, que no es otra cosa que la idea general o sea un producto de la mente que se aplica a un número más o

menos grande de cosas o de seres : cuerpo, animal, hombre, inglés.

En este producto mental distinguimos dos cosas : la *comprensión* o contenido, que es el conjunto de elementos esenciales, de cualidades o, como se dice en lógica, de "notas" que integran el concepto; y la *extensión*, que es el conjunto de cosas o de seres a los cuales se aplica el concepto. Tenemos, por ejemplo, el concepto del hombre; su comprensión está constituida por las notas de racional, bípedo, mortal etc., y su extensión por todo el conjunto de seres a los cuales se puede designar con el término general de hombre.

5. Diferencia entre el concepto y la imagen.

El concepto es un producto de la abstracción y de la generalización. Su objeto intencional no son las experiencias concretas de la vida psíquica, sino las esencias y estructuras que, en tanto que son formas separadas, no se dan de modo inmediato a la mirada del espíritu. La imagen, en cambio, es la visión directa, concreta ya sea de los objetos del mundo material en la percepción, ya sea de los recuerdos en que esos objetos vuelven a aparecer en la memoria, ya sea de los contenidos que la fantasía creadora puede suscitar. Ejemplos : cuerpo, número, astro, son conceptos; la visión que tengo en este instante del jardín o del mar, el recuerdo de la escuela o del viejo libro de cuentos son imágenes.

6. El juicio. Su relación con los objetos.

El juicio es un acto del espíritu por el cual afirmamos o negamos algo. Ejemplos : Sócrates es sabio, el sol ilumina, la lección no es fácil, Juan no cantará esta noche.

Mientras la asociación se nos da como el mero ir y venir de las ideas, como su simple unión espontánea e inmediata, el juicio representa ya una decisión consciente, significativa y autónoma de la vida mental. Porque el juicio no es la evocación pura y simple de una idea por otra; es esencialmente la conciencia de que lo que se afirma o niega, tiene una significación y un valor objetivo. Por eso se ha observado con justicia que el juicio es una operación paradójal : acto de conciencia, va sin embargo más allá de la conciencia; fenómeno interior, postula sin embargo la realidad de un mundo independiente, impersonal y, como dirían los metafísicos, la esfera del ser. Por ejemplo : cuando yo afirmo que la nieve es fría o que el sol es brillante o que el desierto es árido, no hago en el fondo sino verificar una relación entre mis ideas, mis recuerdos y mis sensaciones; estoy seguro empero de que esas afirmaciones mías no son aproximaciones fortuitas de ideas, declaro por el contrario que corresponden a algo independiente de mí y las considero válidas para todos los espíritus constituídos como el mío.

De esta suerte, con el juicio aparecen la verdad y el error, según que sus afirmaciones o negaciones correspondan o no a la realidad objetiva. Y de esta suerte también, el juicio es un acto decisivo, trascendental de la vida del espíritu. Mediante el juicio afirmamos nuestra relación con el mundo y a la vez nos separamos de él. Juzgar quiere decir apreciar, decidir y por lo tanto, en cuanto seres capaces de juz-

gar, nos erigimos en cierto modo en jueces, pero al mismo tiempo reconocemos y acatamos la existencia de un conjunto de relaciones y de objetos, que desborda la subjetividad de nuestra decisión.

Somos seres dotados de aptitud y de vocación para el conocimiento, pero principalmente somos seres afectivos y activos. Por manera que, aunque el juicio es por esencia un acto intelectual, como realidad psicológica concreta, está cargado de afectividad y de querer. Nuestros deseos, nuestras pasiones, nuestras emociones, junto con las exigencias inmediatas de la acción y la dinámica subconsciente de nuestro pasado entero, todo eso condiciona el acto del juicio, y por eso la objetividad que el juicio afirma es más un ideal que se persigue, que una realidad que se posee.

7. Diferencia entre la conexión de ideas proveniente de la “asociación de las ideas” y la proveniente del juicio.

En la asociación no afirmamos ni negamos nada respecto de las relaciones entre las ideas o las imágenes. Así mediante la asociación la presencia de un sol de plata puede evocar la idea del astro, y la idea del astro puede evocar la idea del Imperio Incaico. Y en esta operación el espíritu no afirma ni niega nada respecto de la relación entre el sol de plata y el sol que brilla en el espacio, se limita a contemplar la sucesión o la presencia simultánea de estas representaciones. Nada más. En el juicio se afirma o se niega algo respecto de la relación entre las ideas. Así cuando yo digo : la nieve es blanca, no me limito a contemplar las representaciones de la nieve y de lo blanco, sino que afirmo

la conveniencia de lo blanco a la nieve. En el juicio nos pronunciamos sobre la existencia, el modo o el significado de una relación. Y así realizamos un acto del espíritu que no atañe únicamente al aspecto psicológico de nuestra experiencia sino que se refiere al ser o a las relaciones de las cosas mismas.

8. El razonamiento. Sus principales formas.

El razonamiento es la operación intelectual que consiste en enlazar unos juicios con otros, de tal manera que el último derive en forma necesaria de los anteriores. Ejemplo : todo cuerpo es pesado, el plomo es cuerpo, luego el plomo es pesado.

Como vemos en este ejemplo, hemos enlazado los dos primeros juicios de tal manera que el último aparece como la derivación inevitable de los dos precedentes.

Como ya se había hecho antes con el juicio, se ha pretendido confundir el razonamiento con la asociación y especialmente con la asociación por semejanza, por manera que lo que se dijo con respecto a la diferencia entre juicio y asociación, es pertinente tratándose del razonamiento, que como lo hemos visto, es un enlace de juicios. No creemos, empero, inútil repetir que esa diferencia consiste fundamentalmente en que mientras la asociación es la aproximación meramente habitual y subjetiva de imágenes o ideas, el juicio y, en consecuencia, el razonamiento, están caracterizados por el sentimiento de su validez objetiva. Hay además una clara diferencia entre la forma en que se enlazan las ideas en la asociación y aquellas en que se relacionan en el razonamiento. En la asociación se pasa directamente de una

idea a otra, como cuando un retrato me evoca instantáneamente el recuerdo de la persona retratada; en el razonamiento se pasa siempre indirectamente, es decir, que las ideas se relacionan a través de un término intermedio, al cual se asimilan o reducen. Ese término medio es una idea general, y así el razonamiento nos emancipa de la mera reproducción habitual y nos permite extender, mediante la generalización y el análisis, el círculo de nuestros conocimientos. Pero la verdadera naturaleza del razonamiento y, por lo mismo, sus notas distintivas respecto de la función meramente asociativa, se revelan de modo evidente cuando se piensa en que, al paso que la asociación agota su eficacia en la esfera de la vida interior, subjetiva, el razonamiento es una función de carácter eminentemente social, supraindividual; que supone, por lo mismo, la existencia de un mundo de relaciones, de ideas, de leyes admitidas por todos y capaces de disciplinar en forma estable, coherente y segura el material de la experiencia. Si yo quiero convencer a un hombre de algo que nunca ha visto, que acaso nunca verá tampoco, no me serviré de la asociación, porque ella sólo puede llevar a su espíritu las imágenes, las ideas, las relaciones que ya conoce, que ya ha vivido, pero que nunca podrá llevarlo a afirmar lo que está fuera de su experiencia. Tendré que valerme, pues, del razonamiento, esto es, de la posibilidad de inferir aquello que él no conoce de una idea que él admite y que actúa como el término medio entre su experiencia y lo desconocido. Así, por ejemplo, a un hombre que jamás hubiera presenciado un eclipse de sol, no podría convencerlo de la realidad de ese fenómeno a menos de admitir, tanto él como yo, un cierto número de leyes, de ideas comunes relativas al movimiento de los astros. Esas

leyes, esas ideas constituyen el puente entre lo que él ve y sabe y lo que no sabe ni ve, pero puede llegar a saber o a concebir.

Las formas principales del razonamiento son la inducción y la deducción. La *inducción* es el razonamiento por el cual pasamos del conocimiento de los hechos a la afirmación de las leyes. Newton observó, por ejemplo, el movimiento de los astros y la caída de los cuerpos, elevóse luego de la observación de esos hechos a formular la ley general de la gravedad. Mariotte observó que el volumen de los gases disminuye en la misma proporción en que aumenta la presión que sufren, verificó matemáticamente los resultados de sus experimentos y así, de la observación de hechos concretos, indujo la ley física, es decir, indujo el principio de carácter general, que lleva su nombre, y según el cual el volumen de los gases varía en proporción inversa de la presión que sufren.

La *deducción* es la forma del razonamiento que consiste en pasar de una verdad general a una verdad particular, o, más exactamente, la deducción es un razonamiento que consiste en hacer salir una proposición menos general o una proposición particular de una proposición más general que la contiene. El juicio o la proposición más general se llama *principio* o *ley*, la proposición particular se llama *consecuencia* o también *caso*, y la expresión lógica del procedimiento deductivo se llama *silogismo*, el cual consta de tres proposiciones, tales que sentadas las dos primeras (las premisas) se sigue necesariamente la tercera, que se llama *conclusión*, y que es la consecuencia del principio general o de la ley. Ejemplo : "Todos los metales son buenos conductores del calor, el oro es metal, luego el oro es buen conduc-

tor del calor". Razonamiento en que la última proposición aparece como el caso particular de la ley formulada en la primera.

9. Límites del razonamiento.

Según ya lo hemos dicho, el razonamiento puede contribuir a aumentar el caudal de nuestros conocimientos y en este sentido no es erróneo considerarlo como una función inventiva. Pero sería ilegítimo y en ocasiones hasta peligroso exagerar la importancia del puro razonamiento en la vida intelectual, la misma que se renueva y se dilata no tan sólo en virtud de las inferencias lógicas, sino, y principalmente, gracias a la intuición, a la imaginación, al trabajo misterioso de las tendencias subconscientes. Actividad de sustitución, de identificación, el razonamiento sirve principalmente como instrumento de demostración, de prueba; sirve para someter las ideas nuevas al dominio de las verdades ya adquiridas, y de este modo se ejercita manteniendo, frente al afluir de las experiencias, la estabilidad y el orden. Una excesiva confianza en el poder del razonamiento puede conducir, por un olvido fatal de la experiencia y de los factores irracionales de la vida interior, a construcciones falaces, abstractas, simplistas e incapaces, por lo tanto, de confrontarse eficazmente con la complejidad de lo real.

CAPITULO XII

LA MEMORIA

Programa : 1. Su sentido estricto.— 2. Principales funciones de la memoria : conservación, evocación, reconocimiento y localización.— 3. La evocación, sus formas.— 4. Criterios para distinguir lo reconocido, de lo percibido, y de lo simplemente imaginado.— 5. Formas del reconocimiento, su verdadero sentido psicológico.— 6. El olvido.

1. Sentido estricto del concepto.

Hemos dicho que la vida psíquica es una continuidad indivisa y flúida, es decir, una continuidad cuyos estados lejos de distinguirse netamente unos de otros, como se distinguen los objetos situados en el espacio, se interpenetran y, en la sucesión en que se producen, se prolongan los unos en los otros. Así pues, hay ya un cierto efecto de memoria en esa como resonancia con que el pasado inmediato se hace sentir en el presente. Pero la persistencia del pasado en el presente no se limita a la prolongación del momento anterior en el momento que le sigue. En realidad cada instante de nuestra vida anímica está cargado con la totalidad implícita de lo ya vivido, y esa carga de pasado es lo que confiere su riqueza y su fisonomía particular a nuestra existencia perso-

nal. De tal modo que, si consideramos la memoria como la conservación del pasado en el presente y la colaboración de lo ya vivido en la actualidad de la existencia, podremos decir, sin exageración, que toda conciencia es memoria.

Pero aquí no vamos a estudiar la memoria desde el punto de vista de esta acepción generalísima, sino que tan sólo tomaremos el concepto en su acepción usual y restringida. En este sentido, puede definirse la memoria como el poder de revivir estados psicológicos pasados, de reconocerlos como tales y de localizarlos en determinado momento del tiempo. Definición que, como claramente se infiere, deja fuera del campo de la memoria propiamente dicha la mera repetición de estados que la conciencia no reconoce como anteriormente vividos, la simple vuelta de las imágenes cuya procedencia del pasado ignoramos.

2. Principales funciones de la memoria : conservación, evocación, reconocimiento y localización.

Si la memoria implica la posibilidad de revivir estados psicológicos pasados, es porque esos estados se conservan, y he ahí la primera función de la memoria y el primer problema metafísico y psicológico que ella suscita : la conservación de los recuerdos. Pero no basta que los recuerdos se conserven, es necesario que sean extraídos a la luz, evocados, y así la evocación es otra de las funciones esenciales de la memoria. Y, en fin, el proceso de la memoria no se completa mientras el recuerdo no es reconocido, es decir, vivido como la reproducción de un momento del pasado, y localizado, esto es, vivido con la conciencia de su situación en el tiempo. Con lo cual dejamos enumeradas las principales

funciones de la memoria, a saber : conservación, evocación, reconocimiento y localización de los recuerdos. Ejemplo : Encuentro en la calle a un antiguo compañero de colegio. Su presencia evoca su recuerdo que se conserva en mi memoria. Lo reconozco, porque me doy cuenta de que ya he visto, de que ya he conocido a esa persona. Y en fin, localizo su recuerdo en una cierta fecha, en una cierta época; los días, los años de colegio.

Conviene tener presente que la evocación, el reconocimiento y la localización no son operaciones rigurosamente sucesivas. Pueden ser simultáneas. Son aspectos del proceso unitario de la rememoración más que etapas o partes materialmente separables.

3. La evocación, sus formás.

La evocación es la reaparición del recuerdo, su vuelta de la subconciencia a la conciencia, de la obscuridad a la luz. Reviste dos grandes formas : una espontánea y otra voluntaria o provocada. La evocación es *espontánea* cuando los recuerdos emergen a la luz de la conciencia sin un definido propósito de la voluntad por evocarlos y, a su vez, comprende dos formas evocativas diferentes : la que podríamos llamar *inusitada* o *incoherente*, en que los recuerdos se presentan a la conciencia sin enlace visible con los demás estados que le preceden o acompañan; y la *asociativa*, en que la aparición del recuerdo es el resultado de asociaciones observables con los otros recuerdos o con las percepciones precedentes o concomitantes. La evocación *voluntaria* obedece a un designio preciso, el cual extrae de la subconciencia un determinado recuerdo con un cierto fin. En este caso, unas

veces el recuerdo acude dócilmente, otras en cambio, se resiste, se nos escapa cuando estamos a punto de cogerlo, y así hemos de ejercitar nuestra paciencia y concentrar nuestro esfuerzo atento para vencer la resistencia del recuerdo y obligarlo a ingresar en la esfera de la conciencia clara.

Antes de abordar el problema de la evocación, pongamos ejemplos de las diversas formas en que ella se produce. Y así tendremos : Ejemplo de evocación inusitada o incoherente : estoy estudiando una lección de química y brusca-mente me asalta el recuerdo de un personaje histórico : Napoleón, Nerón, Pizarro. De evocación asociativa : recorro los parajes donde ha transcurrido mi infancia, e inmediatamente mi memoria se puebla de recuerdos; los árboles, el río, las rocas, la casa, todo lo que percibo suscita, por asociación, las visiones de mi vida infantil. De evocación voluntaria : quiero pronunciar un nombre conocido pero olvidado, recordar en qué gaveta he guardado un documento importante, procuro descubrir retrospectivamente, circunstancias, detalles de mi vida en los cuales no puse atención cuando se produjeron.

El problema de la evocación es uno de los más difíciles e importantes de la psicología, pudiendo afirmarse que su solución equivaldría a poseer la clave de la vida mental. ¿Por qué son ciertos recuerdos y no otros los que emergen a la luz de la conciencia? ¿Por qué, por ejemplo, la vista de la catedral de Lima me sugiere el recuerdo de la de Cajamarca y no el de otra catedral cualquiera? ¿Por qué mientras tomo mi desayuno me asalta el recuerdo de mis exámenes universitarios y no el de los que me tomaron en el colegio? ¿Por qué misteriosa conexión, en fin, el recuerdo de-

seado acude desde el obscuro fondo de la subconciencia para servir un designio de mi voluntad?

Como bien se comprende, el método puramente introspectivo nos da muy poca luz cuando queremos comprender el mecanismo de la evocación inusitada. El recuerdo irrumpe bruscamente en la conciencia como una piedra que cae en un estanque; rompe la trama de nuestros pensamientos, se presenta en fin, cuando no es esperado. A veces saludamos su aparición con júbilo porque el recuerdo nos es grato o útil; otras, lo recibimos con disgusto, y quisiéramos echarlo de la conciencia donde penetra como huésped importuno. Ya que no es posible descubrir nexos asociativos entre esos recuerdos importunos, incoherentes, inusitados, sólo cabe atribuir su presencia al trabajo de tendencias subconscientes que tienen con el contenido explícito del yo algún enlace estructural desconocido. Entre las percepciones o los recuerdos que actualmente ocupan la región iluminada de la conciencia y los recuerdos que surgen inopinadamente, hay sin duda algún vínculo asociativo, pero que, como quiera que él se da a través de una infinidad de intermediarios, sumergidos también en la subconciencia, no es perceptible. Este vínculo estaría constituido por los complejos de tendencias afectivas, complejos ignorados que sólo una adecuada exploración de lo subconsciente sería capaz de revelar.

Examinemos ahora brevemente la evocación en que los vínculos asociativos son claramente observables. Leo mi viejo *Don Quijote* y al llegar al pasaje que dice : "Figurósele a Don Quijote que la litera que veía eran andas", evoco el grato recuerdo de mi profesor de Gramática, quien se servía de esa frase como ejemplo para ilustrar la regla de que "el predicado ejerce a veces cierta atracción sobre el sujeto

comunicándole su número”. He ahí un caso en que la introspección descubre un evidente enlace asociativo entre el estado psicológico presente y el recuerdo evocado. En este caso y otros semejantes, no me sorprende la llegada del recuerdo; al contrario, hasta se diría que lo he esperado.

La escuela psicológica llamada asociacionismo pretende explicar estas evocaciones por las llamadas leyes de la asociación de las ideas, leyes cuyo estudio detenido hacemos en capítulo aparte. Aquí diremos únicamente, que las afinidades asociativas de la semejanza, de la contigüidad y del contraste sólo tienen valor en cuanto funcionan integradas en las totalidades indivisibles que constituyen los procesos de la vida psíquica. Por lo demás, sea cual fuere el valor de esas leyes, se puede afirmar que las probabilidades de reaparición de un recuerdo están en estrecha relación con las siguientes condiciones psicológicas: 1º la frecuencia con que la percepción originaria del recuerdo suele presentarse en la conciencia; 2º su proximidad en el tiempo o, lo que es lo mismo, la reciente presentación de la percepción originaria; 3º la vivacidad de dicha percepción; 4º la afinidad emocional del recuerdo con los estados psicológicos actuales. En resumen, “podemos afirmar con certeza que en la mayoría de los casos, el estado de conciencia evocado será una representación, o familiar o reciente, o viva y concorde con el contenido actual de nuestra conciencia”. Refiriéndose a estos cuatro coeficientes: frecuencia, proximidad, vivacidad y concordancia emocional, dice William James, de quien asimismo hemos tomado el pasaje anteriormente transcrito: “Ellos nos permiten introducir algún determinismo en la sucesión de los estados de conciencia y reducir la infinidad de candidatos posibles a un cierto número de

candidatos favoritos, cuyas probabilidades están determinadas por la naturaleza de nuestro pasado consciente". Agreguemos que la proximidad entre el estado primitivo y el evocado es un coeficiente cuya importancia puede decirse que desaparece cuando entre un estado y otro media una distancia superior a unas cuantas horas, ya que es bien conocido el hecho de que los ancianos evocan con mayor facilidad los recuerdos lejanos de su infancia y su juventud que los más recientes de su madurez o de su ancianidad.

Como factores imponderables en el proceso de la evocación quedan las tendencias oscuras, desconocidas, subconscientes, las mismas que, en el continuo brotar de la vida psicológica, representan causas siempre activas de imprevisibilidad.

La evocación voluntaria atenta o predeterminada extrae de la subconciencia, como su nombre lo indica, un determinado recuerdo destinado a servir un designio teórico o práctico de la voluntad. Investigaciones recientes sobre este fenómeno, uno de los más interesantes de la vida mental, tienden a interpretarlo como el resultado de la acción que sobre las tendencias reproductoras, subconscientes ejercen ciertas actitudes de la conciencia, determinadas en su dirección por la finalidad voluntaria que se persigue y en las cuales se contiene virtualmente el recuerdo buscado. A esas actitudes de conciencia, que en cierto modo son anteriores a las imágenes concretas que constituyen los recuerdos, las llama Bergson *esquemas dinámicos*, y explica el mecanismo de la rememoración voluntaria como el esfuerzo de esos esquemas por concretarse en una imagen única y distinta, pasando así de una virtualidad más o menos indecisa a la definida realidad del recuerdo.

4. Criterios para distinguir lo reconocido, de lo percibido, y de lo simplemente imaginado.

Con relación a la memoria se plantean dos cuestiones importantes : primera, la cuestión relativa a distinguir la percepción del recuerdo, segunda, la cuestión de saber por qué una determinada imagen es un recuerdo y no una creación de la fantasía. Acudiendo a las nociones anteriormente expuestas, se podría quizá resolver la primera cuestión considerando que la percepción es, por modo eminente, una invitación a actuar, a tomar una actitud física respecto de ella, en tanto que el recuerdo es una visión interior que no provoca por sí misma las reacciones motrices características de la confrontación del cuerpo con los objetos que constituyen el mundo exterior y, por lo tanto, la materia de la percepción. En cuanto a la segunda cuestión, es indudable que el recuerdo trae consigo un sentimiento que podríamos llamar inmanente del pasado. El pasado lo vivimos inmediatamente en el recuerdo mismo. Pero si se quisiera una determinación más exacta del carácter pretérito, rememorativo de las imágenes que llamamos recuerdos, diríamos que ellas se distinguen de las que son meras creaciones fantásticas de la imaginación en que se organizan de modo coherente y estable con las demás imágenes de nuestra conciencia, en que no las podemos alterar ni suprimir a voluntad y en que, por consiguiente, constituyen un mundo tan real y en cierto modo tan inmovible como el de la percepción exterior.

5. Formas del reconocimiento, su verdadero sentido psicológico.

Veamos brevemente las diferentes formas de reconocimiento.

Un objeto presente es, en efecto, reconocido cuando los movimientos que el cuerpo dibuja ante él son los mismos que alguna vez fueron provocados por su presencia. Más concretamente, un objeto es reconocido cuando podemos servirnos de él, utilizarlo, es decir, cuando nuestro cuerpo reacciona dinámicamente en su presencia con movimientos habituales adecuados al destino práctico del objeto. Los objetos que nos desconciertan son aquellos cuya utilización ignoramos, se nos presentan como algo insólito, inusitado, sin relación con nuestros hábitos motores. El llamado sentimiento de familiaridad no es otra cosa que la sensación de algo habitual, acostumbrado, proveniente de la facilidad con que los movimientos que el cuerpo insinúa o realiza responden al destino práctico del objeto.

El reconocimiento operado por las tendencias motrices puede decirse que suscita la otra forma del reconocimiento: la que se opera mediante la intervención de los recuerdos-imágenes. Hemos dicho que los recuerdos quedan como virtualidades subconscientes prontas a actualizarse cuando las exigencias de la acción las reclaman. Y así, se comprende que cuando los movimientos — que constituyen la acción del cuerpo — ofrezcan a esas virtualidades subconscientes una ocasión de actualizarse, ellas, por decirlo así, la aprovecharán. Y se comprende también que sólo los recuerdos análogos por algún aspecto de la percepción actual, sean los recuerdos actualizados, ya que sólo ellos serán ca-

paces de insertarse en el cuadro dinámico de la situación presente.

Las operaciones que hemos descrito se refieren al reconocimiento de la percepción. Pero también hay un reconocimiento del recuerdo como tal. Ese reconocimiento consiste en la conciencia de que el recuerdo es algo que pertenece al pasado y no al presente. Aun más : es la conciencia de que la imagen constitutiva del recuerdo emerge realmente del pasado y no es una mera ficción de la fantasía. En este instante por ejemplo, evoco la imagen del Gran Canal de Venecia y sé que esa imagen corresponde a una percepción que yo he tenido alguna vez. No la considero ni como una de tantas percepciones provenientes de los objetos que me rodean ni como una creación de mi mente. Sé que esa imagen proviene de algo objetivo, pero anterior y ausente.

La importancia y el verdadero sentido psicológico del reconocimiento, están no sólo en que nos permite utilizar las experiencias del pasado, sino en que, estableciendo un nexo consciente entre los diversos momentos de la vida, funda el sentimiento de la continuidad en el acontecer psíquico y, por lo mismo, el de la conservación y de la identidad personales a través del tiempo.

6. El olvido.

El olvido es una función tan necesaria como el recuerdo en la economía de la vida mental. Si todo nuestro pasado estuviera presente en nuestra conciencia, no podríamos actuar ni acaso vivir. La acción y la vida son, esencialmente, selección, posibilidad de elegir entre varias direcciones,

continua eliminación de lo inútil y acentuación de lo útil y valioso. Y hay más todavía : así como hemos dicho que toda conciencia es memoria, o que toda conciencia es selección, podemos ahora afirmar que toda conciencia implica también una cierta zona de olvido donde permanecen como meras virtualidades los recuerdos que no son requeridos por la situación actual de la vida.

Hay dos grandes anomalías en la memoria, que se relacionan íntimamente con la función correlativa del olvido y que son a saber : la amnesia y la hipermnesia.

La amnesia es el olvido en su forma anormal. Es total cuando suprime la memoria en una época más o menos grande de nuestra vida. Es periódica cuando dos memorias diferentes alternan en la misma conciencia sin penetrarse y correspondiendo cada una a cierta época de la vida. La amnesia se llama progresiva cuando el olvido afecta poco a poco capas más profundas del espíritu, anulando primero los recuerdos más recientes y al fin los de la infancia. La amnesia, por último, puede ser parcial, y anula o dificulta entonces sólo ciertas categorías de recuerdos.

La hipermnesia es la exaltación anormal de la memoria. Se produce en circunstancias extraordinarias y bajo el imperio de una emoción grave. Así parece que los que están en riesgo inminente de morir evocan en unos cuantos segundos los recuerdos de toda su vida.

CAPITULO XIII

LA IMAGINACION

Programa : 1. Su concepto.— 2. Sus tipos : creadora y reproductora.— 3. Toda imaginación implica en alguna forma creación.— 4. Factores de la imaginación creadora.— 5. Tipos de imaginación creadora.— 6. La imaginación reproductora. Sus clases.— 7. La imaginación en el niño y en el hombre primitivo.— 8. La fantasía en el adolescente.

1. Concepto.

Se puede definir la imaginación como la facultad de pensar con imágenes, pero esa definición es insuficiente por dos razones : primera, porque, aun cuando las imágenes constituyen en gran medida tanto la materia prima como la obra de la función imaginativa, sería erróneo decir que ésta trabaja exclusivamente con imágenes : como es sabido, otros elementos de la vida intelectual y profundos resortes de la vida afectiva colaboran en ella, y segunda, porque no alude al aspecto esencialmente creador, inventivo de la imaginación.

Descartando pues esta definición inexacta y considerando directamente las funciones mentales a las que se aplica el concepto de imaginación, encontramos : 1º que mediante la imaginación conferimos una forma, una figura, una ex-

presión a los contenidos de la experiencia cualesquiera que sean y, 2º que la imaginación actúa como un poder capaz de producir no sólo nuevas combinaciones de elementos preexistentes, sino verdaderas creaciones irreducibles a lo ya vivido. Configuración, creación son así los atributos fundamentales de esta misteriosa potencia del alma que al par que fija y en cierto modo cristaliza los contenidos de la vida interior, los transforma, los renueva, los orienta.

Por todo ello, la palabra imaginación es acaso impropia para designar todo el conjunto de operaciones que integran el contenido de su concepto. Imaginación sugiere demasiado la idea de imagen para convenir por entero a las operaciones configurativas e inventivas de la mente. La empleamos, sin embargo, por no existir una expresión más propia y, sobre todo, por haberla consagrado, sin mayores inconvenientes, el uso general de los psicólogos.

2. Tipos : creadora y reproductora.

Hay dos grandes tipos de imaginación : la creadora y la reproductora.

Gracias a la imaginación creadora se elaboran y surgen en la conciencia procesos y estados que se nos dan como esencialmente originales y nuevos y que, por consiguiente, no pueden ser considerados como una mera suma o composición de sus antecedentes. Gracias también a la imaginación creadora, somos capaces de configurar en formas de mayor o menor armonía y perfección el incesante brotar de la vida interior.

Ribot y otros psicólogos han señalado, con justicia, la semejanza entre la voluntad y la imaginación. Hay, en efec-

to, entre ambas funciones psicológicas, evidentes analogías. Tanto la imaginación como la voluntad son antropocéntricas y centrífugas, es decir que funcionan de dentro a fuera y tienden a exteriorizarse, a objetivarse; tanto la voluntad como la imaginación son teleológicas o, lo que es lo mismo, ambas están dirigidas por una intención hacia un fin a realizar y, por último, tanto los actos de la voluntad como las realizaciones de la imaginación son, principalmente, revelaciones irreductibles de la originalidad personal. "La iniciativa voluntaria es la invención de una actitud que se destaca sobre la trama de los actos rutinarios. La invención es una iniciativa ideal que rompe con el curso habitual de las ideas y de las imágenes" (A. Rey).

La imaginación reproductora es la memoria de las imágenes. Por consiguiente, cabe recordar aquí todo lo dicho en los capítulos dedicados a la memoria y a la asociación de las ideas, agregando tan sólo algunas indicaciones relativas a las modificaciones espontáneas de las imágenes y a los principales tipos de imaginación reproductora.

Tales indicaciones prepararán el estudio de la psicología de la invención y mostrarán que la llamada imaginación reproductora, lejos de ser una mera actividad de repetición, constituye en realidad una forma atenuada, sin duda, pero eficaz, de creación.

Las imágenes no se conservan invariables, sino que se transforman lentamente. Mientras por una parte se esquematizan y tienden a empobrecerse, por otra evolucionan en un sentido positivo, se enriquecen, se estilizan según la idiosincrasia profunda de quien las evoca. En otros términos, las imágenes viven, y como su vida se alimenta de la corriente de nuestra propia vida personal, resulta que en las

transformaciones de las imágenes, aun en aquellas ocasiones en que no son el producto de una elaboración voluntaria, se expresa ya de modo indudable nuestra originalidad y, por consiguiente, nuestro poder creador.

En síntesis, como escribe muy bien Rey : "la modificación espontánea de las imágenes en la vida mental nos permite sorprender, palpitante, un poder inventivo del espíritu que, como se comprende, crea a expensas de datos anteriores pero que a la vez, gracias a las modificaciones profundas de estos datos, crea también algo de original y nuevo".

3. Toda imaginación implica en alguna forma creación.

Según puede inferirse de todo lo anteriormente expuesto, toda operación imaginativa implica en alguna forma creación, por dos razones principales :

1ª Por la razón general consistente en que en la vida anímica nada se repite de modo rigurosamente exacto sino que todo lo que en ella aparece es, en cierta medida, nuevo. El propio recuerdo no reproduce con absoluta fidelidad el pasado. Por causa del tiempo transcurrido y, principalmente, por la acción de factores afectivos, el recuerdo hace sufrir al pasado una transformación. Es sabido que el mismo recuerdo varía en coloración y en intensidad según que sea evocado en la adversidad o en el júbilo.

2ª Porque siendo la imaginación la actividad configurativa de la mente, sus contenidos y productos no son meras copias de actitudes o de imágenes ya adquiridas, sino formas en que se revela el modo de ser total del alma en su tendencia fundamental hacia la expresión.

4. Factores de la imaginación creadora.

Ribot, en su obra justamente célebre sobre la imaginación creadora, considera como los principales factores de dicha función mental, los siguientes : el factor intelectual, el factor afectivo y el factor inconsciente. Al estudio de esos factores, que abordamos en seguida, agregaremos una sumaria revisión de otros (influencia del medio social, de la originalidad individual etc.), todos los cuales empero no agotan las condiciones del poder creador de la mente. Ese poder en su intimidad queda todavía como una incógnita sobre la cual, en el presente estado de los conocimientos, sólo podemos tener, según feliz expresión de un psicólogo, vagas "impresiones metafísicas".

Las *operaciones intelectuales* que se integran en el trabajo de la imaginación son a saber : la disociación y la síntesis.

Como ya hemos visto al tratar de la vida de las imágenes, en la imaginación reproductora, ellas no son objetos inertes sino que cambian, acentuando algunos de sus aspectos y atenuando, en mayor o menor grado, otros. Ese cambiar, ese modificarse de las imágenes es ya, como bien se comprende, una *disociación* puesto que en tal proceso asistimos a la acentuación de una parte, de un aspecto en detrimento de otros que resultan más o menos borrados y hasta excluidos. Si esto pasa con las imágenes, ocurre todavía más claramente en los complejos de imágenes e ideas que a cada paso nos ofrece la vida y que fraccionamos recogiendo tales o cuales formas, matices, ritmos, y dejando los demás en la sombra. Es un trabajo de *selección* que no se opera nunca al azar, sino que obedece, en primer término, a las tenden-

cias profundas del sujeto y, en segundo término, a la *finalidad* más o menos consciente que preside el trabajo de la invención.

Complementaria de la disociación es la *síntesis*. Mediante ella se reúnen las imágenes, las ideas, las formas recogidas separadamente y se organizan en una nueva realidad psicológica. Siendo de notar que el lenguaje resulta insuficiente para expresar de modo adecuado la naturaleza de la síntesis mental, pues en ella, los materiales que se sintetizan no se mantienen los mismos sino que se absorben y en cierto modo se pierden en la nueva realidad que contribuyen a formar.

Estas dos operaciones — la disociación, la síntesis — no se desarrollan separadamente sino que siempre lo hacen de consuno. Toda disociación supone una síntesis donde son integrados los elementos extraídos y, recíprocamente, toda síntesis supone una disociación que extraiga de los complejos originarios los materiales que se sintetizan. Cuando el poeta dice, por ejemplo, "se quema el tiempo", ha disociado la idea de combustión de los complejos a que generalmente se asocia, pero esa disociación estaba en cierto modo prescrita, anticipada por la emoción inicial y sintética, en que el artista sentía algo como la acción de un elemento implacable que fuera devorando las horas y la vida.

La *vida afectiva* influye en el trabajo de la imaginación, ya mediante los estados que la acompañan y en cierto modo lo dirigen y orientan, ya mediante las tendencias que, en gran medida, lo provocan.

Se ha pretendido por algunos psicólogos, limitar la acción de los factores afectivos a la forma estética de la imaginación, pero esa tentativa es errónea, pues, aunque la pre-

sencia de elementos emocionales es más ostensible en la creación artística, no deja de ser observable en ninguna de las realizaciones de la actividad inventiva de la mente: intelectuales, prácticas etc. Siempre es la afectividad el resorte profundo, que al fin se descubre, tanto en las creaciones de la mera fantasía, como en las que reclaman el concurso de las funciones lógicas.

Las tendencias afectivas son el origen de nuestras preferencias. Así pues, ellas presiden en el fondo el trabajo de selección y de síntesis con que elaboramos el material de la experiencia. Es notable la importancia de las tendencias eróticas en la producción artística y también es conocida la influencia que en esta y otras modalidades de la invención tienen tendencias tales como el ansia de poderío, la curiosidad etc.

Y apenas es necesario referirnos a la influencia de las emociones que acompañan al proceso inventivo. Esas emociones son a veces suscitadas por el trabajo mismo, otras aparecen como sus causas ocasionales o determinantes, siempre lo sostienen y alimentan. El miedo, la cólera, la tristeza, el goce, el sentimiento de libertad, el entusiasmo, impregnan en una coloración especial toda nuestra vida y, en consecuencia, tiñen también nuestra obra. Pero hacen algo más: actúan asimismo como elementos fecundantes, dinámicos, que ora impulsan y promueven, ora contienen o desvían ya éstas, ya las otras corrientes de la vida mental.

Hay en la invención un fenómeno universalmente observado, y es la inspiración. Consiste en el súbito aparecer ante la mirada de la mente, de imágenes, de ideas o de síntesis de ideas y de imágenes. Estas operaciones se realizan sin la intervención de la conciencia propiamente dicha; son como

mensajes, a veces difícilmente descifrables, de un personaje oculto que hubiese trabajado por nosotros y que a menudo nos sorprende con la frescura y la profundidad de sus creaciones.

Este personaje escondido es la actividad psíquica subconsciente y, de modo más preciso, es el conjunto de los instintos y de las tendencias afectivas que le son inherentes. Ellos realizan una alquimia cuyos resultados conocemos, pero cuyos secretos de transmutación todavía ignoramos.

Muchos estéticos y artistas de inspiración romántica han pretendido relegar a lo subconsciente todo el aspecto verdaderamente creador y original de la obra de arte; mas esa pretensión es exagerada. La voluntad y la inteligencia conscientemente dirigidas y disciplinadas por un ideal de perfección pueden — y en efecto lo hacen — someter los productos espontáneos de la actividad subconsciente a un trabajo eficaz de depuración. Además, la experiencia, el estudio y la técnica no son tampoco elementos absolutamente despreciables. Y es que la gran invención, tanto en el arte como en la ciencia y en la práctica, es siempre la síntesis suprema de toda la actividad del espíritu, síntesis dirigida por la intencionalidad iluminada y soberana de la amorosa vocación personal.

Acabamos de referirnos a la acción de la voluntad dirigida por fines conscientes en el definitivo perfeccionamiento de la obra. Enumeremos aquí otros factores que también condicionan el trabajo de la imaginación, sin detenernos en su estudio, porque ello demandaría una extensión mucho mayor que la prescrita por la naturaleza de este curso.

Influyen en el ejercicio y en los resultados de la actividad imaginativa : la actividad motriz y somática (marcha, actividad genésica etc.); la herencia biológica como factor ora de equilibrio, ora de trastornos orgánicos, siempre de disposiciones fundamentales; el medio físico y social como origen de hábitos corporales y psicológicos que, o pliegan a su imperio la actividad creadora, o la excitan a romperlos; la originalidad individual, cuya más alta expresión es el genio, y, en fin, el azar, que ofrece a las tendencias afectivas latentes, ocasiones de ejercitarse.

Peero ninguna enumeración puede ser completa y, sobre todo, ninguna acumulación de factores podría hacernos comprender la *evolución unitaria y orgánica del trabajo inventivo*. Debemos pues examinar el principio de unidad interna que domina en todas las fases de esa evolución.

Dicho principio se da, ora como una idea más o menos definida, ora como una emoción; pero siempre actúa interiormente al trabajo inventivo, estimulando y a la vez limitando el brotar de las imágenes. Siendo de advertir que estos términos : idea, emoción, no se excluyen sino que simplemente indican la preponderancia de los factores intelectuales y afectivos en el desarrollo orgánico de la invención.

Ribot y otros psicólogos llaman *ideal* a este principio de unidad sintética y reguladora. Ideal que no debe ser considerado como un arquetipo, como un plan acabado sino simplemente como un esbozo, una dirección, un germen; una posibilidad. "El ideal no es, dice Ribot, se hace". Y de esta suerte el ideal se concreta, se perfecciona y acaba en el curso del proceso inventivo, pudiendo decirse que la última fase de su evolución es la obra misma.

Entre las tentativas encaminadas a esclarecer la naturaleza y la acción de este principio unitario, es notable la realizada por Bergson en su estudio sobre el "esfuerzo intelectual" y que tiene por base la concepción del *esquema dinámico*. Dicho esquema no es ni una imagen definida, ni una idea precisa, sino una cierta actitud de la mente que contiene en potencia las imágenes y las ideas que luego se explicitan y definen. El esquema dinámico es la intención primaria del esfuerzo mental. No se da como un modelo acabado, porque entonces el esfuerzo creador ya sería inútil; se da como una forma que debe ser llenada, como una ley que rige el juego de las representaciones y las hace convergir hacia la realización deseada y entrevista.

Transcribimos a continuación dos pasajes especialmente significativos y claros del estudio sobre el esfuerzo intelectual inserto en el libro *L'énergie spirituelle*. "Uno se transporta de un salto al resultado final, al fin que se trata de obtener: todo esfuerzo de invención consiste entonces en un trabajo por colmar el intervalo por encima del cual se ha saltado, y llegan de nuevo a este fin siguiendo ahora el hilo continuo de los medios que lo realizarían. Pero, ¿cómo percibir el fin sin los medios, el todo sin las partes? No puede ser en forma de imagen, puesto que una imagen que nos hiciera ver el efecto realizándose, nos mostraría, anteriores a esa imagen misma, los medios por los cuales el efecto se cumple. Tenemos pues que admitir que el todo nos es presentado en forma de esquema y que el trabajo de invención consiste precisamente en convertir el esquema en imagen."

"El escritor que hace una novela, el autor dramático que crea personajes y situaciones, el músico que compone una

sinfonía y el poeta que compone una oda, todos tienen desde luego, en el espíritu algo simple, general, abstracto. Para el músico o el poeta es una impresión que se trata de desarrollar en sonidos o en imágenes. Para el novelista o el dramaturgo, es una tesis que debe desenvolverse en acontecimientos, un sentimiento general, un medio social, algo, en fin, de abstracto debe materializarse en personajes vivientes. Se trabaja con un esquema del todo y no se consigue el resultado mientras no se obtiene una imagen distinta de las partes.”

5. Tipos de imaginación creadora.

Hemos estudiado las condiciones generales de la actividad inventiva, mas, dentro de esas condiciones, cabe una gran variedad de modalidades imaginativas. Por esto los psicólogos de la imaginación se han esforzado por agruparlas en algunos grandes *tipos* comprensivos.

Nos proponemos caracterizar aquellos que nos parecen ser los principales. Pero antes debemos advertir : 1º que consideramos muy difícil hacer la enumeración completa de los tipos de imaginación, y 2º que estos tipos no son cuadros herméticos, categorías cerradas, sino manifestaciones concretas de la vida imaginativa entre las cuales sólo puede establecerse diferencias de acentuación, no de exclusión.

La imaginación plástica y la imaginación difluente son consideradas como los tipos más generales de la actividad inventiva.

La *imaginación plástica* tiende a crear imágenes precisas, netas. Sobre todo tiende a fijarlas en formas definitivas,

acabadas. Su materia prima, así como los resultados de su ejercicio, están constituídos principalmente por imágenes visuales y táctiles. Y como estas imágenes se localizan siempre en el espacio, la imaginación que las utiliza y suscita es la imaginación del espacio y, en consecuencia, de la corporeidad. Por eso es la imaginación de la pintura, la arquitectura y la escultura, artes que, como es sabido, configuran la experiencia en formas siempre visibles, a veces tangibles, pero de todos modos localizadas en un espacio real o ficticio. Por eso también, es la imaginación de la poesía descriptiva, destinada a evocar con vivacidad y relieve el color, la forma, la apariencia sensible de las cosas. Y en fin, apreciando en conjunto los grandes estilos artísticos, cabe decir que la imaginación plástica es la propia del arte *clásico*, ya que éste persigue como ideal de perfección la forma acabada, la precisión del contorno y la armonía y el equilibrio en el conjunto de la obra.

Por esta condición neta, distinta, clara de sus contenidos, caen bajo el dominio de la imaginación plástica no sólo las manifestaciones de la actividad artística que hemos señalado, sino otras muchas formas de la invención. Entre ellas podemos indicar las invenciones científicas, técnicas y, en general, todas aquellas que exigen en el inventor un notable desarrollo de la aptitud lógica. En efecto, reflexionar, deducir, inferir lógicamente, supone la posibilidad de distinguir con nitidez unos conceptos respecto de otros y, sobre todo, la de relacionarlos sin confundirlos.

La imaginación *disfluente* trata de configurar el fondo dinámico y profundo de la vida emocional. Por eso sus imágenes no tienen la precisión que caracteriza aquéllas que pueblan el mundo de la plástica. Y sobre todo no se inmo-

vilizan sino que fluctúan y pasan agitadas por misterioso aliento. Las imágenes plásticas se disponen las unas al lado de las otras, las imágenes de la imaginación difluente se interpenetran y se pierden las unas en las otras. Esas imágenes pueden ser visuales, auditivas, motrices, lo esencial es que todas ellas se dan como condensaciones de una cierta atmósfera afectiva que al par que las penetra, las desborda y en cierto modo las disuelve.

La poesía lírica, la divagación sentimental, el espíritu quimérico, el misticismo, y ciertos tipos de filosofía, constituyen claras manifestaciones de la imaginación difluente; a ella pertenece, por modo esencial, la música que expresa la dinámica más honda del alma, a ella pertenecen finalmente las varias manifestaciones del movimiento espiritual llamado *romanticismo* y que consagra la primacía del sentimiento en el arte y en la vida.

Según lo que antecede, la imaginación plástica y la difluente se ofrecen como formas radicalmente opuestas de la actividad inventiva. La imaginación plástica es objetiva, espacial; la difluente es subjetiva, interior y como tal, trabaja sobre todo con la materia flúida del tiempo. Pero desconoceríamos totalmente la naturaleza de la realidad psicológica, si admitiéramos que estos tipos imaginativos pueden darse puros, exentos de toda recíproca y fundamental necesidad. Y es que, por ley paradójica, aquí como en todas las manifestaciones concretas de la vida del alma, los extremos opuestos, a la vez que se repelen, se atraen.

Suele clasificarse los tipos de imaginación según el carácter de la obra que realizan, y así se enumeran y estudian : la imaginación artística, la científica, la práctica, la mística,

la metafísica, la moral etc. A continuación damos una idea sumaria de las tres primeras.

La *imaginación artística* se caracteriza por el predominio de la emoción y de la imagen, tanto como materias primas, cuanto como resultado de la actividad inventiva. El arte es expresión, símbolo, es decir, un conjunto de imágenes en el que se transfigura el contenido de la vida. Más concretamente, la actividad artística parte de la emoción y va a la emoción a través de las imágenes. Como quiera que ella no persigue el conocimiento ni la utilidad, funciona con una relativa independencia respecto de la lógica o, mejor, funciona con una lógica propia en que las imágenes se relacionan por virtud de profundas y misteriosas afinidades afectivas. Por eso la vida subconsciente y la inspiración que de ella emerge, tienen en el arte un papel de primera importancia.

El resorte de la *invención científica* es el deseo de conocer y su instrumento de acción es el método, así para el descubrimiento de nuevas verdades, como para la verificación de las ya descubiertas. La actividad científica crea también símbolos, pero no de estados de alma sino de las relaciones objetivas de las cosas. Si bien la inspiración tiene también un lugar importante en el proceso de la invención científica, ella debe ser meditada, verificada, sometida a la prueba de los hechos. Y aún más: la inspiración científica para ser eficaz y fecunda, tiene que ser preparada por el íntimo comercio del espíritu con la ciencia, ya que, como dice muy bien Le Roy: "una incubación prolongada precede normalmente a la crisis de la ¡Eureka!".

La *imaginación práctica* se ejercita concibiendo y organizando los medios para realizar un fin. Es una actividad de

aplicación que pone al servicio del designio creador, tanto el saber estrictamente intelectual, como el que se constituye mediante el ejercicio y que se fija en el cuerpo en forma de disposiciones motrices. El hombre práctico no sólo concibe sino que construye, ejecuta. Para ello se pliega a la realidad objetiva — ya que de lo contrario se perdería en lo utópico —, pero al mismo tiempo la utiliza y, lo que es más, la transforma y renueva. Las imágenes de que se sirve la imaginación práctica, no tienen, sin duda, la palpitante individualidad de las que crea el arte, pero no son tampoco asimilables a los puros conceptos de la ciencia; son más bien imágenes esquemáticas que sólo extraen de las cosas los aspectos utilizables o sea aquellos en los cuales la acción se puede articular. Y en fin, como ya lo insinuábamos, esas imágenes tienden a objetivarse en movimientos, a incorporarse como materia y energía en el mundo tangible de los hechos.

No abordamos el estudio de la imaginación mística, metafísica, moral etc., por razones de brevedad. Sólo diremos que el trabajo de la imaginación en sus diversas modalidades, suscita el advenimiento de un nuevo mundo sobre la esfera de la simple naturaleza: el mundo del espíritu, cuyas objetivaciones y valoraciones constituyen la cultura.

6. La imaginación reproductora. Sus clases.

Hay diferentes tipos de imaginación reproductora; los principales son : el tipo visual, el tipo auditivo y el tipo motor.

Las personas que pertenecen al primero, evocan con mayor facilidad, precisión y abundancia las imágenes visua-

les. Como ejemplo notable de esta forma de imaginación, se suele citar el caso de William James, quien podía recordar distintamente la disposición de una o más habitaciones e indicar con precisión los detalles de su arreglo y hasta la ubicación exacta de cada silla. Cuando releía una página con el objeto de aprenderla de memoria, los caracteres tipográficos se grababan en su mente con tal exactitud y hasta tal punto, que absorbido en descifrar los caracteres que su imaginación visual le representaba, "perdía el sentimiento de las palabras que iba diciendo y del sentido que ellas podían tener". Por lo demás, todos hemos tenido algún compañero de colegio que necesitaba evocar la disposición tipográfica de la página respectiva de su texto, para contestar una pregunta cualquiera del programa.

Quienes pertenecen al tipo auditivo, evocan con singular abundancia, precisión y facilidad las imágenes de ese carácter. En la vida de colegio todos hemos observado que mientras algunos estudiantes repetían sin esfuerzo lo que habían leído, otros necesitaban escuchar para aprender; los primeros pertenecen al tipo de imaginación visual, los segundos al tipo auditivo. Como es natural, en los músicos, los artistas del sonido, predomina la imaginación auditiva, mientras que en los pintores predomina la imaginación visual. Como auditivos extraordinarios suele citarse a Mozart y a Beethoven. El primero ponía en música, después de sólo dos audiciones, el Miserere de Allegri de la Capilla Sixtina; el segundo, sordo, componía y se representaba interiormente enormes sinfonías.

En fin, quienes pertenecen al tipo motor o quinesésico, evocan de preferencia imágenes motrices y piensan con su ayuda. Para recordar una palabra, un poema, un discurso,

necesitan recordar las imágenes correspondientes a las sensaciones quinestésicas de que se acompaña la articulación de las palabras. Por eso, cuando desean retener una palabra o una frase, las pronuncian, a fin de dar una base de sensaciones motrices a su imaginación reproductora.

Se menciona también el tipo imaginativo táctil, siendo interesante observar que según lo indica James, la imaginación de un ciego sordo-mudo, como Laura Bridgman, no debe contener más que imágenes táctiles y musculares. En general puede afirmarse con el mismo psicólogo que "todos los ciegos deben pertenecer a los tipos táctil y motor".

Todas estas indicaciones confirman lo que ya hemos expresado, a saber : que las operaciones de la imaginación reproductora están condicionadas por la idiosincracia del sujeto, por sus disposiciones características, es decir, por factores que constituyen también resortes fundamentales de la invención.

7. La imaginación en el niño y en el hombre primitivo.

La imaginación de los niños funciona de modo preferente en el *juego*, actividad que consiste en conferir a los objetos, a las personas o a los actos una significación ficticia y en comportarse de acuerdo con esa significación de fantasía, sin que importe para la mente del niño la disparidad más o menos grande que pueda existir entre el objeto real de su percepción y el objeto imaginario que aquél representa. Así, una fila de piedras suele ser una fila de cañones o de elefantes o de automóviles. El niño mismo o sus com-

pañeros pueden ser piratas, soldados o emperadores. Un cierto movimiento de la mano acompañado de una vibración característica en los labios, es el vuelo de un aeroplano con el respectivo ruido del motor. Todo lo cual demuestra que la fantasía del niño tiene un extraordinario poder de transfiguración, la capacidad de suscitar sobre el mundo de la mera percepción, un nuevo reino de significaciones y de imágenes. Mundo que, como lo observa justificadamente Buytendijk, no excluye la norma, pero tiene como atributos esenciales la exuberancia, la lozanía primordial y feliz.

En el estado relativamente avanzado de su desarrollo, se abre para los niños el mágico palacio de los cuentos, de los relatos más o menos fantásticos, que el niño inventa a veces y, más a menudo escucha y repite imaginando con admirable vivacidad el escenario, los personajes y los actos. Así, el mundo de ficción del juego se completa y enriquece con el mundo de ficción de los cuentos y, de este modo, el alma del niño parece flotar en una atmósfera de libertad, de frescura y de gracia en medio a las limitaciones, apremios y dolores de la existencia.

En sus actividades y en sus juegos, el niño es imitativo, es decir, que trata de reproducir las actitudes, los gestos, las escenas que ve realizar a los adultos. Esa imitación desempeña en la vida mental de los niños un papel considerable, puesto que es la condición del aprendizaje que los capacita para el ejercicio de las actividades útiles; y si bien limita, no excluye la espontaneidad creadora de la imaginación infantil, desde que ella puede ejercitarse, y en efecto lo hace, insertando nuevas y vivientes imágenes en el cuadro dinámico de la acción imitada.

Pero acaso el rasgo más interesante de la imaginación infantil es su tendencia a animar o, más exactamente, a humanizar todos los objetos circundantes. El niño vive en sociedad espiritual con el mundo. Los animales, los árboles, los muebles tienen para él una alma y hasta un lenguaje. Por eso vive el niño con tanta facilidad y agrado en el ambiente de los cuentos, donde nada es todavía mecánico, inerte, sino que todo vive y manifiesta y comunica la vida.

Esta característica establece un indudable parentesco entre la mentalidad del niño y la del *hombre primitivo*. Este último, en efecto, y acaso en mayor medida que el niño, considera la naturaleza como un conjunto de potencias vivientes, a las que atribuye intenciones favorables u hostiles y con las cuales vive en íntimo y constante comercio. Su imaginación trabaja, pues, sobre la base de esta creencia fundamental, la misma que se muestra con particular evidencia en los mitos, de los que nos ocuparemos más adelante, y en numerosos símbolos y prácticas de la magia.

Modernas investigaciones etnológicas tienden a asignar a la mentalidad primitiva los caracteres de mística y pre-lógica. *Mística*, porque en todos los fenómenos y objetos siente la acción de potencias, de virtudes, de cualidades ocultas, y *prelógica* porque “ella no se ciñe ante todo como nuestro pensamiento al principio de la no contradicción” (Levy-Bruhl). Características que derivarían de una ley fundamental, determinante de todas las manifestaciones de la mentalidad “inferior” y que es a saber: la ley de participación, en cuya virtud las cosas y los seres no sólo se comunican entre sí, sino que participan los unos en los otros de tal suerte que no existe, como en la mente civilizada, una precisa delimitación de las esencias. Así los Bororos se creen

papagayos rojos, los Trumais, salvajes brasileiros, vecinos de los anteriores, se asimilan a animales acuáticos, y los Huichelos de México suelen identificar entre sí especies tan diferentes como el trigo, el ciervo, la planta hikulí y las plumas.

Como indicación de carácter general referente a la mentalidad primitiva, debe tenerse muy en cuenta la naturaleza eminentemente colectiva de sus representaciones imaginativas y, finalmente, es necesario añadir que las teorías relativas a su naturaleza y funcionamiento están todavía lejos de ser definitivas.

8. La fantasía en el adolescente.

La adolescencia es una edad en cuya vida anímica se da una mezcla de inseguridad y desenfado, de sosegada interiorización reflexiva e impetuosa salida de sí, de realismo y fantasía, de espíritu crítico y de exaltación idealista.

La vida afectiva del joven es, a la vez, anhelosa y nostálgica, y su fantasía corresponde a estas dos direcciones de la afectividad. En tanto que anhelosa, el alma del adolescente forja proyectos, planes, dibuja con formas encantadoras la imagen del futuro. En cuanto nostálgica el alma juvenil se complace en la visión de un pasado ilusorio, cuyos elementos le son proporcionados, por regla general, tanto por la literatura y los relatos históricos, como por las reminiscencias de la propia vida.

El despertar del amor favorece la eclosión del sentimiento poético. De una poesía ora entusiasta y confiada, ora melancólica y pesimista, pero que siempre transfigura la vida en términos de lejanía y de secreta maravilla.

Los inventos técnicos excitan con frecuencia la fantasía juvenil, unas veces despiertan la tendencia a la imitación práctica o al estudio teórico; otras veces dirigen la imaginación hacia formas en que se combinan la ciencia y los sueños, y en que la exactitud de los números y de las leyes naturales sirve a la incierta posibilidad de la aventura.

El alma juvenil despierta al mundo admirable de las esencias metafísicas, de los valores, de los objetos espirituales. Con eso el hombre puede comenzar a asimilar y comprender lo que hay de inteligible y sorprendente en el orden de la naturaleza, la historia y lo que está más allá de la creación y la cultura. Es en ese ejercicio superior donde los individuos de mentalidad profunda hallan ámbito favorable a sus vuelos en torno a los problemas y misterios de la realidad y la existencia, materia de todo filosofar.

CAPITULO XIV

LA INTELIGENCIA

Programa : 1. Definición. Carácter complejo.— 2. Operación en situaciones nuevas o frente a problemas.— 3. Su diferencia respecto de la memoria y de otras funciones.— 4. Medida del rendimiento intelectual; su importancia para la escuela.— 5. ¿Tienen inteligencia los animales? Experimentos ejemplares.

1. Definición. Carácter complejo.

Por inteligencia entendemos la capacidad que tiene el individuo de servirse del pensamiento en forma productiva, según la experiencia adquirida y conforme los requerimientos e incitaciones de cada situación. Decimos que es capacidad individual en el sentido que entraña aptitudes — a las cuales se puede reconocer gradación en diversas direcciones — que varían con los distintos sujetos. En efecto, la inteligencia ordena los actos del individuo frente a su mundo de acuerdo con sus múltiples posibilidades particulares en lo que respecta a la penetración de las significaciones, al grado de la abstracción, a la multiplicidad de los datos abarcables y al vigor de la síntesis de las ideas.

La inteligencia es capacidad de servirse del pensamiento en forma productiva, de manera análoga como la vo-

luntad gobierna las tendencias instintivas. El pensamiento es la materia que la inteligencia utiliza productivamente, esto es, de manera original y fructuosa. Esto no quiere decir que la actividad inteligente haya de ser siempre creadora de pensamientos originales. Es tan propio de la inteligencia alcanzar el sentido de una sentencia, apropiarse adecuadamente de un juicio o de la idea directriz de un discurso, incluso el mero asimilar con comprensión los conocimientos materia de la enseñanza, como concebir una hipótesis o un procedimiento singular. Las formas superiores de la inteligencia permiten comprender las ideas universales, formar conceptos abstractos, aprehender relaciones espirituales.

A diferencia del instinto, el intelecto opera definitivamente conforme la experiencia adquirida. Los planes o esquemas y la actitud singular con que se manifiesta la inteligencia ponen a contribución el saber y la ordenación de medios y fines individual e históricamente adquiridos. Por eso Romanes la definía como el poder de sacar partido de la experiencia. Es evidente que las direcciones eficaces de nuestra actividad pensante y los medios o instrumentos de acción espiritual, ambos despertados en nuestra disposición por la realidad natural y cultural, y ejercitados en el comercio con ella, sirven para enriquecer de recursos y dar forma a nuestra vida intelectual. Pero semejantes adquisiciones, por sí solas, no son siempre garantía de nuevas posibilidades de verdadera actividad intelectual. Obra la inteligencia sólo en la medida que utiliza el saber de modo activo, penetrante y constructivo. La mera evocación de experiencias previas o de nociones aprendidas no es un acto específicamente inteligente.

•

2. Operación en situaciones nuevas o frente a problemas.

La inteligencia se ejercita frente a situaciones nuevas y frente a problemas. En efecto, la actividad intelectual, esencialmente, es enfrentamiento con una resistencia que se vence o se mitiga; constituye rendimiento en forma de aclaración de algo dado en una situación, o en forma de reconocimiento de alguna o algunas relaciones o de la determinación de las consecuencias de un estado de cosas, sea para dar respuesta a una pregunta, sea para resolver un problema. Las formas superiores de la inteligencia no sirven únicamente para regular la propia conducta en las circunstancias, con la posibilidad de que disfrutemos de los bienes que nos ofrecen la naturaleza y la cultura, sino modificando las cosas y la existencia personal; nos sirven, pues, para preservar el propio ser y acrecentar su valor. Así, el mundo aparece como campo de asimilación y de exteriorización personal, y la inteligencia, en el perpetuo movimiento de su operación organizadora, realizando la diferenciación y el esclarecimiento de lo objetivo y lo subjetivo, contribuye a elevarnos por encima de lo casual. Según esto, sería empobrecer la entidad de la inteligencia el querer limitarla a una función reactiva frente a las circunstancias biológicas y sociales, así como explicarla como mero dinamismo utilitario, sin que marque un avance hacia la aprehensión de algo esencial. "La naturaleza de la inteligencia — escribe Delacroix — es inexplicable por el medio ambiente: a pesar de todas las formas del empirismo, el espíritu tiene su estructura propia, que no resulta de la impresión del medio. La inteligencia es un hecho primario. La inteligencia es adap-

tación, poder de adaptarse al medio porque es inteligencia, es decir, porque es capaz de entender y de inventar : por la ampliación y la construcción del medio mucho más que por la presión del medio... Es el arquitecto de otro mundo, del mundo del espíritu... es la vida en su emergencia, en su poder creador de un mundo mental. Es menester afirmar la independencia y la autonomía de la inteligencia, su autoridad”.

3. Diferencia de la capacidad intelectual respecto de la memoria y de otras funciones.

El desarrollo y el ejercicio de la inteligencia requieren una serie de condiciones, que a menudo se confunden con la inteligencia misma. Se pueden separar en dos grupos : condiciones instrumentales y condiciones promotoras. Las instrumentales son la actividad sensorial, la memoria, la resistencia a la fatiga, la habilidad psicomotriz, la habilidad verbal y la prontitud de las asociaciones. Deficiencias anatómicas de los órganos de los sentidos y de la agudeza sensorial pueden influir desfavorablemente sobre el desarrollo de la inteligencia; pero no existe una verdadera correlación entre ambos órdenes de fenómenos, como lo demuestra el rendimiento de los ciegos y sordos de nacimiento cuando son convenientemente educados. La memoria, como los sentidos, proporciona datos al ejercicio de la inteligencia; una buena memoria facilita el trabajo de ésta, mas no la hace cualitativamente mejor. En efecto, hay sujetos con memoria prodigiosa e inteligencia exigua. Sin embargo, para ciertas clases de talento es esencial una elevada capacidad de fijación y evocación. Otro tanto puede decirse en lo que

atañe a la prontitud de las asociaciones y a la habilidad verbal, las cuales, sobre todo la última, tienen una relación con la inteligencia mayor que la memoria. La capacidad verbal y el pensamiento se influyen mutuamente — no se confunden ni se sustituyen. La palabra es esencial para la expresión de la inteligencia pero ésta no cesa a pesar de la invalidez de aquélla, según se observa en ciertas lesiones del cerebro, que impiden o dificultan la expresión verbal. La resistencia a la fatiga tiene relación con la cantidad del trabajo intelectual, no propiamente con su calidad, salvo circunstancias especiales. La habilidad psicomotriz guarda alguna afinidad con la inteligencia infantil. Sin embargo, no se puede hablar de una dependencia forzosa de parte de la inteligencia; por el contrario, la perfección del juego del aparato locomotor requiere la diferenciación de la mentalidad.

4. Medida del rendimiento intelectual; su importancia para la escuela.

Toda medida presupone la posibilidad de limitar lo que se mide y una medida, con divisiones y grados, a la que corresponda una unidad siempre y por doquier idéntica. Esto en realidad no cabe en el dominio de lo psíquico: los fenómenos mentales pueden compararse sin absoluta precisión, nunca son susceptibles de mensura con escalas numéricas. Lo que se mide en realidad es el rendimiento, los resultados objetivos.

Los sistemas de pruebas para la medida de la capacidad intelectual están constituídos por series de preguntas y problemas debidamente graduados, en correspondencia con las

aptitudes del sujeto normal en cada edad, mientras dura el desarrollo. Las pruebas deben ser interesantes, de fácil y rápida aplicación, nuevas para el sujeto, con el mínimo de aparato y de requisitos materiales y, sobre todo, bien fundadas o valoradas en una serie considerable de personas. La naturaleza de estas pruebas o reactivos, como también se les llama, varía según que se quiera apreciar la edad mental, la aptitud escolar, talentos especiales, o hacer una selección, o condicionar una orientación profesional o de otro género. El resultado de la exploración del rendimiento intelectual, dentro de lo posible, se requiere que sea formulado en cifras, de suerte que los resultados se presten tanto a ser ordenados por grados cuanto a ser comparados. El ideal es que el sujeto a quien se aplican se halle bien dispuesto para el experimento, de suerte que colabore con empeño y naturalidad.

El contenido de las pruebas consiste en descripciones, enumeraciones, definiciones, diferencias y analogías, abstracciones y generalizaciones, problemas de distribución de objetos, problemas de cálculo, formación de frases, integración de textos descabalados, interpretación de figuras, de refranes, comprensión y síntesis de pensamientos etc.

A continuación consignamos algunos ejemplos de pruebas en que el sujeto a quien se aplican tiene poco o nada que escribir, bastando en la mayoría de ellas sólo que subraye la palabra correspondiente a la solución del problema que considere correcta, entre tres o cuatro respuestas posibles : 1º de analogía : "negro es a blanco como grande es a pesado, brillante, pequeño, hombre"; 2º de sinónimos y antónimos : "malo es lo mismo o casi lo mismo que bello, fino, brillante, odioso"; 3º de sentencias en desorden : "bueno

cómer es madera : verdadera, falsa; dinero hombres trabajan conseguir por : verdadera, falsa"; 4º de clasificación : "subrayar la palabra que es de diferente categoría que las otras : silla, mesa, trigo, felpudo, cortina"; 5º de series de números : "elegir los dos números que continúan las series siguientes : 1, 3, 5, 7, 9... 10, 11, 12, 13, 14"; 6º de inferencia : "Juan es más rubio que Pedro, pero no tanto como Pablo. ¿Cuál es el más rubio? Juan, Pedro Pablo"; 7º de interpretación de proverbios : "¿Qué quiere decir : en casa del herrero cuchillo de palo? Que los herreros ponen cabos de madera a los cuchillos. Que lo que más directamente nos corresponde hacer lo olvidamos. Que en las casas de los herreros pueden faltar cuchillos de hierro".

La aplicación de las medidas del rendimiento intelectual tiene importancia en la escuela. En primer lugar, para conocer las disposiciones naturales de cada niño en lo que respecta al grado de desarrollo intelectual con relación a su edad. En segundo lugar, sirve para apreciar el grado de aprovechamiento con un régimen de enseñanza determinado. Por último, sirve para obtener indicios acerca de las aptitudes especiales de los escolares en lo que atañe a los oficios y a ciertas ocupaciones técnicas. De modo que con la aplicación de sistemas de pruebas bien estudiados, llevada a cabo por personas peritas en la materia, se puede seleccionar a los escolares para que formen grupos del mismo grado de aptitud intelectual; para estimular la aplicación de los escolares y seleccionar los métodos de enseñanza más ventajosos; y para orientar las vocaciones en el campo del trabajo. También son útiles estos reactivos, para estimular el ingenio y la habilidad de los educandos, si son aplicados con frecuencia y con variedad del contenido.

5. ¿Tienen inteligencia los animales? Experimentos ejemplares.

La cuestión de si los animales dan muestras de inteligencia, no se puede contestar sin precisar qué se entiende por pensamiento. Si por pensamiento entendemos la actividad mental que elabora y organiza los datos de la experiencia conforme a un orden de posibilidades y estructuras espirituales, entonces no se puede reconocer inteligencia sino al hombre. Pero si se considera que es también pensamiento la asociación de representaciones capaz de producir síntesis originales por influjo de tendencias determinantes de índole instintiva, en tal caso sí es legítimo considerar que los animales muestran inteligencia. Aceptando este último criterio, cabe afirmar que en los animales, especialmente en los superiores, ciertas manifestaciones de su actividad no son concebibles sin que la inteligencia colabore con el instinto.

Un ejemplo demostrativo de esto es el que ofrece Ferton con sus experimentos sobre la actividad de la abeja *Osmia rufobirra*. Empeñado el insecto en la tarea de clausurar la abertura de la concha en que establece su panal, se ve obligado a hacer frecuentes viajes en busca del material necesario a su trabajo. Aprovechándose de estas ausencias, Ferton cambia tres veces de sitio la concha. La abeja primero ocurre al punto de estacionamiento original y recorre uno por uno los otros hasta llegar al último. En seguida pasa por alto uno, el segundo, y después prescinde del originario, volando sin vacilación del tercero al cuarto.

En materia de dispositivos para evidenciar la inteligencia de los animales superiores, el aplicado por McDougall a su perro, no adiestrado en la resolución de problemas me-

canicos, es de valor ejemplar, pues va poniendo a prueba diversas actividades con la debida gradación. Se trata de una sólida caja de madera en la cual, la tapa, con sus respectivas charnelas, se abre presionando una palanca que sobresale varios centímetros por el lado fijo, el posterior. El perro, que ve previamente el contenido apetecible de la caja —galletas—, en un comienzo la abre levantando con la nariz el borde de la tapa. Al serle imposible esta maniobra por introducirse el borde libre de la tapa en el interior de la caja, logra su objeto empujando con la nariz la parte frontal de la caja hasta voltearla. Impedido también este procedimiento por presión con el pie de los rebordes de la base, después de tentativas frustráneas, ensaya otro modo de conseguir las galletas : en pocos minutos acierta a presionar con una mano la palanca de la tapa y corre hacia la parte anterior de la caja. Mas como con este desplazamiento del animal la tapa ha caído de nuevo, torna a oprimir la palanca y logra esta vez su objeto introduciendo la punta de su nariz bajo la tapa antes de dejar de oprimir la palanca con la mano. Así se apodera de la codiciada golosina. Repitiendo la experiencia, alcanza cada vez mayor pericia en estos actos.

Empero, en esta materia, gracias a los estudios de Wolfgang Köhler, tenemos preciosas verificaciones hábilmente condicionadas. Pone a chimpancés ante situaciones de progresiva complejidad, cuyos problemas no pueden ser solucionados satisfactoriamente sino siguiendo en los procedimientos vías de acción indirecta; así logra exhibir nítidamente en los monos disposiciones intelectuales y hasta verdaderas invenciones. No siéndonos aquí posible presentar la serie de experiencias sucesivas, nos contentaremos con resu-

mir algunos de los casos más convincentes. Estando el animal hambriento, tiene a la vista, fuera de su jaula, alimento provocador; pero no está a su alcance, como tampoco lo está un palo largo con el cual se lo podría procurar; mas logra aproximar y coger este palo valiéndose de otro pequeño que tiene a la mano. En efecto, agarra el palo menor, lo esgrime diestramente para aproximar (y empuñar después) el mayor, con el que, a su vez, atrae la fruta codiciada. Es de advertir que las tres cosas ocupan lugares muy diferentes al iniciarse la experiencia.

Otro problema soluble para la mentalidad de un chimpancé es el siguiente : cerca de la jaula, pero no lo suficiente para que alcance el animal, hay fruta en un cajón que carece de tapa. El animal más hábil, no sin tanteos y vacilaciones, procede de este modo : con un palo en la mano, empuja, *alejando de sí*, la fruta hasta sacarla del cajón, entonces la desvía a un lado, y por último la atrae, hasta ponerla al alcance de su mano.

Más demostrativa, si cabe — aun con la ayuda de la casualidad, que parece intervenir — es otra solución llevada a cabo por el más dotado de los chimpancés de la colonia. Se trata también, como en el primero de los casos mencionados, de dos instrumentos utilizables para el mismo fin que los palos; en este caso, dos cañas, ambas alcanzables, pero ninguna aisladamente permite aproximar la fruta a la jaula. Enchufada la extremidad de una en la extremidad de la otra, sí servirían para el caso. Después de largos y fracasados empeños, logra el chimpancé poner en línea y en contacto una de las cañas con la otra y toca la fruta con la extremidad distal de este complejo. Esta comunicación, sin embargo, no basta para lograr la posesión del alimento de-

seado. Ante el fracaso, parece como que se desanimara de un nuevo intento, mas no abandona las cañas : coge ambas y, al parecer, jugando con ellas, tiene una en cada mano y las pone, o se ponen ellas por casualidad, en una línea, y entonces enchufa la extremidad de la más delgada en el hueco de la otra. ¡Eureka! Con el instrumento anhelado, se avalanza a la reja y trata de atrapar un plátano. Por la premura o la vehemencia — ¡quién sabe! — se desintegra el instrumento en sus dos partes originarias, lo que no desarma al chimpancé, quien, dueño ya de la clave del asunto, sin tropiezos, une de nuevo las cañas y logra su objetivo : atrae uno tras otro, en sucesivas maniobras, los diversos frutos, y sin comer todavía éstos acapara otros objetos que en apariencia carecen de utilidad para él.,

El uso de un objeto con un segundo fin, no es exclusivo de la inteligencia superior de los antropoides. Existe en los otros vertebrados y en los invertebrados, particularmente en los insectos. En las abejas, por ejemplo, se ha podido verificar, por los Peckham, el hecho de servirse de un objeto duro, apropiadamente manejado con las mandíbulas, para aplanar un terreno que ordinariamente es aplanado con los órganos naturales. Por otra parte, en los mamíferos, se ha observado a un elefante que, molesto con las moscas y no alcanzándolas con sus medios naturales, y teniendo a su disposición plantas verdes con tallos que pueden servir para satisfacer la necesidad actual, se dirige a ellas, escoge la precisamente apropiada y con su trompa le quita todas las ramas laterales, dejando, sí, las de la extremidad apical. “En seguida, pule de nuevo mejor la parte inferior, consagrándose a lo tarea varias veces, después de lo cual coge y rompe el tallo en el punto más bajo, obteniendo así un magní-

‘fisco abanico de cinco pies de largo aproximadamente, con el cual espanta las moscas tanto de un costado como del otro’. (Romanes).

En las investigaciones de Köhler se pone de manifiesto la inteligencia, no sólo al aprovecharse de objetos como instrumentos para lograr lo directamente inalcanzable, sino también como capacidad de remover obstáculos. Así, poniendo un objeto apetecible fuera de la jaula, que se pueda alcanzar sin mayores dificultades con un palo, siempre que, en la jaula, frente al objeto no se encontrara un pesado cajón, sin cuyo desplazamiento no cabe conseguir lo deseado. El chimpancé, aunque con dificultad, suele resolver el problema removiendo el obstáculo, cuya operación es mucho más alejada de sus modalidades habituales de conducta que el uso directo de instrumentos.

En conclusión, los animales son capaces de actos inteligentes en situaciones concretas y prácticas. Saben sacar partido utilitario de la experiencia adquirida, conforme a los requerimientos e incitaciones del momento, mostrando cierto grado de previsión e inventiva. Pero no se puede afirmar que den pruebas de razonamiento abstracto ni de que puedan guiar su conducta por principios generales. En todo caso, la inteligencia superior, dirigida por esencias y valores espirituales, es privilegio del hombre.

CAPITULO XV

LA PERSONALIDAD Y EL CARACTER

Programa : 1. Concepto de personalidad.— 2. El carácter como manifestación de la personalidad.— 3. La estructura del carácter.— 4. Influencia de las disposiciones hereditarias en la constitución del carácter.— 5. Influencia del medio y de la educación.— 6. Influencia de la propia voluntad.— 7. El dominio de sí.— 8. El carácter se modifica con la edad y la experiencia.— 9. Importancia de la dirección adquirida en la adolescencia.— 10. Los caracteres se clasifican desde muy diversos puntos de vista.— 11. Ejemplo de una clasificación sencilla y práctica.

1. Concepto de personalidad.

Podemos definir la personalidad, de modo aproximativo, como el fondo estructural perenne y propio de la vida anímica individual, particularmente en relación con las tendencias, los sentimientos, la voluntad y la valoración, experimentados como inseparables del yo.

La personalidad se configura en cada individuo, de acuerdo con sus disposiciones y datos congénitos y en relación con el ambiente, el humano en particular, cuyas influencias se designan con el nombre de educación, en sentido amplio. Las tendencias vitales ofrecen el material y las direcciones

iniciales a la plástica del ser anímico; el modo como se satisfacen o frustran los deseos que a ellas corresponden, representa el condicionamiento externo de la formación personal. En esto desempeñan papel capital las demás personas, en particular los miembros de la familia, pues tempranamente se definen los rasgos de la personalidad, por lo menos en lo principal. El niño antes de tener lo que en lenguaje familiar se llama el uso de razón, ya ha adquirido, en las condiciones normales y en el mayor número de los casos, los rudimentos de su modo de ser. Con la crisis de la pubertad tiene lugar una desdiferenciación de los rasgos, tras la que sobreviene una nueva ordenación intestinal, generalmente definitiva. Es entonces cuando el sujeto se incorpora plenamente en el mundo de los valores y su forma de existencia se hace inseparable de las objetivaciones y normas del espíritu, sea encarnándolas en su conducta y en su vida, sea desviándose de ellas con una manera de ser irregular e improductiva, ciega para los valores e incapaz de realizarlos.

El psicoanálisis y la "psicología individual" de Alfred Adler han enriquecido notablemente nuestro conocimiento de la significación del hogar y la primera educación, en especial la influencia del modo de ser de los padres para el destino de la personalidad en formación. Acerca de la contribución del psicoanálisis ya hemos dado una idea de lo principal. Según Adler, en los cuatro o cinco primeros años se constituye el *estilo de vida* particular de cada sujeto. Esta es una etapa en que, por sus mismas condiciones biológicas, el individuo es propenso a experimentar un *sentimiento de inferioridad*, que puede ser motivado por defectos corporales o por imperfecciones morales, verdaderos

o ficticios. De este sentimiento, que suele manifestarse después como una actitud de inseguridad o insuficiencia personal, surge, por la ley de la compensación propia de todo lo animado, una tendencia psicológica, o *protesta viril*, que precisa una meta de afirmación del poder personal. Esta tendencia persevera a modo de línea directriz de la vida privada, que orienta la acción del niño y ofrece incentivos a su actividad imaginativa; fórmase así la personalidad en vista de fines ambiciosos que, según las dotes y circunstancias de cada individuo, se manifestará en forma valiosa, y por ende de acuerdo con la realidad y la cultura, o en forma no valiosa y fantástica. En el segundo caso tenemos los amorales, asociales, despechados, resentidos, mogollones, parásitos y en general los anormales del carácter, que se cuentan en proporción notable entre aquellos sujetos predispuestos por la herencia que no han tenido modelos familiares adecuados para la formación de una personalidad equilibrada: los niños abandonados, los huérfanos, los hijos ilegítimos, los únicos, los muy mimados o muy maltratados etc. (No hemos de entrar en mayores detalles, aunque sería provechoso presentar la serie de situaciones típicas de la constelación de personas que contribuye a la deformación del carácter: eso queda para la psicología del "romance familiar", tema propio de la higiene mental). Estos casos representan las variaciones extremas y desorbitadas en que falla la integración por incongruencia entre los medios educativos y los fines que se propone el sujeto. Se comprende que entre la desviación máxima y la coincidencia perfecta del desarrollo personal con el modelo ideal existan todos los matices intermedios.

2. El carácter como manifestación de la personalidad.

Definimos el carácter como el fuste de las manifestaciones de la personalidad. Esto implica que es relativamente más configurado, unitario y comprensible que la personalidad: si figuradamente consideramos ésta como un panorama de posibilidades del alma individual, sobre todo de la vida afectiva y activa, el carácter nos aparecerá como el relieve más o menos constante de este panorama, o sea como el sello particular y distintivo de la acción realizada y de la acción probable en contacto con el mundo y en relación con lo íntimo del propio ser. Inagotable como la personalidad, el carácter se puede estudiar desde los más diferentes puntos de vista. El ideal para el psicólogo sería compendiarlos todos en proposiciones de alcance general, sin prevalencia ni eclipse de uno solo. Pero la misma riqueza de aspectos y la variedad infinita de modalidades del carácter, así como su naturaleza irracional, hacen imposible lograr más justeza y plenitud que las inherentes a esquemas mutiladores de la manera de ser individual o pálidas imágenes de la fisonomía de la vida humana en su expresión proteica.

3. La estructura del carácter.

El estudio meramente analítico del carácter, que se refiere a aspectos aislados del mismo, es insuficiente. Por ello para penetrar más hondamente en su organización, precisa estudiar sus *propiedades estructurales*, las mismas que, siguiendo a Klages, pueden enumerarse así: 1º la excitabili-

dad personal de los sentimientos, o afectividad; 2º la excitabilidad personal de la voluntad, o temperamento y, 3º la facultad personal de exteriorización, o natural.

1º Para conocer las particularidades personales respecto de la *afectividad* es necesario atender a las condiciones de la aparición de los sentimientos. En unos sujetos nacen estos con mayor o menor facilidad, en otros con dificultad más o menos grande. Esto quiere decir que la excitabilidad de los sentimientos corresponde a una constante personal y que los caracteres, por lo que respecta a la afectividad en sus grados extremos, se distinguen en muy fácilmente excitables y muy difícilmente excitables (carácter nervioso y carácter melancólico). La constante personal de tal excitabilidad no es, sin embargo, una cualidad simple : se puede ser de sentimientos excitables por tener el alma *abierta* (sensible, delicada, impresionable) o por tenerla *perturbable* (agitada, inquieta, irritable etc.); asimismo, se puede ser difícilmente excitable tanto por ser de afectividad *templada* (calmada, armoniosa, contemplativa) como por ser de naturaleza *apática* (insensible, obtusa). Esto nos obliga a considerar la excitabilidad como una cualidad polar, dependiente tanto de la intensidad de una fuerza como de la debilidad de su antagonista. Si llamamos *profundidad* la gravedad con que se deja influir la afectividad, y *vivacidad* la facilidad con que se desencadenan los sentimientos, tendremos la constante personal que aquí nos interesa reducida a una fórmula de apariencia matemática : la excitabilidad de los sentimientos, según la disposición personal, está en razón directa de su vivacidad y en razón inversa de su profundidad. La competencia del psicólogo se manifiesta sabien-

do distinguir el alma abierta de la perturbable, y la templada de la apática.

2º La constante personal de la excitabilidad de la voluntad (que no se debe confundir con la fuerza de la voluntad, de la que no nos ocupamos aquí) o sea el *temperamento*, en el sentido que le da Klages, se basa en la oposición de dos cualidades : la rapidez y la lentitud. Los casos extremos de predominio de una u otra constituyen, respectivamente, el temperamento *sanguíneo* y el temperamento *flemático*. Aquí también es menester distinguir una polaridad de tendencias : de *impulsión*, que mueve hacia el objeto, y de *resistencia*, que reprime o deja en estado potencial el movimiento hacia la posesión del objeto. La reunión de ambas constituye el deseo, el apetito etc. La volición transforma el sentimiento de impulsión en fuerza viva de decisiones y actos, lo cual no es concebible sin que domine, aunque sea fugazmente, la impulsión a la resistencia. Hay sentimientos de gran impulsividad, como la alegría, la cólera etc., y otros que la tienen exigua, como la tristeza, la desconfianza etc., lo que nos es dable apreciar por su diferente poder de excitar la voluntad. De ahí que el temperamento sanguíneo esté generalmente asociado a sentimientos de la primera clase y el flemático a los de la segunda. Así se llega a poder formular la constante personal del temperamento : la excitabilidad personal de la voluntad está en razón directa de la fuerza de impulsión y en razón inversa de la resistencia. La impulsión se puede transformar fácilmente en decisión o acción (o ilusión de realizarse lo deseado) tanto por su propia fuerza cuanto por mengua de su antagonista, la resistencia. Así tendremos los sujetos que van con *facilidad* hacia sus fines y los que marchan hacia

ellos con *dificultad*. Entre estos extremos de predominio del impulso (voluntad fácilmente excitable) y de preponderancia de la resistencia (voluntad difícilmente excitable) hay todos los grados intermediarios.

“Entre las ventajas de una extrema facilidad en la excitabilidad de la voluntad se notan las siguientes : el buen humor, la iniciativa, la movilidad, la falta de preocupaciones, el pensamiento especulativo; entre sus peligros o debilidades tenemos : la distracción, la incoherencia, el olvido, la inatención, la superficialidad. Por el contrario, las ventajas de una dificultad extrema en la excitabilidad de la voluntad son : la constancia, el sentido de los hechos, la profundidad, la solidez, la resistencia, lo concienzudo; sus desventajas y debilidades son : la pesadumbre, la desmaña, el humor recalcitrante, la indecisión, la obstinación” (Klages).

3º *El natural o facultad personal de exteriorización* es la constante relativa a la expresión o sea a las manifestaciones visibles de los cambios que tienen lugar en el organismo de consuno con los anímicos. Esta facultad está condicionada por la relación de dos disposiciones : la *excitación* por una parte y, por otra, la *resistencia* opuesta a la exteriorización. La facultad de exteriorización se mostrará, según la diversa disposición de las personas, en razón directa de la excitación y en razón inversa de la resistencia : mayor exteriorización tanto por la fuerza de la excitación cuanto por la debilidad de la resistencia; menor exteriorización por exigüidad de excitación o por exceso de resistencia. “La cólera tiene sin duda sus «signos», tanto más marcados y precisos cuanto más violenta es; pero si comparamos entre sí varias personas, se verá al instante que a intensidades supuestas iguales pueden corresponder expresiones de una

intensidad muy diferente. En tanto que ciertas naturalezas manifiestan un alto grado de exteriorización cuando no son excitadas sino débilmente, hay otras en quienes emociones efectivamente violentas no se revelan sino por síntomas muy débiles, casi imperceptibles. Mas no se trata aquí de exageración, de disimulo o de dominio consciente de sí. A nadie le gusta dejar ver su miedo : a casi todos el amor. Sin embargo, una persona de la primera especie parecerá más temerosa, y una persona de la segunda parecerá menos amante de lo que es en realidad, aunque cada una trate de parecer lo contrario” (Klages).

Apenas es necesario agregar que las diversas combinaciones posibles de afectividad, temperamento y natural, y sus grados en las personas, contribuyen ora a acentuar ciertos rasgos o lineamientos, ora a inhibirlos. Así, si a una grande excitabilidad de los sentimientos y de la voluntad se une intensa facultad expresiva, tendremos un caso extremo de carácter expansivo. Por el contrario, si se dan juntas una voluntad fácilmente excitable con una afectividad difícilmente excitable y una facultad de exteriorización reducida, apenas si se mostrará la movilidad del temperamento.

4. Influencia de las disposiciones hereditarias en la constitución del carácter.

La estructura del carácter es, por decirlo así, el sistema de constantes dinámicas de la vida anímica personal. Un conocimiento completo del carácter requiere considerar la composición y las direcciones de lo que figuradamente se puede llamar contenido o substancia en movimiento : las cualidades y los móviles. Esto no es en buena cuenta sino

lo que hay de diferente en cada individuo en materia de instintos, emociones, inclinaciones y pasiones, voluntad etc., asuntos considerados en otros capítulos de esta obra.

Aquí trataremos del proceso plástico del carácter, de las condiciones de que depende su formación, sin repetir lo ya dicho al respecto a propósito de la personalidad. Aunque no es posible una delimitación perfecta entre los diversos factores que contribuyen a este fin, consideraremos por necesidad de división didáctica : 1º la influencia hereditaria; 2º la influencia del medio, y 3º la influencia del propio yo.

La investigación demuestra que el patrimonio biológico desempeña un papel innegable como origen de posibilidades y limitaciones en la formación del carácter, incluso, por tanto, respecto de la susceptibilidad de ser influido por el ambiente. Pero no es absoluto y fatal su influjo sino en caso de desviaciones extremas. Así, los hermanos gemelos univitelinos, es decir, con idéntico patrimonio biológico, tienen en la mayoría de los casos el mismo destino en materia de criminalidad grave o de anomalías mentales, aunque desde pequeños se hallen en ambiente y condiciones muy semejantes. Sin embargo, en algunos casos esto no sucede — aunque siempre haya semejanza en lo demás — y en los que sí tiene lugar, la forma y el grado de la anomalía del carácter no es del todo igual. Nótese bien que nos referimos a las desviaciones extremas, fuertes y anormales casi como las anomalías corporales hereditarias. Para el carácter normal, la influencia de la transmisión germinal, aunque siempre importante no es exclusiva. Puede admitirse teóricamente que hay una constitución psíquica hereditaria que obraría como determinación preponderante (no exclusiva ni

general) en las disposiciones, de menor rigor en la formación de los rasgos y menor aún en la configuración de los lineamientos del carácter. Por otra parte, la influencia de la constitución hereditaria no se limita a los rudimentos y primeras manifestaciones del carácter, sino que alcanza también a las modificaciones más tardías del modo de ser personal. Es verdad que, en principio y en la práctica, es muy difícil — sino imposible — distinguir cuándo y hasta qué punto se trata de un proceso formativo por desenvolvimiento de gérmenes hereditarios, latentes hasta entonces, y cuándo y en qué grado, de una adquisición de otro origen (aunque dependa siempre, más o menos remotamente, de condiciones innatas).

La organización del carácter no es, pues, concebible con sólo la herencia. Se requiere la adquisición de experiencia individual, el contacto con los objetos, con el mundo, para que la constitución potencial se convierta en verdadero carácter. En rigor, puede decirse que aun en el caso de herencias fatales, sólo *indirectamente* sirve la predisposición congénita para la forma definida del carácter. En efecto, sin la influencia del ambiente no es imaginable la actualización de los rasgos, lineamientos y fuste total del carácter. Es cierto que con cualquier medio ambiente — siempre con uno — se manifestará una serie de disposiciones y rasgos, pero muchos otros permanecerán durante toda la vida del sujeto como meras virtualidades ignoradas, tal como sucede con los factores recesivos de la herencia mendeliana. Por eso se pueden dividir las disposiciones y rasgos en primarios o *espontáneos* y secundarios o *reactivos*.

5. Influencia del medio y de la educación.

El individuo humano está sujeto desde la cuna a la repercusión del ambiente natural y cultural, que no sólo ofrece objetos y estímulos a las tendencias, sino que también suscita la emergencia de tendencias, entusiasmos, intereses, valoraciones etc., defensivos o represivos respecto de otras tendencias, entusiasmos, intereses, valoraciones etc. El robustecimiento o la canalización, como se dice, de tales fuerzas anímicas, gracias a la repetición, la intensidad, la convergencia, el conflicto, el énfasis espiritual etc., constituye gradualmente lo que se puede designar como las fibras de resistencia y los pliegues de la personalidad en acción. Como es sabido, el sujeto, sin quererlo y sin saberlo, trata de identificarse con las personas de su comercio, incorporando en su propio modo de ser, cualidades del carácter de tales personas de su ambiente, en la infancia del familiar, después, del escolar, social, profesional etc. A esto se agrega la propensión subconsciente o consciente que ejercita la actividad y la producción del sujeto en el sentido de reprimir y de compensar lo ingrato o defectuoso, y de sublimar los impulsos innobles — propensión que a su vez, originariamente, no es sino la interiorización o *introyección* del proceso de educación realizado en la niñez por las personas mayores.

Se comprende que este complicado juego de fuerzas en que colabora la actividad subconsciente no cese sino con el fin de la vida del sujeto, pues como ella, el carácter jamás puede considerarse definitivo: es una tela en labor, cuya urdimbre de disposiciones recibe siempre la trama de nuevas influencias del vivir en el mundo.

6. Influencia de la propia voluntad.

Se ha llamado *etología* la disciplina que estudia el carácter y sus formas, y se ha definido el carácter como la causa final de la vida personal de los hombres. Esto se debe a que el carácter se constituye, en lo que tiene de más diferenciado, personal y elevado, gracias a las fuerzas morales y a la autonomía del sujeto. El influjo de lo innato y del ambiente, así como de lo pasado, lo presente y lo porvenir — el cual no tiene menor repercusión en los móviles del carácter — contribuye a dar fisonomía y consistencia a la conducta, inclinando el albedrío, sin forzarlo : pero es el yo libre, el hombre dotado de voluntad e iniciativa quien se *autodetermina* en el camino condicionado de su existencia, no sólo configurando su actuación y desplegando sus posibilidades, sino denegando satisfacción a sus proclividades y vencién dose a sí propio a fin de realizar valores en el comportamiento y la producción, conforme tanto a las exigencias superpersonales como a las más genuinamente individuales del espíritu. Así, el hombre libre, el hombre moral, el enamorado de los altos arquetipos, hace de sí mismo su obra, transfigura su ser incorporando en él sentido eterno, aunque sea sin proponerse más que superar las propensiones o la inercia de la naturaleza animal y ampliar el propio horizonte, actuando conforme a incentivos de vida humana auténtica y de superior realidad. Tal es el sentido del apotegma de Heráclito : “el *ethos* es el destino del hombre” y de la máxima de Chamfort : “quien no tiene carácter no es un hombre : es una cosa”.

7. El dominio de sí.

Por encima de los impulsos instintivos y de las tendencias afectivas, existe en el hombre el poder de refrenar esos impulsos y tendencias o de dirigirlos poniéndolos al servicio de fines y propósitos autónomos del espíritu. Es el dominio de sí, que, por lo general, se ejercita como poder de contención, de resistencia, pero que también constituye un factor positivo de gran importancia en cuanto dirige y decide sobreponiéndose a las circunstancias. El dominio de sí es condición esencial para el logro de finalidades que por la dificultad de su obtención exigen perseverancia y disciplina interior. El dominio de sí es necesario en las situaciones de responsabilidad y de peligro, por todo lo cual la educación debe fortalecerlo y desarrollarlo.

8. El carácter se modifica con la edad y la experiencia.

La edad y la experiencia modifican el carácter. La edad, excluyendo naturalmente la debilidad senil, fortifica por lo general el dominio de sí, las cualidades anímicas de serenidad, ponderación, equilibrio. La madurez impone a la vida un sello definitivo, y al conferir a las adquisiciones y contenidos del mundo anímico algo así como su forma final y perfecta, representa para el carácter un plano de culminación en que todo el caudal de la experiencia y de la vida es integrado en una armonía superior.

La edad es una etapa biológica y, como tal, es en sentido estricto independiente de la experiencia propiamente dicha. Pero es evidente que la experiencia colabora con la edad en

la evolución del carácter. La ancianidad no solamente es ancianidad porque el hombre ha vivido muchos años, sino porque esos años han depositado en su alma un número inmenso de visiones, de impresiones y de recuerdos que, en su conjunto y en cuanto contenido incorporado a la dinámica de la vida personal, es la experiencia. La misma que a veces da seguridad y confianza, otras hace al hombre cauto y prudente pero que siempre constituye un acervo disponible cuya profundidad y riqueza no es nunca indiferente para el comportamiento y aun para el íntimo sentimiento de la vida.

9. Importancia de la dirección adquirida en la adolescencia.

Como es sabido, la adolescencia es una edad de preparación, en la que, al mismo tiempo que la vida anímica se interioriza, aparecen en el ámbito de la conciencia las varias formas ideales o imaginativas de que se revisten las posibilidades del futuro. Edad inquieta, insegura y, a la vez, propensa al entusiasmo, a la devoción, al culto fervoroso de los altos valores de las figuras ejemplares de la actualidad o de la historia, la adolescencia tiene una cierta plasticidad susceptible de ser informada y formada, de modo decisivo, para lo venidero.

En la adolescencia todo es virtual, nada está totalmente configurado; es una edad de receptividad profunda y de gran intensidad de reacción. Modos de ser que confieren a las experiencias espirituales una inmensa significación para

la formación del carácter. De ahí la importancia del ambiente familiar y social que rodea al adolescente.

10. Los caracteres se clasifican desde muy diversos puntos de vista.

La *tipología psicológica* es una disciplina que trata de establecer puntos de vista basados en correlaciones y diferencias relevantes de los modos de manifestarse el alma humana, propios para clasificar a los individuos. Los tipos corresponden ora al predominio de tal o cual humor fisiológico o instinto, ora al relieve de determinadas actitudes o aptitudes principales o en la correlación de "funciones" o "elementos" psicológicos; los hay también referidos sea a la valoración, sea a la actitud filosófica frente a la vida. El caso particular es, por decirlo así, medido con el tipo ideal. Ninguna tipología agota la diversidad humana, y muchos individuos son inclasificables en la mayor parte de los sistemas. Hay también tipologías del carácter que se basan en particularidades heterogéneas a aquellas propias de la nomenclatura psicológica : raza, sexo, edad, profesión etc.

11. Ejemplo de una clasificación sencilla y práctica.

Como ejemplo de clasificación sencilla y práctica, puede presentarse la tipología clásica de los cuatro temperamentos, sanguíneo, melancólico, colérico y flemático, que tiene una larga historia iniciada con las teorías de Hipócrates acerca de los humores fundamentales del cuerpo humano.

El tipo de temperamento *sanguíneo* se caracteriza principalmente por la propensión a la alegría y por la fácil ex-

citabilidad de los sentimientos, los cuales pueden ser vivos pero no son profundos ni durables.

El *melancólico* es propenso al sufrimiento y a la pasividad. Toma las cosas con gravedad, siente y capta preferentemente el aspecto opresivo de la existencia y propende a la mesura, a la exactitud y a las tareas de largo aliento.

El *colérico* es excitable e impetuoso, a menudo es dominado por la avidez. Son también rasgos fundamentales de este temperamento la audacia y la presunción. Siendo de notarse la facilidad con que se encienden y se descargan las emociones, sobre todo la cólera.

El temperamento *flemático* se distingue por la tendencia a la estabilidad de la vida interior, a la morigeración, con predominio de los sentimientos agradables en una afectividad poco viva y poco expresiva.

CAPITULO XVI

PSICOLOGIA SOCIAL

Programa : 1. Contenido de la psicología social.—
2. Las objetivaciones de la mentalidad social. El lenguaje, el arte, el orden ético y jurídico, la religión, la ciencia.—
3. La cultura.— 4. Psicología intersubjetiva.— 5. La psicología de las multitudes. Sus características.— 6. Psicología del caudillo.

1. Contenido de la psicología social.

La psicología social estudia los fenómenos psicológicos en cuanto ellos se producen en función de la vida social. Dicha disciplina trata de contemplar la actividad psíquica del hombre, no ya en su aislamiento individual, sino en el conjunto de configuraciones y de estados psicológicos colectivos que se ofrecen, a la vez como productos y como factores, en la economía concreta de aquella actividad.

El estudio de la psicología social se hace desde dos puntos de vista, los mismos que orientarán nuestras ideas en el presente capítulo. Se estudian las objetivaciones sociales, o sea, las formas en que la mentalidad social se estructura, o se estudian los fenómenos psicológicos intersubjetivos, considerados como componentes o como factores en la inte-

gración de la psicología social. Siendo de advertir que estas dos direcciones de la investigación no se excluyen sino que se completan. Cuando se estudian las objetivaciones sociales se considera la sociedad como un todo orgánico, relativamente estable, como un sistema de formas en que se plasma la materia de la psicología individual; cuando se estudian los fenómenos de la psicología intermental, se explora el funcionamiento de lo que podríamos considerar como los procesos más simples de la actividad psíquica colectiva, abstracción hecha de las configuraciones en que esa actividad se objetiva y fija.

2. Las objetivaciones de la mentalidad social. El lenguaje, el arte, el orden ético y jurídico, la religión, la ciencia.

Se consideran como las objetivaciones más importantes de la mentalidad social, las siguientes : el lenguaje, el arte, el orden ético y jurídico, la religión y la ciencia.

El lenguaje no es tan sólo *expresión*, es decir, exteriorización de un cierto contenido anímico subjetivo; es también medio de *comunicación*, o sea, de transmisión de ese contenido a otras conciencias. Ahora bien, toda comunicación implica estas dos condiciones que, como se comprende, determinan la naturaleza del lenguaje : en primer lugar, toda comunicación supone una cierta multiplicidad de sujetos entre quienes circula lo que se comunica; en segundo lugar, toda comunicación supone la existencia de cosas comunicables, transmisibles y, en este caso, la existencia de ideas y sentimientos comunes que, por decirlo así, se cristalizan en las palabras, y que con ellas pasan de men-

te en mente. Así, el lenguaje aparece como el producto de una psiquis colectiva. Pero el lenguaje no sólo es producto; es factor, causa. El lenguaje contribuye a fijar la psicología social, a canalizarla dentro de ciertas categorías, pero, principalmente con sus hábitos gramaticales y sus distinciones lógicas, se insinúa en la conciencia individual y la socializa. Despoja las impresiones individuales de su carácter inefable, e inmediatamente las recubre con la etiqueta transmisible y por consiguiente impersonal de un nombre. La palabra, pues, impersonaliza las impresiones y además les impone su propia consistencia y estabilidad. "La palabra de contornos bien definidos, escribe Bergson, la palabra brutal, que almacena lo que hay de estable, de común y por consiguiente de impersonal en las impresiones de la humanidad, aplasta o por lo menos recubre las impresiones delicadas y fugitivas de nuestra conciencia individual". Con lo cual, empero, se exagera sin duda un tanto el carácter impersonalizador y materializante de la palabra; ya que el lenguaje mismo puede, en la poesía lírica y gracias principalmente a sus elementos musicales, expresar matices muy tenues de sensibilidad, propagar ondas a veces muy subjetivas de emoción.

Hay algo de paradójico en la naturaleza del arte. En cierto sentido no hay nada más individual, incomunicable, intransferible que la emoción germinal del arte; y sin embargo, el arte es una de aquellas producciones del espíritu humano en que con más profundidad se graba el carácter esencialmente social del hombre. La obra de arte nace como una flor incomparable; es única y, no obstante, en ella se actualizan, por órgano del genio individual, sentimientos,

ideas, experiencias sociales que el artista absorbe y restituye transfigurados por la llama interior de su alma.

La sociedad influye en el arte proporcionándole su contenido : costumbres, tradiciones, mitos, concepciones morales etc., pero sobre todo influye en la formación del estilo, como se ve principalmente cuando se contemplan, en perspectiva histórica, los grandes períodos del arte. Entonces se observa que por grandes que sean las diferencias individuales de los artistas, todos trabajan movidos por un impulso común y en una dirección que acaso ellos no perciben pero que, como una entelequia, preside el ejercicio de su actividad inventiva. Cada gran época artística tiene una cierta "voluntad de forma", que trasciende la pura subjetividad del artista y que impone el sello de un parentesco profundo a la innumerable variedad de las creaciones. El arte griego y el arte gótico son, sin duda, los ejemplos más evidentes de este principio.

Cualquiera que sea la teoría filosófica que se admita sobre el fundamento último de la moral, es evidente que el fenómeno ético implica la concurrencia de condiciones y factores sociales. La mayor parte de los deberes conciernen a las relaciones con nuestros semejantes, ya individualmente, ya por relación a las entidades que crea la vida social : Estado, familia etc. Y si el carácter absoluto, categórico de la norma moral no puede sin duda ser explicado por una mera investigación sociológica, es evidente que el contenido particular de la norma deriva principalmente de la experiencia de la psiquis social. O sea que, cuando prescindiendo de la moral pura, entendida en sentido kantiano, se consideran los actos concretos de los hombres, es inevitable reconocer la importancia de las influencias sociales acu-

muladas a través del tiempo, fijadas por la tradición y cristalizadas por la costumbre en formas de solidez casi irrompible.

Cuando la obligatoriedad de los actos morales no tiene otra sanción que el veredicto de la propia conciencia, estamos dentro de la esfera de la moral propiamente dicha; cuando las acciones o las omisiones son sancionadas por la fuerza encarnada en la autoridad pública, entonces tenemos el derecho. Así, pues, el derecho es un sistema de prohibiciones y de mandatos sancionados coercitivamente por la sociedad. Por consiguiente, apenas es necesario referirse al origen y al destino eminentemente colectivos de la norma jurídica. El derecho nace de la costumbre religiosa, cuyo carácter superindividual es conocido, se organiza y perfecciona en la legislación y, perdiendo poco a poco su carácter sagrado, acaba por asociarse con el sentimiento puramente moral de la justicia.

La religión es un fenómeno social, no sólo por sus elementos míticos cuyo carácter colectivo es notorio, sino por la naturaleza de sus resortes afectivos y, además, por la importancia de sus elementos tradicionales y por los ritos y las formas de organización jerárquica que al propio tiempo expresan, canalizan y estimulan el sentimiento religioso. Toda religión presupone una comunidad, un comercio espiritual de carácter social no solamente entre el individuo y Dios sino entre Dios y la comunidad y entre los miembros de la comunidad entre sí, por la participación de todos en el amor o en el temor de Dios. La vida religiosa es una vida de participación, de simbiosis entre los miembros de la comunidad. Por eso la vida religiosa es una de las más ricas en estados psicológicos superindividuales y por eso

también, seguramente, la religión aparece en la historia del espíritu humano como la matriz de donde han ido emergiendo y diferenciándose todas las demás configuraciones de la mentalidad colectiva.

A las configuraciones ya estudiadas, debemos añadir la ciencia, que es el sistema del saber y que, aunque progresa y se amplía por obra de la contribución individual, en conjunto es una creación colectiva, fundamentada sobre el saber acumulado y dirigida a superar la mera subjetividad de las impresiones, mediante el orden objetivo de la verdad impersonal.

3. La cultura.

Todas estas esferas de representaciones, de sentimientos y de sus concretizaciones materiales : obras de arte, asociaciones filantrópicas, tribunales de justicia, iglesias, academias etc., constituyen un mundo de entidades superindividuales, una nueva objetividad. Ahora bien, el sistema de esas objetivaciones, en tanto que el espíritu subjetivo individual se une a ellas en íntima y productiva unidad vital, es la cultura. La cultura es así como la bioesfera del ser social, quien la respira, se nutre de ella y al mismo tiempo la enriquece con los frutos de una originalidad que la propia cultura a la vez que condiciona, estimula.

Sería erróneo, empero, suponer que esa como atmósfera vital del alma se crea y se mantiene por la simple concurrencia de factores individuales, o sostener, como se ha hecho, que la cultura es un mero producto social, un simple resultado de la evolución histórica. Las grandes configuraciones de la mentalidad social reciben su contenido de las

peripecias históricas de la sociedad, pero en tanto que formas del espíritu tienen algo de intemporal, de trascendente así respecto de las veleidades subjetivas como de las fluctuaciones de la historia. Podrá cambiar el contenido de la norma moral, pero no su esencia; podrán cambiar las expresiones de la vida religiosa, pero no la esencia de la religión. Así, pues, la cultura en que las formas espirituales se organizan, es algo que no sólo está sobre el individuo, sino también sobre la sociedad misma, como una especie de destino ideal que presidiera la inmediata movilidad de su vida.

4. Psicología intersubjetiva.

Son fenómenos intermentales los procesos psicológicos determinados por la acción de una mente sobre otra, acción que puede afectar en mayor o menor grado la actividad psíquica influida, e ir desde las formas más simples de la imitación hasta la completa absorción de una mente por otra o hasta la recíproca identificación de ambas. Trataremos brevemente de los fenómenos más conocidos y estudiados de psicología intermental o intersubjetiva.

La *imitación* es la reproducción, intencional o no, de los actos ejecutados por otros. Fenómeno de gran importancia para la evolución psíquica del individuo y para la vida social, la imitación ha sido tema preferente de estudio para sociólogos y psicólogos, llegando algunos, como Tarde, a erigirla, con evidente exageración, en el resorte único del proceso social. Hay una imitación que consiste en reproducir los movimientos ejecutados por otro. Ejemplos: el niño que sonríe cuando ve sonreír a su madre, el ave que

imita el grito proferido por otra. Esta imitación es generalmente automática. Hay otra imitación que consiste en reproducir o intentar reproducir, no tanto los movimientos que otro ejecuta, sino su efecto. Esta imitación implica naturalmente la comprensión de los movimientos y puede ser denominada inteligente. Ejemplo : quiero reproducir la solución de un problema, y para ello debo comprender las operaciones que conducen a ese efecto. Y hay, en fin, una forma de imitación a la cual algunos psicólogos alemanes confieren una gran importancia estética y que consiste en reproducir interiormente los correlativos psicológicos de los movimientos percibidos. Ejemplo : cuando al ver a un acróbata ejecutar sus ejercicios, yo vivo interiormente sus propias emociones y sus sensaciones de movimiento, de tensión y de impulso. A esta variedad de imitación los estéticos alemanes la llaman "imitación interior".

Entre las teorías formuladas para resolver el difícil problema de la imitación, la más aceptable nos parece ser aquella que admite una cierta relación estructural originaria entre la percepción de los movimientos y su ejecución, por una parte, y por otra, entre la imitación de los gestos expresivos y la producción de los contenidos psicológicos expresados.

La *sugestión* es la acción inmediata y dominadora de una mente sobre otra. Definición que debemos explicar diciendo que empleamos el término de *inmediata* para indicar que la dominación sugestiva se realiza directamente sin el intermediario de la reacción deliberada por parte de quien la recibe. La sugestión implica así la pasividad del sugestionado respecto del sugestionador, y puede ejercitarse de

individuo a individuo o emanar de un individuo sobre un grupo o de un grupo sobre un individuo.

La sugestión es provocada o artificial cuando se determina mediante una técnica; entre sus manifestaciones se cuenta la hipnosis, que ya hemos estudiado. Es natural o espontánea cuando se determina sin el concurso de una técnica precisa. En esta última forma la sugestión es un fenómeno ampliamente extendido en la vida social y más claramente observable cuando se trata de las relaciones entre el jefe y el subordinado, entre el apóstol y el neófito, entre el conductor y la muchedumbre, casos todos en que la autoridad sugestiva suele asumir los caracteres de una irresistible potencia mágica.

Por la colaboración de todos estos mecanismos de transmisión psíquica se produce el fenómeno del *contagio mental*, que se manifiesta por la propagación de ideas, de creencias, de emociones en grupos más o menos vastos de individuos. Siendo de advertir que los estados psicológicos transmitidos por contagio se introducen y se incorporan en el alma sin necesitar la cooperación razonada y autónoma del sujeto; y que, comparable a las infecciones orgánicas, el contagio mental hace de cada individuo afectado un nuevo centro de contaminación.

5. La psicología de las multitudes. Sus características.

Multitud, en el sentido que damos aquí a este término, no es una simple agregación de individuos; es un conjunto de individuos, pero dotado de una alma colectiva en que la individualidad de sus componentes singulares se absor-

be y se pierde. Debiendo indicarse que, en este mismo sentido, la multitud no requiere siempre para formarse la presencia simultánea de sus componentes individuales en el mismo punto del espacio. La multitud puede constituirse, y en efecto se constituye, con individuos muy distantes pero a quienes agitan emociones comunes, sentimientos unánimes despertados al conjuro de circunstancias favorables. En determinados momentos de su historia, un pueblo entero puede constituir una multitud.

Como se desprende del concepto que acabamos de formular, la multitud constituye una unidad psicológica que domina de modo incontestable la iniciativa o, más exactamente, la autonomía mental de sus componentes. “El hecho más saltante presentado por una multitud psicológica — dice Le Bon, cuyo libro clásico en la materia conserva su valor descriptivo — es el siguiente: cualesquiera que sean los individuos que la componen, por semejantes o diversos que puedan ser su género de vida, sus ocupaciones, su carácter o su inteligencia, el solo hecho de que ellos son transformados en multitud los dota de una alma colectiva. Esa alma les hace sentir, pensar y actuar de una manera completamente diferente de aquella según la cual sentiría, pensaría y actuaría cada uno de ellos aisladamente. Ciertas ideas, ciertos sentimientos no surgen ni se transforman en actos más que en los individuos en multitud. La multitud psicológica es un ser provisorio, compuesto de elementos heterogéneos soldados por un instante, absolutamente como las células de un cuerpo vivo que forman por su reunión un ser nuevo con caracteres muy diferentes de aquéllos que cada una de las células posee”.

Desde luego, esta psicología colectiva se define por el vigor de la afectividad subconsciente o, para hablar con mayor exactitud, de los instintos y tendencias afectivas, ignorados a menudo por el sujeto que los lleva en sí, pero que se mantienen latentes y prontos a aflorar cuando por causas cualesquiera, se debilitan los factores represivos que impiden su manifestación directa. En lo subconsciente persisten disposiciones, impulsos, tendencias atávicas pertenecientes a una etapa psicológica en la que la individualidad no se ha definido todavía plenamente; por eso la reaparición de ese fondo implica juntamente con la vuelta a lo primitivo, la abolición de la individualidad. Y por eso también, apenas necesitamos decirlo, el alma colectiva que surge en tales condiciones, presenta rasgos psicológicos que en vano buscaríamos en los individuos aislados.

El alma de las multitudes es impulsiva, movible e irritable. Los sentimientos comunes adquieren un máximum de fuerza porque, desaparecidos los frenos inhibitorios con que la civilización contiene o encauza las tendencias afectivas, éstas se revelan en toda su pujante simplicidad y eficacia motriz. Las reacciones afectivas son enérgicas pero inestables, bastando una palabra, un gesto, un hecho fortuito para desviar hacia objetos inesperados las olas agitadas de la multitud.

Siendo un fenómeno de regresión, implicando una cierta eflorescencia del fondo arcaico de la vida anímica, se comprende que la mentalidad de las multitudes no funcione dominada por la lógica, por el juicio ponderado y preciso, sino al influjo de repentinas fantasías, de ilusiones, de mitos, o movida por resortes misteriosos, que con fundamento podrían llamarse mágicos, y que los *conductores de*

multitudes saben poner en acción, ya sea calculando sus efectos, ya sea en virtud de una improvisación inspirada.

Determinados fenómenos de psicología interindividual pueden ayudarnos a comprender así la génesis como los rasgos dominantes de la psicología de las masas. El más saliente entre esos fenómenos es la sugestión, que se manifiesta en una doble forma: el contagio mental y la acción, que podríamos llamar hipnótica, del conductor sobre la masa. En virtud del contagio mental los sentimientos, los impulsos, las ideas se propagan y, reforzándose gracias a la mutua sugestión, adquieren una fuerza formidable de deflagración, la cual puede llevar a las multitudes, según las circunstancias, hacia los actos más heroicos como a las formas más bajas y espantosas de la criminalidad, hacia la temeridad extrema como hacia la extrema cobardía. En virtud de la influencia sugestiva del conductor, los individuos de la multitud se encuentran sometidos a la acción unificadora de una sola voluntad, constituyéndose de esta suerte, por una parte, una corriente mental que va del conductor a la masa, por otra, un movimiento circulatorio que distribuye esta corriente entre sus miembros individuales y, además, una como emanación del alma de la multitud hacia su jefe.

A estos factores de unificación debe agregarse el hecho importante de que a menudo los individuos que componen una multitud se encuentran sometidos a idénticos estímulos, a idénticas sollicitaciones o amenazas, de las cuales derivan, naturalmente, las mismas reacciones y sus consecuencias debidas a la influencia intermental. El incendio de un teatro, por ejemplo, determina una intensa y unáni-

me emoción de miedo, la misma que se refuerza por virtud de la mutua sugestión.

La enumeración de estos factores no soluciona, empero, totalmente el problema planteado por la psicología de la multitud, pues queda por dilucidar la relación entre estos dos fenómenos que, como vemos, tienen una importancia capital en su aparición y en sus modalidades: la sugestión y la reaparición del fondo arcaico de la vida anímica.

6. Psicología del caudillo.

Las multitudes obedecen siempre a un *conductor*, quien actúa como su intérprete y a la vez como su amo. El conductor manda, pero debe saber utilizar los resortes subconscientes del alma de la multitud, ilusionarla, fascinarla, orientar por medio de palabras, de gestos, de fórmulas efectistas el fluido indeterminado que se agita pronto a condensarse al rededor de la sugestión oportuna, al conjuro del toque mágico. La multitud obedece, pero puede también rebelarse si un momento de debilidad o de indecisión hace perder al jefe el contacto necesario con las cuerdas, siempre tensas y vibrantes, del alma de las masas. La multitud acepta ser castigada, maltratada; lo que no acepta es la abdicación del poder que la domina y subyuga.

Por lo expuesto se comprende que se haya asimilado la acción del conductor sobre las masas a la que ejerce el hipnotizador sobre el sujeto hipnotizado. Asimilación que, por otra parte, ha dado pábulo a la interesante aunque hipotética explicación de Freud, según la cual la relación hipnótica entre el conductor y la multitud no sería sino una nueva forma del vínculo arcaico entre el padre y la horda primitivos.

Por lo demás, cualquiera que sea la teoría sobre la naturaleza de la relación entre el conductor y la multitud, debe tenerse en cuenta que dicha relación no se da nunca como una mera dependencia de la multitud respecto del jefe: al contrario, como dice muy bien Müller-Freienfels: "El conductor no sólo guía sino que también es conducido; el séquito no solamente sigue sino que también influye en la conducción". Y en fin, conviene retener la diferencia que, por razón del grado de iniciativa, establece el mismo psicólogo, entre caudillo (*Anführer*) y ejecutor (*Ausführer*). "El caudillo es quien despierta y anima un movimiento. El ejecutor aparece en la cima de un movimiento ya existente. Tipo de caudillo es Lenin que ha provocado en gran parte el movimiento bolchevique, mientras que los conductores del socialismo occidental, son en su mayoría tan sólo ejecutores de tendencias ya existentes". Napoleón, Bolívar, son caudillos; ejecutores son los grandes militares de sus séquitos.

La psicología del caudillo está caracterizada por la voluntad de poderío, por la pasión de mando. A estas tendencias se añaden, prestándoles eficaz concurso, una inteligencia pronta — gracias a lo cual el caudillo aprovecha con decisiones rápidas las coyunturas favorables —, y una cierta penetración intuitiva, que le permite descubrir, de modo casi adivinatorio, direcciones y posibilidades del acontecer social o político. El caudillo tiene generalmente un fuerte sentimiento del destino. Se considera predestinado, cree en su buena fortuna, confía en su estrella. Este sentimiento es sin duda una fuerza, pero puede resultar peligroso si, cegando al caudillo para las circunstancias adversas, lo precipita a la realización de acciones irreparables.

INDICE ALFABETICO

- Abstracción: 119
Acción (Véase vida activa)
Actividad mental extraconsciente: 25-35
 e imaginación: 146
Acto voluntario: 45-47
 acción exterior: 47
ACH, NARZISS: 49
ADLER, ALFRED: 89, 91, 174
Adolescencia: 158-159, 186-187
 y personalidad: 174
Afectividad: 177-178
Alma y cuerpo, relaciones: 34-35, 78, 79
Alma y psicología: 3
Alucinación: 95-96
Amnesia: 137
Animales, inteligencia: 168-172
Apetitos: 85-86
 sensitivos: 88-89
ARISTÓTELES: 89, 110
Arte: 191-192
Asociaciones de las ideas: 27, 109-114, 119-123
 e inteligencia: 165
 trabajo subconsciente: 27
Asociaciones libres: 32
Asociacionismo: 110, 114-118
 y memoria: 132-133
Atención: 37-43
 espiritual: 38-39
 espontánea: 39, 40-41
 sensorial: 38
 teorías: 39-40
 voluntaria: 39
 y aprendizaje: 43
 y memoria: 41-42
 y percepción: 41
 y trabajo intelectual: 42-43
Axiología: 77

BERGER, HANS: 14
BERGSON, HENRI: 42, 80, 133, 148, 191
BLONDEL, MAURICE: 48
BONNARD, ABEL: 90
BUYTENDIJK: 70, 71, 156

Carácter: 176 (véase personalidad)
Catalepsia: 30
Caudillo, psicología: 201-202

- Cenestesia: 101, 105-106
 Censura: 31
 Centro nervioso: 99
 CERVANTES: 96
 Ciencia: 194
 e imaginación: 152
 Cinestesia: 101, 106
 Comparación: 119
 Comprensión
 estática: 8
 genética: 8-9
 Complejos ideoafectivos: 33
 Concepto: 119-120
 e imagen: 120
 Conciencia: 2, 19-24
 campo: 23-24, 37
 caracteres: 19-22
 corriente: 22-23
 del yo: 24
 intencionalidad: 21-22,
 38
 margen: 24
 Condensación: 32
 CONDILLAC: 40
 Conducta y psicología: 3-4, 47
 Contagio mental: 197
 Cronógrafo: 15
 Cronoscopio: 15
 Cuerpo y alma (véase alma y
 cuerpo)
 Cultura: 194-195

 CHAMFORT: 184

 Daltonismo: 102

 Decisión o determinación: 46-
 47
 Deducción: 125-126
 DELACROIX, HENRI: 163
 DESCARTES: 88
 Descripción fenomenológica
 (véase comprensión está-
 tica)
 Desplazamiento: 32-33
 Dominio de sí: 185
 DUMAS, GEORGES: 78
 DWELSHAUVERS: 82

 Edad y carácter: 185-186
 Electroencefalógrafo: 14
 Emociones (véase sentimiento)
 Ensueños y actividad subcon-
 siente: 32-33
 Esquema dinámico: 42-43, 133,
 148
 Estesiómetro: 14
 Estímulo: 98, 99-100
 Estructura del pensamiento:
 115, 118
Ethos: 184
 Etología: 184
 Evocación: 129-133
 Excitación: 98, 99-100
 Experiencia y carácter: 185-187
 Experimento de investigación:
 13
 Expresión: 190
 de las emociones: 79-82
 y personalidad: 179-180
 Extraconsciente, actividad: 25-

- FABRE, J. - H.:** 66, 71
Fenómeno psicológico: 1-3
FERTON: 168
Filosofía e imaginación: 151, 159
FREUD, SIGMUND: 31, 32, 90, 201
- Generalización:** 119-120
Genio: 147
- Habilidad psicomotriz:** 165
Hábito: 29-30, 51-60
 activo: 51-52
 e imaginación: 147
 e instinto: 71
 formación: 53-54
 motor: 54-55
 nocivo: 58-59
 pasivo: 52, 56, 58-59
 repetición: 53-54, 56, 59-60
 y actividad subconsciente: 29-30
 y conciencia: 57-58, 59
 y fatiga: 57
 y tropismo: 68-69
- HENNING:** 104
HERÁCLITO: 184
Herencia psicológica: 34
Hipermnesia: 137
Hipnotismo: 30-31
HIPÓCRATES: 187
HOEFFDING, HARALD: 76
Hombre primitivo: 157-158
HUME: 88
- HUSSERL, EDMUND:** 21
- Ideas generales:** 119-122, 172
 y actividad subconsciente: 28
- Ilusión:** 95-97
 afectiva: 96-97
- Imagen:** 139, 141-142
 del recuerdo: 134
 verdadera: 94-95
 y concepto: 120
- Imaginación:** 27-28, 139-159
 artística: 151-152
 auditiva: 154
 científica: 152
 creadora: 140-153
 del adolescente: 158-159
 difluente: 150-152
 e idiosincrasia: 155
 factores corporales: 147
 infantil: 155-157
 inspiración: 145-146
 motora: 154-155
 plástica: 149-150
 práctica: 152-153
 reproductora: 141- 153-155
 tipos: 149-155
 trabajo subconsciente: 27-28, 146
 visual: 153-154
 y filosofía: 151, 159
 y hábito: 147
 y herencia: 34
 y memoria: 141
 y operaciones intelectuales: 143-144

- y vida afectiva: 144-146
 y voluntad: 140-141, 146-149
 Imitación: 195-196
 en el juego: 156
 Inclinaciones: 82-85
 Inconsciente, actividad: 10, 25-26
 Inducción: 125
 Inspiración y actividad subconsciente: 28
 Instinto: 61-71
 e imaginación: 145-146
 e inteligencia: 70-71, 162, 168
 en el hombre: 67-68
 en sentido estricto: 61
 especificidad: 65
 espontaneidad: 64
 finalidad: 65-67
 oportunidad: 64
 potencia anímica: 62
 rotundidad: 64-65
 y acto reflejo: 69
 y hábito: 71
 y pasión: 85-88
 Inteligencia: 161-172
 animal: 168-172
 e instinto: 162, 168
 formas superiores: 163-164
 infantil: 165
 su medida: 165-167
 y experiencia: 162
 y habilidad psicomotriz: 165
 y lenguaje: 165
 y memoria: 162, 164
 y pensamiento: 161-162, 168
 y situaciones nuevas: 163-164
 Intencionalidad: 21-22, 38
 Introyección: 183
 Intuición: 16
 Inventiva (véase imaginación creadora)
- JAMES, WILLIAM: 132, 154, 155
 JASPERS, KARL: 8, 9
 Juego: 155-157
 Juicio: 121-123
 y actividad subconsciente: 28
- KANT: 81, 84
 KLAGES, LUDWIG: 176, 178, 179, 180
 KOEHLER, WOLFGANG: 169, 172
 KÜLPE, OSWALD: 21
- LE BON, GUSTAVE: 198
 LEIBNIZ: 31
 Lenguaje: 190-191
 e inteligencia: 165
 LE ROY, EDOUARD: 152
 LÉVY-BRUHL: 157
 Libertad: 48-50

- hecho psicológico: 49
 problema: 48-49
 Llanto: 80-81
- MAINE DE BIRAN:** 52
MCDUGALL, WILLIAM: 168
Memoria: 127-137
 amnesia: 137
 asociativa: 129, 131-132
 conservación: 128-129
 e imaginación: 141
 e inteligencia: 162
 espontánea: 129
 evocación: 129-133
 hipermnesia: 137
 inusitada: 129
 localización: 128
 olvido: 136-137
 reconocimiento: 134, 135-136
 voluntad: 129-130
 y asociacionismo: 132-133
 y sentimiento del pasado: 134
 y tendencias subconscientes: 133
 y tiempo vivido: 127-128, 136
- MENDEL:** 91
Métodos: 7-17
 comprensión psicológica: 8-9
 cuestionarios: 15
 experimental: 11-17
 explicación fisiológica: 10
 explicación psicológica: 9-10
 extrospección: 8
 introspección: 7-8, 11-12
 tests: 13, 165-167
- MICHOTTE:** 29
Motivos y móviles: 46-47
Multitud, psicología: 197-201
MÜLLER-FREIENFELS: 202
- Nervio motor:** 99
Nervio sensitivo: 98
NIETZSCHE: 90
Niñez, imaginación: 155-157
 y personalidad: 174-175
- Olvido:** 136-137
Organos de los sentidos: 98, 101-107
Orientaciones, sentido: 106-107
- Pasiones:** 82-88
Pensamiento: 109-126
 abstracción: 119
 asociación de las ideas: 109-114, 122-123
 comparación: 119
 concepto: 119-120
 e inteligencia: 161-162, 168
 generalización: 119-120
 juicio: 121-123
 razonamiento: 123-126
- PECKHAM:** 171

- Percepción:** 27, 93-107
 imagen verdadera: 94-95
 figura y fondo: 27, 97
 ilusión y alucinación: 95-97
 sensación: 93-94, 98-107
 tiempo de reacción: 100
 y órganos de los sentidos: 101-107
 y representación: 93-94
- Personalidad:** 173-188
 afectividad: 177-178
 carácter sanguíneo: 187-188
 colérico: 188
 e influencia del ambiente: 174-175, 182-183
 estructura del carácter: 176-180
 flemático: 188
 melancólico: 188
 natural: 179-180
 temperamento: 178-179
 tipos: 187-188
 y adolescencia: 174, 186-187
 y autodeterminación: 184
 y dominio de sí: 185
 y edad: 185-186
 y experiencia: 185-186
 y herencia: 180-182
 y niñez: 174-175
 y sentimiento de inferioridad: 89-92, 174-175
- PFAENDER, ALEXANDER:** 50
PLATÓN: 49
- Pletismógrafo:** 14
Pneumógrafo: 14
Propensiones: 86
PROUST, MARCEL: 117
Pruebas psicológicas: 13, 165-167
Psicoanálisis: 31-34
 Crítica: 33-34
Psicología de laboratorio: 14-17
Psicología, definición y objeto: 1-5
Psicología, sus ramas: 4-5
Psicología reflejológica (véase reflejolología)
Psicología social: 189-202
 conductor de multitudes: 199-202
 contagio mental: 197
 imitación: 195-196
 lenguaje: 190-191
 multitud: 197-201
 sugestión: 196-197
 y arte: 191-192, 194
 y ciencia: 194
 y cultura: 194-195
 y moral: 192-193
 y religión: 193-194, 195
Psicología y conducta: 3-4
Psicología y espontaneidad: 16-17
Psicología y estudio del alma: 3
Psicotecnia: 5
- Razonamiento:** 123-126
Reconocimiento: 134, 135-136
Reflejolología: 34-35

Representaciones y percepción:
93-94

REY, ABEL: 141, 142

RIBOT, TH.: 28, 40, 140, 143,
147

Risa: 79-80

ROMANES: 162, 172

Romanticismo: 146, 151

SCHELER, MAX: 64

SCHWARTZ, BALDUIN: 81

Sensación: 93-94, 98-107

auditiva: 102-103

gustativa: 104-105

olfativa: 104

táctil: 105

tono afectivo: 101

umbral y cima: 100-101

visual: 102

y sentimiento: 75-76

Sentimiento: 28-29, 73-92

de inferioridad: 89-92,
174-175

e inteligencia: 88-89

emociones intensas: 78-
79, 83-85

estados afectivos senso-
riales: 75-76

estados afectivos vitales:
76

expresión de las emocio-
nes: 79-82

inclinaciones y pasiones:
82-85

sentimiento del pasado:
134

sentimientos superiores:
76-77

y actividad subconscien-
te: 28-29

y lo agradable y lo de-
sagradable: 73-74

y personalidad: 89-92,
177-180

y voluntad: 89

Silogismo: 125-126

Simbolización: 33

Subconsciente, actividad: 9-10,
26-31, 42-43, 146, 152,
199-200

y psicoanálisis: 31-34

Sugestión: 30, 196-197

Tactismo: 68

Taquiscopio: 14

Temperamento: 178-179

Tendencias afectivas: 40-41,
145, 147

Tendencias instintivas: 56-57,
67-68

Tests (véase pruebas psicológi-
cas)

Tiempo vivido: 127-128, 136

TOMÁS DE AQUINO: 88

Tono afectivo (véase sensa-
ción)

Tropismo: 68-69

Valores: 76-77

Vida activa y subconciencia:
29-30

Voluntad: 45-50

concepción, apreciación

y ejecución: 46-47

deliberación: 46-47

deseo y volición: 49-50

e imaginación: 140-141,

146-149

motivos y móviles: 46-
47y formación del carác-
ter: 184-185

y hábito: 51-52, 56

y temperamento: 178-
179**WATT: 42**

INDICE GENERAL

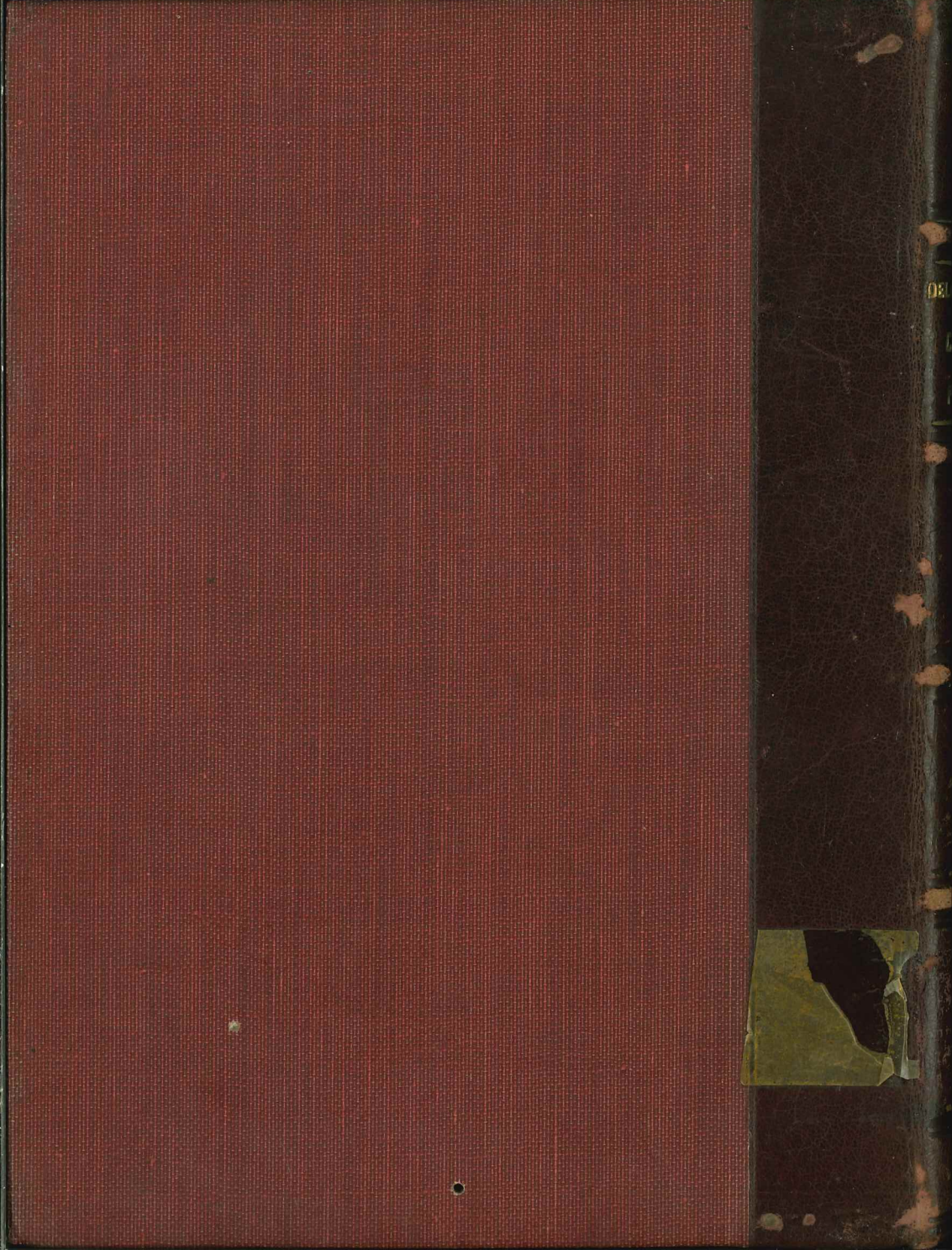
	<u>Págs.</u>
Prólogo	VII
CAPÍTULO I — Definición y objeto de la Psicología	1-5
" II — Métodos de la Psicología	7-9
" III — La conciencia	19-24
" IV — La actividad mental extraconsciente	25-35
" V — La atención	37-43
" VI — La voluntad	45-50
" VII — El hábito	51-60
" VIII — El instinto	61-71
" IX — El sentimiento	73-92
" X — La percepción	93-107
" XI — El pensamiento	109-126
" XII — La memoria	127-137
" XIII — La imaginación	139-159
" XIV — La inteligencia	161-172
" XV — La personalidad y el carácter	173-188
" XVI — Psicología social	189-202
Indice alfabético	203-210



Se ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
en LA
IMPRESA SANTA MARIA
en LIMA. EL DÍA 17 DE ENERO DE 1950







DELGADO-IBERICO
—
COMPENDIO
DE
PSICOLOGIA

PSY
IBER

M. I.